

CRÓNICAS
DEL TEMPLO

Vol. 2

Los
LAZOS
del deseo

de

Noelia
Amarillo



Lectulandia

En esta ocasión os narro la historia de Elka y Alba, dos mujeres que se han convertido en dos de mis mejores amigas. Dos mujeres que tienen muy claro lo que necesitan y que además me acompañarán en una aventura única e irrepetible. Entra en nuestro mundo, acompáñanos en un viaje muy especial a través de nuestros deseos más íntimos y descubre junto a ellas y junto a mí qué hay de extraordinario en los lazos del deseo. Me llamo Karol y he construido en mi hogar todo un santuario de placer. ¿Te atreves a entrar en él?

Lectulandia

Noelia Amarillo

Los lazos del deseo

Crónicas del Templo 2

ePub r1.0

Titivillus 29.10.2018

Título original: *Los lazos del deseo*
Noelia Amarillo, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Los lazos del deseo

Karol

Los complacientes grilletes del deseo

Las inquebrantables cadenas de la amistad

Los dulces lazos del amor

Karol

Laura

Nota de la autora

Notas

Karol

UN bicho raro, eso dicen de mí... Quizá lo sea.

No soy una persona normal, nadie lo es, y quien diga lo contrario miente.

Todos somos especiales, únicos. Cada ser humano que habita en este mundo tiene sus propias peculiaridades. También sus propios defectos. Los míos son inconmensurables. Y me regocijo en ellos. Tal vez mi singularidad radica en que acepto, y deseo, ser diferente.

Sí. Soy un bicho raro. Lo he sido desde que abrí los ojos por primera vez, aunque he pasado gran parte de mi existencia intentando ocultarlo.

Abandoné el vientre de mi madre hace más de tres décadas, pero mi nacimiento a la realidad se produjo hace poco tiempo, cuando por fin acepté cuáles eran mis deseos y quién era yo. En ese momento renuncié a todo lo que había sido y me convertí en quien soy ahora.

He perdido mucho en el camino: mi familia, mis amigos, mi pasado. Pero también he ganado. He ganado un futuro. Una vida. Extraña, diferente, deseada. Una vida monstruosa para algunos, enferma para otros; para mí, la vida que siempre he deseado. Aún no es perfecta, pero sigo caminando. Sigo creando mi lugar en el mundo. Y ese lugar no es otro que El Templo del Deseo. Allí residen mis sueños y esperanzas. También espero que residan los de personas como yo, seres diferentes, distintos. Hombres y mujeres que se esconden de ellos mismos, del resto del mundo, pero que no pueden esconderse de mí.

Puedo sentirlos.

Puedo olerlos.

Esa es mi peculiaridad, lo que me hace especial. Puedo oler la diferencia de los demás, la deseo y me excito con ella. Soy vicio, soy lujuria, y puedo hacer realidad cada lúbrico deseo que se atrevan a poner ante mí.

Soy el custodio de todas las fantasías.

El discípulo del placer.

Y mi reino es El Templo del Deseo.

Atrévete a entrar.

Los complacientes grilletes del deseo

Sábado, 8 de agosto de 2009, 19.30 horas

ALBA caminó alrededor de la cama mientras daba fuertes golpes con la fusta sobre las sábanas, cada vez más cerca del cuerpo inmóvil de su cautivo. El sonido de los tacones de aguja unido al restallar del cuero hacía que los músculos del hombre se tensaran una y otra vez, esperando el ansiado golpe que nunca llegaba.

Se detuvo de improviso. La agitada respiración masculina se convirtió en jadeos estrangulados mientras el sumiso movía la cabeza intentando localizarla. Alba alzó el brazo súbitamente y un zumbido cortó el aire haciendo que él se quedara inmóvil. La joven esperó unos segundos y descargó con rapidez la fusta junto al costado de su cautivo. Este sacudió su cuerpo, incapaz de contenerse.

—Muy mal —le susurró Alba al oído—. Te he dicho que te quedaras muy quieto. ¿No sabes cumplir una simple orden? No merece la pena perder más tiempo contigo —murmuró caminando hacia la puerta.

El esclavo gimió con fuerza mientras negaba con la cabeza. Alba lo ignoró, abrió la puerta, esperó unos segundos, y la cerró de nuevo. Se quitó los zapatos de tacón sin hacer ningún ruido mientras escuchaba complacida los sollozos arrepentidos del hombre, y luego caminó sigilosa hasta una silla y se sentó, dispuesta a alargar la inquietud... y el placer.

Él pensaría que lo había abandonado allí, solo y atado, impaciente por un regreso que no sabía cuándo acontecería. La incertidumbre crecería en él, convirtiendo los minutos en horas, transformando cada instante en una agónica espera mientras se esforzaba por captar cualquier sonido que le indicara su llegada.

Alba contempló su obra. Un antifaz de cuero negro tapaba los ojos del sumiso, impidiéndole ver, mientras que un pañuelo, en el que había hecho un nudo que se hundía en su boca, hacía de improvisada mordaza. Le había atado las manos tras la nuca, y dos cuerdas partían desde el cabecero de la cama hasta anudarse en sus codos, inmovilizándole la parte superior del cuerpo. Para completar el tormento, le había separado las piernas hasta el límite de lo soportable atando las plantas de sus pies juntas y amarrando una correa a cada uno de sus muslos para tensarlas por debajo de la cama, haciendo polea con los muelles. Sus talones casi chocaban contra los tensos testículos. Por último, había rodeado su erecta y palpitante polla con un fino cordel blanco, dejando libre el glande. Era un cuadro viviente, impactante, y muy hermoso. Lástima que la habitación de hotel en la que estaban no complementara adecuadamente la escena. Pero... ¿qué otra opción tenía? No tenía dinero para montar su propia mazmorra, ¡ni siquiera trabajaba!, y asistir a un club de BDSM^[1] no le hacía especial ilusión. Prefería realizar sus fantasías ante un público limitado...

aunque eso supusiera recurrir a hoteles baratos con cortinas amarillentas, cuadros de flores horteras en las paredes y camas con aburridas sábanas blancas.

Miró el reloj y se levantó sigilosa de la silla, había pasado tiempo suficiente para incrementar la angustia y la excitación del hombre. Observó por última vez su obra y asintió pensativa. Esa misma tarde, antes de empezar la sesión, su sometido había solicitado aumentar el nivel del castigo, probar experiencias diferentes, humillaciones más severas. Y eso suponía un problema. A ella le excitaba el *bondage*^[2], el D/s^[3]... y poco más. Quizá había llegado el momento de traspasarlo a otra Ama más emprendedora. Se encogió de hombros, en realidad también ella se estaba comenzando a aburrir de él. Era demasiado sumiso, y a la vez demasiado exigente... Si por él fuera sus sesiones se convertirían en una carrera de velocidad para ver hasta dónde podía soportar los castigos, hasta dónde el dolor, hasta dónde la humillación. Mientras que ella prefería una carrera de fondo en la que crear hermosos cuadros vivientes y divertirse con escenas en las que su sumiso se rebelara y le diera motivos para interpretar su fantasía. Sí, definitivamente, tenía que buscar otro esclavo más afín a ella, alguien que no solo la satisficiera por completo, sino que también llenara esa parte de su alma que se sentía vacía. Y tenía a alguien en mente. Alguien a quien ya había empezado a tentar... Ojalá algún día pudiera llegar a ser suya.

Alejando este pensamiento de su cabeza, abrió la puerta para después cerrarla con un sonoro golpe. Todo el cuerpo del sumiso se puso en tensión, a la espera. Se calzó los zapatos de tacón de aguja y caminó despacio hasta la cama. Alzó el brazo haciendo restallar la fusta y al instante siguiente esta impactó en la sensible piel del interior de uno de los muslos masculinos. Esa sería una de sus últimas sesiones, por tanto, sería magnánima y le daría parte de lo que él le había solicitado, aunque ella no se sintiera realizada por completo con ello. Llevaban juntos seis meses, sería un buen regalo de despedida.

Sábado, 8 de agosto de 2009, 19.30 horas

—Sofía, ¡qué visita más inesperada! Honras mi humilde morada con tu presencia — saludó Karol haciendo una pronunciada reverencia nada más abrir la puerta.

—Déjate de milongas y vístete, nos vamos de compras —dijo dirigiéndole una mirada pétrea sin moverse un ápice de la entrada.

—¿De compras? —Karol enarcó una de sus cejas, confuso.

—Hoy es el cumpleaños de Elke, la hermana de Eber, ¿recuerdas? —preguntó con voz suave y peligrosa.

—Sí, me lo comentó hace un par de semanas.

—Y recuerdas que te dijo que estabas invitado.

—Sí, y también creo recordar que rechacé la invitación —afirmó él esbozando una ladina sonrisa.

—Eso me es indiferente. Vístete, tenemos que ir a comprar un regalo para Elke.
—Karol abrió la boca para rechazar de nuevo la invitación, pero Sofía no se lo permitió—. No. Nada de protestar. Eberhard se sentirá decepcionado si no vienes... Y no quieres decepcionar a tu amigo, ¿verdad?

Karol observó a la mujer. Frunció el ceño, y, encogiéndose de hombros, entró en la casa. Se había prometido a sí mismo intentar conservar a sus amigos. Y Eberhard lo era. De hecho, él y su esposa, Sofía, eran sus únicos amigos. Si tenía que aguantar una irritante fiesta de cumpleaños acompañado de gente que no tenía interés en conocer, lo haría. Aunque se muriera de aburrimiento en el proceso.

Sofía se apoyó en el umbral de la puerta, decidida a esperarle allí. Hacía más de un mes que conocía al polaco, y sabía de sobra que si entraba con él en el Templo, comenzaría a remolonear hasta que se les hiciera tan tarde que cuando quisieran salir todos los centros comerciales estarían cerrados, y entonces él usaría la falta de regalo como excusa para no ir al cumpleaños. Y eso sí que no pensaba permitirselo.

—Eberhard te explicó que después de la actuación de los Spirits vamos a ir a la playa a celebrarlo, ¿verdad? —le comentó Sofía mirándolo asombrada cuando salió de la casa diez minutos después.

—¿Crees que mi atuendo no es el apropiado? —inquirió Karol con mirada sagaz—. ¿Quizá debería cambiarme?

—No, en absoluto. Estás perfecto... muy en tu línea —murmuró observándolo divertida antes de dirigirse al coche y señalarle la puerta del copiloto—. Sube.

—Si no es inconveniente, prefiero seguirte en el mío —rechazó Karol dirigiéndose al todoterreno que estaba aparcado junto a un desvencijado Renault Scenic en el sendero de baldosas amarillas que llevaba hasta la casa.

—¿No estarás pensando en escaquearte, verdad? —le advirtió Sofía.

—¡En absoluto! ¡Nunca haría tal cosa! —Y era verdad. Él jamás mentía. Compraría el regalo, asistiría a la actuación, y luego, a la hora convenida, iría a la fiesta playera. Una vez allí saludaría a todo el mundo y luego se iría veloz como el rayo. Eso no era escaquearse. Era darse prisa en hacer las cosas.

—Si no fuera porque jamás mientes, no te creería —afirmó Sofía mirándole con los ojos entrecerrados. Seguro que había gato encerrado—. ¿Por qué narices te estás poniendo un parche en el ojo derecho?

—Oh... —Karol se detuvo, pensativo. Había cosas que no le apetecía contar, ni siquiera a sus únicos amigos. Lo que le sucedía a su ojo derecho, el precio que tuvo que pagar por su libertad, era una de esas cosas—. ¿No crees que me hace parecer un pirata? —preguntó con astucia, desviando el tema hacia otros derroteros más seguros.

—Si tú lo dices —resopló ella—, pero ¿vas a poder conducir bien con el ojo tapado?

—No te preocupes por eso, bella dama, con uno solo me basta y me sobra —sonrió adulator antes de montarse en el todoterreno. Lo que le era imposible era

conducir sin el parche. Su ojo derecho no captaba correctamente la profundidad ni los colores, y adolecía de una desesperante hipersensibilidad a la luz, entre otras cosas.

—Tú sabrás, pero si yo tuviera los ojos de diferentes colores, como tú, no los ocultaría. Son preciosos —afirmó Sofía antes de subirse al Scenic.

—En cambio, si yo pudiera tener los ojos de nuevo del mismo color, sería el hombre más feliz del mundo —susurró él para sí.

—No, Karol. No pienso comprarlo yo —le regañó Sofía—. No puedes ir al cumpleaños de Elke con un regalo comprado por otra persona. Tienes que molestarte un poco y elegirlo tú.

—Sigo sin entender por qué debo ir a ese cumpleaños —gruñó Karol caminando aburrido por el centro comercial mientras sacudía frente a su nariz el pañuelo rojo empapado en Chanel N.º 5 que siempre llevaba consigo. Había demasiados olores allí reunidos para que su afinado olfato pudiera soportarlos.

—Debes ir porque Eber te ha invitado —le explicó por enésima vez ese día.

—Y la cuestión es... ¿Por qué estoy invitado al cumpleaños de alguien a quien no conozco? —masculló esquivando a unos niños que estuvieron a punto de arrollarle. ¿Acaso los padres no eran capaces de cuidar de esos pequeños diablillos?

—Porque Eber se preocupa por ti, porque te estás convirtiendo en un ermitaño que jamás sale de casa, porque somos tus amigos y porque queremos verte feliz... —enumeró Sofía poniendo los ojos en blanco—. Elige la razón que más te guste.

—¿Acaso os he dado motivos para pensar que no soy feliz? —musitó él frunciendo el ceño—. De hecho, era muy feliz hasta que me obligaste a salir del Templo y venir aquí. ¡Estoy a punto de caer en la más profunda desesperación! —exclamó de repente arrodillándose ante ella y tomándola con reverencia de una mano—. Por favor, diosa del amor, musa del espejo, amada de mi amigo, sed benevolente y elegid vos el presente —suplicó solemne, aludiendo a las fantasías sexuales que ella y su marido efectuaban ante el espejo de su santuario en el Templo.

—¡Tendrás cara! Deja de hacer el tonto y busca un regalo —le exhortó sonrojada, señalando las joyerías, perfumerías, y demás tiendas que llenaban los pasillos del Plaza Mar—. Te espero en la cafetería. ¡No se te ocurra aparecer con las manos vacías!

Karol se puso en pie, arrugó la nariz, metió las manos en los bolsillos del pantalón y, murmurando entre dientes sobre las pérfidas mujeres que no ayudaban a los abatidos hombres, se dirigió a la tienda más cercana.

Mucho rato después, tras haber revisado, y descartado, cada joyería y perfumería de la planta baja, decidió seguir buscando en la superior. Esperaba encontrar allí algún regalo acorde con las exigencias de Sofía, a saber: no debía sobrepasar los treinta euros y no debía ser extravagante. ¡Y eso limitaba mucho sus opciones! Entornó los ojos al pasar frente a Stradivarius, la ropa estaba descartada, no tenía ni

idea de qué talla gastaba la hermana de Eberhard, pero quizá un pañuelo... Sí. Ese sería un regalo apropiado, ni caro ni extravagante, simplemente aburrido. Estaba a punto de entrar cuando entre el maremágnum de olores que inundaban sus fosas nasales mareándole, se coló uno inesperado. Alzó la cabeza, cerró los ojos e inspiró profundamente. Excitación, impaciencia y lujuria combinadas en una poderosa esencia que se impregnó en su pituitaria y le hizo jadear de placer. Alguien cerca de él estaba muy excitado. Abrió los ojos y, olfateando el aire como un animal cuasi salvaje, buscó el origen del embriagador aroma. Caminó presuroso ignorando las quejas de aquellos a los que empujaba en su afán por rastrear a su presa. Había olido a muchas personas excitadas en su vida, pero lo que saturaba sus fosas nasales en ese momento no tenía parangón con nada que hubiera sentido nunca. No era solo la excitación o la impaciencia de hacer algo prohibido lo que le seducía de ese olor, era algo más. El emisor de ese efluvio estaba decidido a llevar a cabo su fantasía, y no sentía la menor turbación por ello... y eso, estando en mitad de un centro comercial abarrotado de gente, era cuanto menos, arriesgado. Muy arriesgado.

Rastreó la exótica esencia hasta Women Secret y entró completamente excitado, sin importarle lo que pudiera pensar la gente al ver la erección que se marcaba en sus pantalones justo en una tienda de lencería femenina. Se detuvo en el centro del establecimiento y volvió a cerrar los ojos e inhaló con fuerza. Cuando los abrió una lasciva sonrisa se dibujaba en sus labios. Había localizado a su presa. Era una mujer joven, de unos treinta años, de larga melena castaña, ojos verdes, pómulos altos, barbilla afilada y delgados labios pintados de rojo, que contrastaban fuertemente con la palidez de su elegante y altiva cara de princesa elfa. Era un poco menos alta que él, y gozaba de un físico esbelto pero a la vez atlético. Llevaba una minifalda vaquera con peto y un ajustado top de tirantes blancos que dejaba intuir la tersura de sus pequeños pero firmes pechos. Se movía segura por la tienda, admirando los sujetadores y braguitas expuestos. La joven se giró de repente y su mirada esmeralda se detuvo en él. La vio arquear una ceja, sonreírle taimada y tras encogerse de hombros, acariciar con los dedos uno de los tanga expuestos.

Karol jadeó al sentir que la esencia de su presa se hacía más potente, endureciéndole más todavía. La observó sacar un aparato similar a un móvil del bolso y pasarlo sobre la alarma del tanga negro que había cogido. La excitación que emanaba de la joven se hizo más poderosa, más lúbrica, haciendo que estuviera tentado de acariciar con disimulo su impaciente verga, pero logró sobreponerse a esa locura. Era un milagro que nadie se hubiera fijado aún en su erección, mejor no tentar a la suerte, no fuera a ser que las dependientas alertaran a los guardias de seguridad, y estos le obligaran a marcharse sin dejarle disfrutar del olor del inminente orgasmo de la mujer. Apretó los dientes y esperó paciente a ver cómo se desarrollaba la escena. No tuvo que esperar mucho. La joven pasó una última vez el aparato electrónico sobre la alarma del tanga y, sin molestarse en disimular, guardó la prenda en el bolso, se dio media vuelta, volvió a centrar su seductora mirada en él y salió de la tienda.

Karol la siguió. Un instante después la vio apoyarse sin fuerza en una pared a la vez que uno de los orgasmos más poderosos que había oído en su vida penetraba en su nariz. Tensó cada músculo de su cuerpo para frenar el ansia que le obligaba a masturbarse allí mismo, en mitad del centro comercial, y esperó inmóvil hasta que la mujer se recuperó y se alejó con pasos rápidos. Estaba a punto de ir tras ella, cuando el silbido del móvil anunciándole un SMS le hizo detenerse. Era Sofía, le preguntaba si había encontrado ya el regalo perfecto, pues el centro estaba a punto de cerrar.

—Mierda —siseó Karol. Sacó el pañuelo rojo de seda salvaje que siempre llevaba en el bolsillo y lo enganchó en la cinturilla de sus pantalones dejando que colgara sobre su ingle, para ocultar la erección. Una vez hecho esto, se dirigió hacia la primera tienda que encontró y compró el regalo.

—¿Ha sido tan terrible como pensabas? —le preguntó burlona Sofía cuando se encontró con ella en la cafetería.

—En absoluto. De hecho, ha resultado muy interesante... —musitó pensando en lo mucho que disfrutaría esa misma noche masturbándose mientras recordaba el inquietante y lascivo olor de la ladrona.

Madrugada del domingo, 9 de agosto de 2009

—Al final has conseguido que venga, ¡no me lo puedo creer! —exclamó Eberhard al bajar del escenario una vez terminada la actuación.

—¿Acaso lo dudabas? —inquirió Karol mirando de reojo a Sofía—. Jamás me atrevería a enfurecer a tu dama. Tengo demasiado aprecio a mi cabeza como para hacer tal cosa.

—Qué exagerado eres, Karol, ni que tirara cosas a la cabeza de la gente a diario —bufó ella molesta.

—A la mía no, a la de Eberhard, no lo sé. Quizá —musitó el polaco arrancando una carcajada a su amigo. Lo cierto era que Sofía sí tenía esa costumbre, sobre todo cuando se enfadaba.

—¡Hombres! —exclamó ella poniendo los ojos en blanco.

—Son todos igual de idiotas —afirmó la bajista del grupo, acercándose a ellos.

—Eres una réplica exacta de tu hermano. Un placer conocerte, hermosa hechicera —saludó Karol haciendo una floreada reverencia.

—Ya veo... tú debes de ser el polaco tarado al que van a visitar mi hermano y Sofía cada vez que tienen un segundo libre —dijo ella tendiéndole la mano.

—Elke, sé un poco más amable —la reprendió Eberhard. No quería ni pensar en lo que podría pasar si ella y Karol se enzarzaran en un duelo dialéctico.

—Oh, Eber, cállate —rechazó Karol—. Siento verdadera fascinación por las personas sinceras. ¡Quedan tan pocas en el mundo! —Tomó la mano que le tendía la

mujer y besó con suavidad los nudillos—. ¿Cómo has dilucidado que estoy tarado? Me esfuerzo por disimularlo.

—Mmm... tal vez sean los pantalones o quizá la camiseta... Ya sé —exclamó chasqueando los dedos—. Es el sombrero de copa. Sí. No sé porqué pero me recuerda al del Sombrerero Loco de *Alicia en el país de las maravillas*.

—Vamos, Elke, no seas mala... —la regañó otra chica, dándole un ligero azotito en el trasero. Karol entornó levemente los ojos e inspiró con disimulo al ver el gesto—. Soy Alba, la hija de Sara, la cantante de los Spirits —se presentó.

Karol observó con curiosidad a las dos rubias, el aroma que emanaba de ambas era pura lujuria contenida, sobre todo tras el azotito que una le había dado a la otra.

Elke, la hermana de Eberhard, era muy parecida al alemán, aunque daba la impresión de carecer de su temperamento sosegado. Rondaría los treinta años y era alta, con un cuerpo escultural que durante la actuación de los Spirits había levantado las miradas, y otras cosas, del público masculino... y a tenor de lo que había podido olfatear, también del femenino. Su rostro diamantino de rasgos marcados estaba adornado por una nariz larga y algo picuda que imprimía cierta dureza a sus ojos azules y sus voluptuosos labios. La lisa melena rubia sobrepasaba la mitad de su espalda, excepto por algunos mechones que, estratégicamente colocados, caían sobre sus enormes pechos. Iba vestida con unos pantalones vaqueros con cortes en las rodillas y una blusa roja, casi transparente, estampada con motivos étnicos.

Alba era mucho más joven, rondaría la veintena. Era una joven de estatura media, cuerpo delgado y formas definidas pero no voluptuosas. Casi parecería una inocente niña si su rostro no fuera el de un ángel perverso. Tenía la piel muy clara, casi blanca, y un largo cabello dorado que caía en ondas sobre sus hombros, excepto por el flequillo que tapaba su frente y le daba una apariencia traviesa. Sus ojos, tan verdes como el jade y perfilados con largas y negras pestañas, dotaban de inocencia a su rostro, mientras que sus labios, gruesos, sensuales, y pintados de un brillante rojo rabioso, la hacían parecer perversa. Vestía una amplia camiseta blanca que resbalaba por uno de sus hombros y unos pantalones cortos que apenas le tapaban el trasero. Completaba su atuendo un sombrero negro de ala rígida que enfatizaba más todavía su apariencia de ángel travieso.

—Interesante... —musitó Karol inspirando de nuevo. El libidinoso aroma que emanaba de ella al mirar a Elke hablaba por sí solo.

—¿Qué es interesante? —preguntó en ese momento una mujer morena, que rondaría los cuarenta.

—Sara... —la llamó Eberhard—. Este es Karol, el amigo del que os he hablado.

—Encantada, Eber nos ha hablado mucho de ti —saludó dándole un par de besos en las mejillas.

Karol arqueó las cejas, sorprendido ante la afable efusividad de la mujer, pero no le dio tiempo a decir nada ya que un instante después, dos hombres que guardaban un evidente parecido con Eberhard y su hermana, y un joven moreno que miraba a Alba

con adoración, se unieron a las presentaciones. Una vez terminada la ronda de besos y saludos, Karol se vio inmerso en una nueva experiencia: hacer un trabajo físico por primera vez en su vida.

Elke observó divertida al polaco mientras intentaba ayudar a los chicos a desmontar uno de los altavoces que el grupo usaba durante las actuaciones. Cuando Eber se había referido a él como un tipo algo extravagante, ella no había siquiera imaginado que lo sería tanto. Era alto, mucho. También muy delgado, aunque los perfilados músculos que se habían marcado en sus brazos al cargar con el timbal le hacían intuir que, bajo su aspecto estilizado se escondía un cuerpo fibroso. Pero esa delgadez no era lo que le hacía parecer extravagante, en absoluto. Era... todo lo demás. Su rostro poseía una singular belleza femenina, pómulos altos y afilados, nariz recta, labios definidos, pero eran sus ojos los que más llamaban la atención. Grandes, con angulosas cejas que se alzaban en un pronunciado pico que le hacía parecer muy *sexy*, pestañas muy oscuras y densas, y unos iris luminosos y... bicolores. El izquierdo, de un azul tan claro que casi parecía transparente; el derecho, casi por completo negro, excepto por la fina banda azul que lo circundaba. Acentuaba su peculiar apariencia con unos ajustados pantalones negros llenos de cremalleras y cadenas, una camiseta militar de manga corta desgarrada a la altura del torso, unos botines negros con la puntera y el tacón con incrustaciones plateadas y un sombrero de copa adornado con cientos de tachuelas. Desde luego era difícil que pasara desapercibido.

—Nunca pensé que la vida de un músico fuera tan dura —murmuró Karol abriendo un abanico rojo con un golpe de muñeca para abanicarse con énfasis.

—No seas quejica, tampoco ha sido para tanto —le reprendió Eberhard palmeándole la espalda—. Bueno, ya está todo recogido, nos encontramos en la playa de la Ermita —comentó a los allí reunidos—. ¿Sabes cómo llegar hasta allí, Karol? —le preguntó. Aunque su amigo vivía en Alicante desde hacía casi medio año, por lo que él sabía apenas salía de su casa, y mucho se temía que no tendría ni idea de dónde se encontraba esa playa.

—No te preocupes, lo pondré en el GPS.

—Te perderás —le advirtió Alba—. Para llegar allí tienes que coger un camino que no aparece en ningún GPS. ¿Es tuyo ese súpercoche? —le preguntó lamiéndose los labios. Karol asintió con la cabeza—. Te acompaño —afirmó dirigiéndose hacia el todoterreno.

Karol se encogió de hombros y la siguió divertido. Elke se unió a ellos. Y también lo hizo, aunque a cierta distancia, el joven moreno que no había dejado de observar reverente a Alba durante toda la noche. Se montaron en el coche, Alba en el asiento del copiloto, Elke atrás y Karol, al volante. El joven que los había seguido se quedó parado muy quieto, con la mirada baja, junto al vehículo.

—Oh, ¡por favor! —exclamó Alba exasperada—. ¿Quieres acompañarnos? —le preguntó. El joven asintió con la cabeza sin levantar la mirada del suelo—. ¡Pues

dilo! Anda sube...

—Gracias, dóm... Alba —musitó el hombre corrigiéndose con voz sumisa. La muchacha puso los ojos en blanco.

—Te he dicho mil veces que hagas el favor de actuar como las personas normales cuando no estemos solos —le regañó crispada—. No tenemos una relación 24/7^[4], ¿lo entiendes?

—Sí, ama —respondió el joven subiéndose al coche.

—Arnau..., me estás cabreando —le indicó mirándole muy seria—. No se te ocurra decir una sola palabra más —le advirtió antes de que pudiera replicar.

El joven cerró la boca, bajó la mirada respetuoso y se sentó con las piernas muy separadas y las manos, con las palmas hacia arriba, sobre las rodillas.

Alba suspiró y luego, negando con la cabeza, fijó la mirada en Karol, que en ese momento sacudía su sempiterno pañuelo rojo impregnado en Chanel N.º 5 frente a él. El aroma excitado del muchacho le estaba provocando una incipiente erección, que debía erradicar si quería conducir con comodidad.

—¿Hay algún toro cerca? —preguntó Elke en ese momento. Karol arqueó una ceja—. Lo digo por el pañuelo —explicó arrancando las risas de Alba.

Karol ahogó una carcajada y guardó el pañuelo en su bolsillo, quedando de nuevo indefenso ante la lascivia que impregnaba el aire. El olor del muchacho era pura lujuria y se incrementaba de forma exponencial cuanto más enfadada y severa se mostraba la joven. El de Alba por el contrario era de pertinaz aburrimiento, mientras que de Elke emanaba el conocido aroma del deseo no correspondido.

Se colocó el parche sobre el ojo derecho, arrancó el coche y, siguiendo las instrucciones de las rubias, condujo por carreteras secundarias hasta llegar a un camino que podía considerarse de cabras. Y mientras luchaba por esquivar los baches, cavilaba sobre el giro que había dado su vida en apenas un mes, desde que Eberhard y Sofía habían decidido convertirse en sus amigos, dándole a la palabra amistad un sentido por completo diferente al que estaba acostumbrado.

Si había un axioma en el que Karol había creído categóricamente era que la amistad podía comprarse, ya fuera con regalos, privilegios o simple dinero. Su padre se lo había demostrado una y otra vez a lo largo de su vida, comprando a sus amigos, a sus socios, a sus conocidos... a él mismo. Y Karol había seguido el ejemplo de su progenitor. Al menos hasta que pagó un alto precio por conseguir su libertad. Y fue poco después de pagar ese precio, mientras esperaba angustiado, y también aterrorizado, a que le llevaran por primera vez al quirófano, cuando se juró a sí mismo que jamás volvería a depender de nadie, que jamás volvería a mentir para complacer las expectativas de nadie, que jamás volvería a desear lo que no podía tener. Y casi lo había conseguido. Había pasado dos años cumpliendo a rajatabla sus promesas, hasta que la humanidad que se alojaba en un recóndito lugar de su alma, y de la que no podía librarse por mucho que lo intentara, le llevó a desear, más allá de

cualquier resistencia, un amigo. Alguien con quien compartir secretos y que no se asustara, o al menos no demasiado, de su extraña sexualidad.

Y el destino, cruel y caprichoso como era, había puesto en su camino a Eberhard.

Y él había hecho aquello que su padre mejor le había enseñado: poner un plan en marcha para comprar un amigo. Solo que había fallado. Estrepitosamente.

No había conseguido comprar la amistad del alemán ni de su esposa. Estos se la habían dado libremente, exigiéndole la suya a cambio. Y él se había jurado conservar intacto ese preciado, único y maravilloso regalo, aunque fuera la empresa más difícil y complicada de todas las que había acometido en su vida. Y ahí estaba ahora, de camino a una fiesta de cumpleaños a la que no le apetecía asistir.

¡Cuánto trabajo para complacer a sus amigos! Y cuán gratificante era ver la sonrisa de Sofía y el gesto orgulloso de Eberhard cuando le había presentado a los demás. Sí. Mantener una amistad era una labor ardua, incluso incómoda, pero a la vez grata y satisfactoria... Y tenía el valor añadido de que, en contra de todo pronóstico, la noche estaba siendo francamente interesante. Había olfateado, y visto, a una ladrona que le había puesto a mil. ¡Ojalá pudiera volver a olerla! Además, había asistido por primera vez a una actuación musical en un hotel, más exactamente a la de los Spirits, y lo cierto era que había disfrutado muchísimo de la experiencia, aunque no pensaba repetirla, había demasiadas personas juntas emanando diversos olores. Su cerebro había estado a punto de sufrir una conmoción olfativa. También había realizado el primer trabajo físico de toda su vida al desmontar y transportar los altavoces e instrumentos musicales, y era mucho más duro de lo que había pensado en un principio. Y ahora, estaba de camino a una playa que no salía en los mapas, en compañía de un trío de personas que si su agudizado olfato no le engañaba, tenían caracteres y deseos de lo más variopinto: Elke, una mujer que deseaba en secreto a otra; Alba, una joven angelicalmente perversa que se sentía atraída por Elke y que a su vez era la esquiwa dómina de Arnau, un sumiso que deseaba convertirse en esclavo en una relación 24/7.

Interesante. Muy interesante.

Estaba ansioso por descubrir qué más sorpresas le deparaba la noche.

Cuando por fin llegaron a su destino, observó asombrado la fiesta que allí había montada. La playa de la Ermita estaba alejada de cualquier zona urbana. Y estaba abarrotada. Decenas de coches ocupaban un estrecho aparcamiento natural que había junto a la carretera. Frente a este, en un extremo del camino que llevaba a la playa, había un chiringuito de paredes de madera y techo de lona que acogía a una multitud bulliciosa que bailaba, bebía, charlaba y, en definitiva, se lo pasaba divinamente. Cerca del chiringuito, ya en la propia playa, había grupos de amigos que, sentados en círculos alrededor de sus neveras portátiles, alternaban chanzas y risas. Y, más allá, tumbadas sobre la fina arena y amparadas por la oscuridad de la noche, parejas en mayor o menor estado de apasionamiento, disfrutaban de sus cuerpos junto al mar. Al otro lado de la carretera, lejos de la algarabía, la naturaleza estallaba en un salvaje

paraje dominado por arbustos y pinos bajos que adoptaban extrañas posiciones debido a la fuerza del viento que los azotaba constantemente. El contraste entre ambos escenarios era apabullante. Luces de colores delimitando la pequeña playa, y, solo pocos metros más allá, una oscuridad casi absoluta.

Sobreponiéndose al aturdimiento que los olores procedentes de tal gentío provocaban en sus sentidos, se unió a Eberhard en la complicada tarea de abrirse paso hasta la barra para pedir las bebidas. Momentos después, observó estupefacto como el camarero le servía su consumición en un vaso ¡de plástico! ¡¿Cómo era posible tal infamia?! Abrió la boca para protestar, pero la cerró *ipso facto* al comprobar que las bebidas de sus amigos también eran servidas en tan impropio recipiente. Ahogando un suspiro frustrado, tomó su vaso y siguió a sus compañeros a través de las mesas dispuestas en el chiringuito... y continuó caminando tras ellos cuando estos abandonaron el suelo de madera y se internaron en la playa, alejándose a considerable distancia de la luz y la música. ¿Qué demonios iban a hacer? ¿No estarían pensando en sentarse en la arena?

Sí. Lo estaban pensando. De hecho, eso fue exactamente lo que hicieron.

Parpadeó aturdido, miró a su alrededor, se quitó el sombrero de copa y se rascó la cabeza. Decididamente iba a ser una de las peores, y más incómodas, noches de su vida. Sin saber qué hacer y fingiendo un entusiasmo que no sentía, observó con los ojos entornados el vaso que contenía su bebida. Era la primera vez en sus treinta y seis años de vida que le servían vodka en un recipiente de plástico y además de una marca que no había probado nunca, no obstante necesitaba un trago, por lo que decidió arriesgarse. Dio un sorbo, paladeó la bebida y, esbozando una mueca de asco, hizo un agujero en la arena con el pie y volcó el contenido. Sus papilas gustativas no estaban acostumbradas a degustar tal bazofia... y no pensaba acostumbrarlas.

—Prueba la cerveza, está muy fría, y te quitará el mal sabor del alcohol de garrafón —le dijo Sara, la madre de Alba, tendiéndole un mini. Karol lo tomó remiso, dio un ligero trago y, un segundo después, esbozando una sonrisa complacida, dio otro más largo. ¡Eso era otra cosa!

—Gracias, hermosa dama, me has salvado la vida —afirmó devolviéndoselo.

—De nada, siempre es un placer salvar de un apuro a un amigo —comentó ella, divertida por sus modales pomposos—. Me sobra un trozo de toalla —comentó a la vez que la extendía—. ¿Te apetece compartirla? —le preguntó sentándose en un extremo.

—Mi agradecimiento no conoce límites —musitó Karol haciendo una reverencia, para luego colocarse de nuevo el sombrero y sentarse con cuidado.

Sara se echó a reír al escucharle, y él sonrió a su vez, quizá no había sido tan mala idea asistir al cumpleaños. Los amigos y hermanos de Eberhard parecían ser tan agradables como este, aunque sabía por propia experiencia que las apariencias siempre engañaban.

Se removió sobre la toalla hasta quedar lo más cómodo posible, que no era mucho dada la dureza del suelo, y examinó con atención a quienes le rodeaban. Se habían sentado formando un círculo deforme alrededor de una linterna que habían colocado en la arena. Eberhard afinaba concentrado las cuerdas de una guitarra española mientras que Sofía charlaba con un par de chicas que se acababan de unir al grupo. Ernest, uno de los hermanos de Eberhard, estaba sentado a horcajadas sobre una caja de madera que golpeaba con las puntas de los dedos, arrancándole rítmicos sonidos. Karol inclinó la cabeza y lo miró intrigado.

—Es un cajón —le susurró Sara al ver su gesto. Karol giró la cabeza hacia ella y enarcó una ceja—. Es un instrumento de percusión, si se sabe tocar bien, se pueden crear hermosos acompañamientos... y Ernest lo sabe tocar muy, pero que muy bien —afirmó sonriente.

—Interesante...

—¿Nunca has visto ninguno?

—Nunca me ha interesado la música... o quizás debería decir que nunca he tenido tiempo para interesarme por la música —explicó él encogiéndose de hombros—. He asistido, más por compromiso que por gusto, a algún concierto de la Concertgebouw de Ámsterdam, la Sinfónica de Berlín o la Filarmónica de Viena, pero esta noche ha sido la primera vez que he presenciado la actuación de un grupo... o que escucho música en la playa. Y lo cierto es que está resultando muy interesante —afirmó con sinceridad.

—Vaya... —Le miró con los ojos entornados—. Me alegro de que Sofía te haya convencido de venir. Nadie debería llegar a los treinta sin haber asistido a un concierto en una sala de fiestas o sin haber disfrutado de una improvisada serenata en un parque o la playa. No es tan impactante como ver a la filarmónica en directo, pero sí mucho más divertido —afirmó sonriente—. Debes de haber tenido una adolescencia muy... seria.

—Puede ser, pero, aquí estoy ahora, dispuesto a recuperar el tiempo perdido —sentenció Karol desviando la mirada hacia otro de los hermanos de Eberhard.

Ellery estaba de pie, en mitad del círculo de amigos, haciendo malabarismos con tres bolas que lanzaba al aire. O al menos intentándolo, porque la mayoría de las veces se le escapaban de las manos de la manera más tonta y caían sobre alguien, momento en el que el torpe malabarista se quejaba lastimero, levantando las carcajadas del resto de los presentes.

—Lo hace a propósito —le susurró Sara de nuevo—. Ellery es un genio con las bolas, pero le parece mucho más divertido hacer el payaso...

—¿Prefiere que se rían de él a que le admiren? —inquirió Karol asombrado al ver que sus hermanos le aplaudían y animaban cada vez que fallaba. A su padre le hubiera dado un ataque si él se hubiera dedicado a hacer mal las cosas a propósito. De hecho, le dio un ataque cuando descubrió que no era tan perfecto como deseaba, recordó tocándose la ceja derecha.

—No se ríen de él —replicó Sara muy seria—. Míralo bien —le instó—. Se ríen con él, no de él. Esa es la gran diferencia. ¿Qué es mejor, ganarse la admiración de alguien, o hacerle reír? Si Ellery cogiera todas las bolas acabaría por ser aburrido... pero como muchas veces acaba dando a alguien, es más divertido, ya que todos tenemos que estar pendientes de escapar de sus golpes —explicó agarrando una de las bolas que en ese momento cayó sobre su regazo. Señaló a Ellery con un dedo, le sacó la lengua, y se la tiró de nuevo para que siguiera con sus travesuras.

Karol asintió a sus palabras con un gesto de cabeza.

—Conoces muy bien a tus amigos —comentó mirándola perspicaz.

—Hace años que tocamos juntos...

Y, arropado por las risas, el sonido arrancado a las cuerdas de una guitarra española y el suave ritmo de unos dedos golpeando una caja de madera, Karol descubrió que bajo el cielo estrellado y sentado sobre una toalla en la arena bien podía pasar una de las mejores noches de su vida.

Sara resultó ser una mujer afable y de risa fácil, que, cuando no estaba poniendo voz a las canciones que Eberhard rasgueaba en su guitarra, no tenía inconveniente en responder a sus preguntas. Así descubrió que el grupo tocaba en hoteles los fines de semana y que todos tenían además su propio trabajo, que era el que les permitía realmente pagar las facturas. Ella había entrado en los Spirits gracias a Elke, que era su mejor amiga, y como se llevaban de maravilla y la economía estaba bastante ajustada, hacía tiempo que habían decidido compartir gastos viviendo juntas. Karol sonrió al escucharla. Las tres mujeres, Sara, Alba y Elke, vivían en la misma casa, juntas, pero no revueltas... por mucho que le pesara a Elke. Desvió la mirada hacia la rubia. Estaba sentada junto a uno de sus hermanos, charlando animadamente, o al menos, fingiendo hacerlo, porque cada poco tiempo sus ojos se dirigían hacia la parejita de supuestos enamorados que, ajena a las conversaciones del grupo, discutían en voz baja. O al menos eso parecía por los gestos rotundos de la joven, y la mirada baja y arrepentida del hombre.

—Vaya... —musitó Sara siguiendo la dirección de su mirada—, mucho me temo que se les está acabando el amor, y no me extraña, Alba puede llegar a ser muy marimandona —comentó divertida.

Karol se encogió de hombros. Intuía que la parejita no estaba realmente discutiendo, sino llevando a cabo una escena más de sus juegos de D/s.

—Sara. *¿Son of a preacher man?* —preguntó Eber tocando unos acordes en la guitarra.

La mujer asintió con la cabeza, y acto seguido comenzó a cantar con voz suave.

Karol tomó el mini de cerveza y se dispuso a dar un trago. No llegó a hacerlo. Un lujurioso e inesperado olor estalló en sus fosas nasales, poniéndole duro al instante. Sujetó el vaso de plástico con ambas manos para evitar derramarlo y lo llevó lentamente hasta sus labios mientras sus ojos se fijaban en el dueño de aquel excitante aroma.

El sumiso estaba arrodillado junto a Alba, su frente perlada en sudor y sus manos aferrando con fuerza los pantalones indicaban la tensión que le recorría mientras la joven le susurraba algo al oído. Un instante después asintió respetuoso con la cabeza y abandonó presuroso el círculo de amigos para marcharse de la playa, atravesar la carretera e internarse en la oscuridad de la noche entre los matorrales y pinos bajos. Karol entornó los ojos, intrigado y desvió la mirada hacia la joven rubia, solo para descubrir que estaba siendo observado por ella.

Alba inclinó la cabeza, le guiñó un ojo y le lanzó un descuidado beso antes de llevarse las manos a la boca, introducir un par de dedos en esta y dar un fuerte silbido que silenció todas las conversaciones.

—¡Ha llegado la hora de los regalos! —gritó. Acto seguido se colocó frente a Elke y le tiró de las orejas tantas veces como años cumplía—. ¡Feliz cumpleaños! —exclamó antes de entregarle un paquete envuelto en un brillante papel de colores y darle dos besos. Ambos muy cerca de las comisuras de los labios. Aunque de esto último solo se percató Karol.

Elke abrió su regalo entre risitas y gritos entusiasmados. Era un precioso colgante en forma de corazón que agradeció efusivamente a su amiga con un cariñoso abrazo y dos besos, estos también en la comisura de los labios. A este primer regalo le siguieron otros, cada uno de ellos fue abierto entre exclamaciones y agradecido con sendos besos, aunque ninguno de ellos tan poco inocente como los que las dos amigas se habían dado.

Karol observó con el ceño fruncido el montoncito de regalos que Elke iba colocando sobre su toalla. Un reloj, una colonia, una camisa, un libro... Mucho se temía que su presente iba a ser mucho más inapropiado de lo que había pensado en un principio. Se dio unos golpecitos con los dedos en los labios mientras pensaba a toda velocidad. Necesitaba una buena excusa que le permitiera salir del aprieto y entregarle el obsequio en presencia de menos gente, preferentemente de nadie. De repente abrió muchos los ojos y una sonrisa burlona se dibujó en sus labios. ¡No le hacía falta buscar ninguna excusa! Tenía una perfecta.

—Oh, ¡qué cabeza la mía! —dijo levantándose de improviso—. Me temo que he olvidado mi regalo en el coche. —Y era cierto—. Si me disculpáis, voy a por él. —«Lo que no sé es cuándo volveré», pensó, pues ya que tenía que acercarse hasta el todoterreno, bien podía tardar un poco más y saciar su curiosidad buscando, y encontrando, al sumiso que había desaparecido tan discretamente.

Siguiendo los pasos del esclavo dejó atrás el chiringuito, el improvisado aparcamiento y la carretera. Al llegar a los primeros matorrales, inspiró profundamente en busca del poderoso y lúbrico aroma del joven y, esbozando una sonrisa, caminó sigiloso entre los pinos bajos. El hombre estaba tan excitado que no le iba a resultar complicado encontrarle.

Lo halló a pocos metros de la primera hilera de pinos, esperando desnudo, arrodillado con las piernas separadas, las manos con las palmas bocarriba sobre los

muslos y la cabeza baja, por completo inmerso en su papel. No se había alejado mucho de la carretera, solo lo suficiente para gozar de cierta intimidad, que Karol, por supuesto, pensaba respetar. Más o menos. Al fin y al cabo la privacidad era algo muy relativo, bastaba con no saberse observado para sentirse seguro. Y esa aparente privacidad era lo único que iba a consentir. Se sentía demasiado intrigado como para darse la vuelta e ignorar lo que seguramente iba a pasar en pocos minutos. Así que buscó un lugar en el que pudiera pasar desapercibido, algo nada difícil en la penumbra reinante. Cuando lo halló, caminó furtivo hasta allí, se sentó en el suelo y, apoyándose en la rugosa corteza de un pino, se dispuso a esperar.

Alba aguardó hasta atravesar la carretera y adentrarse un poco entre los árboles para encender la diminuta linterna de *leds* que llevaba en la mano. Apenas daba luz, pero era suficiente para no tropezar y llegar hasta donde había ordenado al sumiso que la esperara: a cincuenta pasos de la carretera y en línea recta con respecto al chiringuito. Esperaba que no se hubiera perdido. Arnau podía ser un esclavo maravilloso, sobre todo con un ama más imaginativa y severa que ella, pero desde luego nunca sería un *boy scout*. Su orientación era pésima, de ahí que no le hubiera ordenado alejarse más.

Iluminó el suelo y comenzó a contar los pasos, pero se detuvo al percatarse de que había unas extrañas pisadas cruzándose en su camino. Se agachó para verlas mejor y las siguió con las yemas de los dedos pensativa. Era fácil que alguien más se hubiera adentrado allí, era un buen lugar para follar sin ser visto, pero las huellas no se correspondían con pies descalzos o chanclas, de hecho, hubiera sido casi imposible distinguir ese tipo de rastro en el suelo arenoso. No. A tenor del tamaño de las pisadas, estas pertenecían a un hombre. Un hombre que llevaba un calzado puntiagudo y con un poco de tacón. Se irguió sonriente y continuó andando. La noche se presentaba mucho más interesante de lo que había imaginado.

Karol vio como la joven se acercaba al sumiso y dirigía la linterna a los árboles que les rodeaban. El haz de luz pasó sobre sus botines y la plata que adornaba las punteras de estos destelló, pero ella no pareció darse cuenta, ya que a continuación iluminó al hombre arrodillado. El olor que emanaba de ambos era embriagador. La excitación femenina llegaba hasta sus fosas nasales pausada, como si Alba se mantuviera a la expectativa; la del hombre, en cambio, le llegaba imperiosa, impaciente, de absoluta devoción. Incapaz de contenerse, Karol separó un poco las piernas, llevó una mano a la erección que despuntaba en sus pantalones y comenzó a acariciarse lentamente mientras miraba la escena que acontecía ante él con suma atención.

La joven había llegado hasta el sumiso y le acariciaba dulcemente la espalda mientras le decía lo orgullosa que estaba de él. Él jadeaba sonoramente con cada caricia.

—¿Has sido un chico obediente? —Le tiró del pelo, obligándole a alzar la cabeza.

—Sí, dómina —susurró él.

—Eso espero. Ya sabes cómo me disgusta que me mientas. —El olor a excitación del hombre aumentó más todavía ante la voz severa de la joven.

Alba asintió con la cabeza, y recorrió con los dedos la unión entre las nalgas masculinas que aún mostraban la rojez producida por los azotes que esa misma tarde le había proporcionado. Él gimió incapaz de contenerse cuando ella insertó uno de sus dedos en un anillo de silicona que sobresalía de su ano, tirando suavemente de este.

—¿Te molesta el cono anal? —le preguntó acariciándole la cabeza con la mano libre.

—Sí, dómina.

—¿Quieres que te lo quite?

—Solo si os place, dómina.

Alba asintió satisfecha al escuchar su contestación y tiró del anillo hasta que parte del cono emergió del ano, luego, volvió a introducirlo bruscamente.

—No me place —sentenció sonriente.

Karol estuvo a punto de jadear de placer al sentir la exaltación lujuriosa del hombre ante los actos de su ama.

—¿Te has colocado el arnés tal y como dispuse? —preguntó Alba con tono amenazante. El hombre asintió con la mirada fija en los pies de la joven—. Quiero verlo.

El sumiso colocó las manos a su espalda, abrió más las piernas e irguió la espalda adelantando las caderas.

Alba iluminó con la pequeña linterna el pubis del hombre.

Karol esbozó una taimada sonrisa al ver que el pene del esclavo se mantenía en una dolorosa semierección debido a las tres bandas de cuero que aprisionaban su sexo. Una rodeaba la base de la polla, otra la capturaba envolviendo el glande a modo de caperuza, y ambas estaban unidas con un candado a una tercera faja que encerraba los testículos, imposibilitando el alzamiento de la torturada verga.

—Se ve tan hermosa —susurró Alba acariciando el falo con un extremo de la linterna.

El sumiso jadeó con fuerza temblando violentamente mientras su excitación crecía exponencialmente con cada metálica caricia.

—Te has portado muy, muy bien. Estoy tan orgullosa de ti... —le alabó con una radiante sonrisa en los labios antes de incorporarse—. ¡A cuatro patas! —exclamó comenzando a andar—. ¡Y no se te ocurra levantar la mirada del suelo! —le advirtió amenazadora.

El sumiso se apresuró a colocarse sobre manos y pies y gatear tras ella, pegado a sus talones.

Karol abrió los ojos como platos al percatarse de la dirección que tomaba Alba.

—¿Te apetece mirar? —le preguntó Alba con una sonrisa ladina instantes después, mientras lo iluminaba con la linterna.

—Siempre... —respondió Karol, sobreponiéndose a la sorpresa y esbozando una sonrisa al intuir que ella sabía que estaba allí desde el principio.

El sumiso alzó la cabeza entre sobresaltado y curioso al escuchar la inesperada voz del polaco.

—¿Te he dado permiso para levantar la mirada del suelo? —le regañó Alba con severidad.

—No, dómina —musitó el hombre apresurándose a bajar la cabeza.

—Eres un esclavo maleducado que me ha dejado en evidencia delante de mi amigo —le increpó ella con fingida furia—. ¡Cómo te atreves a desobedecer una orden directa! —exclamó posando una mano en su cabeza y obligándole a apoyar la frente en el suelo—. ¿Qué crees que debería hacer contigo?

—Merezco un severo castigo. —Elevó el trasero—. Solo si os place, dómina —se acordó de añadir en el último segundo. Estaba tan excitado que apenas si conseguía enlazar un pensamiento con otro.

—Eso haré, pero no esperes sentir mi mano en tu asqueroso culo. Acabas de perder ese privilegio —afirmó ella quitándose una de las chanclas que llevaba y comenzando a azotarle con ella.

Karol observó pensativo a la joven. El olor que emanaba de ella le indicaba que estaba excitada, pero ni por asomo tanto como el hombre arrodillado a sus pies. No obstante, no cabía duda de que Alba sabía perfectamente lo que se hacía. Golpeaba alternativamente cada nalga, dejando unos segundos entre golpe y golpe para incrementar el desconcierto del esclavo... y también su placer. Karol estaba seguro de que ella sabía que con cada azote que asestaba, el cono anal que el hombre llevaba insertado rozaba contra su sensible próstata, lo que unido a las endorfinas que su cerebro generaba para contrarrestar el dolor, le acercaba más y más al éxtasis. De hecho, en el momento en que el olor del hombre le indicó que estaba al borde de su máxima excitación, ella dio por finalizado el castigo.

—Me doy por satisfecha... pero que no vuelva a repetirse —le advirtió acariciándole la espalda, para a continuación rozarle con las uñas el trasero.

La respiración del hombre se agitó hasta convertirse en un jadeo errático a la vez que elevaba más y más las caderas, acercando el enrojecido trasero a las uñas que lo magullaban.

—¿Te gustaría que liberase tu polla? —le preguntó llevando las manos hasta el arnés que le apresaba el sexo para darle un suave apretón.

—Sí, si os place, dómina. —Alba asintió con la cabeza y sacó de uno de los bolsillos de su pantalón corto la pequeña llave que abría el candado que mantenía preso el sexo del joven.

Karol sonrió al percatarse de la deliciosa contraseña que Alba usaba para comunicarse con su esclavo. Cuando le había preguntado si quería que le quitara el cono, él había respondido: «Solo si os place», dejándole la elección a ella. En esta ocasión su respuesta había sido: «Sí, si os place», una afirmación disfrazada de ruego,

y ella, por supuesto, iba a liberarle. No cabía duda de que era un ama que se interesaba por su sumiso y se comunicaba con él. Algo imprescindible en el mundo del BDSM.

—Se me acaba de ocurrir una manera para que le demuestres a mi amigo lo buen esclavo que eres... —comentó ella mirando a su esclavo.

—Nada deseo más que subsanar mi error, dómina —musitó él asintiendo vigoroso con la cabeza. A pesar del castigo reparador aún se sentía herido en su amor propio.

—¡No! —exclamó ella inclinándose sobre él y posando la mano bajo su barbilla para elevarle con amabilidad la cabeza—. Arnau... —dijo, indicándole que en ese momento no estaba jugando—. Todos los errores quedan siempre enmendados tras el castigo. Jamás dejes que un amo te castigue una y otra vez por un error ya corregido —afirmó con rotundidad. El hombre asintió con la cabeza y ella le premió con una bella sonrisa—. Karol..., ¿me prestas tu pañuelo rojo? —le preguntó. Este asintió con la cabeza, y se lo dio.

Alba lo dobló varias veces y lo ató alrededor de la cabeza de Arnau, sobre sus ojos, imposibilitándole la visión. Luego, se metió la llave en la boca, e inclinándose sobre él le besó, depositándola entre sus labios.

—Tienes treinta segundos para abrir el candado y liberarte del arnés. Compláceme y obtendrás tu premio... si no lo consigues, solo demostrarás que eres un torpe que no merece correrse —le advirtió con voz desdeñosa antes de comenzar a contar en voz alta.

El sumiso se apresuró a buscar a ciegas el candado e insertar la llave en este. Lo consiguió tras varios intentos, y luego tentó con dedos trémulos el arnés que restringía su erección, buscando los botones a presión que cerraban las bandas de cuero.

Karol acariciaba con languidez su erecto pene por encima de los pantalones mientras observaba con los ojos entornados a la joven. Esta contaba despacio, demasiado despacio. Cada uno de sus segundos correspondía a dos reales. Ella se percató de su mirada y le guiñó un ojo. Karol sonrió divertido, y también encandilado por el talante de la muchacha. El sumiso tenía que ser muy torpe para no conseguir su premio, pues su ama estaba completamente decidida a dárselo, aunque intuía que antes de concedérselo le daría un poco más de emoción al asunto.

Alba esperó hasta que Arnau se liberó de las bandas que encerraban su pene, y cuando solo le quedaba por deshacerse de la de los testículos, aumentó la rapidez con que contaba, dándole un nuevo motivo de inquietud.

—Veintiséis, veintisiete, veintiocho, veintinueve... —El último anillo de cuero cayó al suelo—. ¡Lo has hecho maravillosamente! —le alabó con sinceridad destapándole los ojos y devolviéndole el pañuelo a su propietario—. Estoy muy orgullosa de ti, le has demostrado a mi amigo lo bien educado que estás y lo hábil que eres —le ensalzó acariciándole la cabeza, la espalda, los hombros—. Me has

complacido, y mereces un premio acorde a tus esfuerzos. Mastúrbate mientras me besas los pies —le ordenó—, pero no me los chupes —especificó—, aún no te has ganado el privilegio de mancharlos con tu saliva.

El hombre, aún de rodillas, se apresuró a obedecerla con deleite mientras placenteros gemidos escapaban de sus labios, que recorrían el empeine femenino con exaltada reverencia.

Karol cerró los ojos, metió la mano bajo sus pantalones y comenzó a acariciarse la polla de arriba abajo con fuerza mientras el olor exaltado del hombre penetraba en su nariz aumentando su excitación.

—Karol... —le llamó Alba—. ¿Quieres que mi esclavo te dé placer?

El aroma libidinoso del hombre arrodillado se hizo tan intenso al escuchar la pregunta, que dejó a Karol al borde del orgasmo.

—No... —rechazó el polaco sin abrir los ojos ni dejar de masturbarse—. Soy un firme partidario del onanismo... —dijo con voz entrecortada—. Aun así, agradezco tu regalo.

El sumiso gimió decepcionado y el aroma de su excitación disminuyó un poco, aunque rápidamente volvió a aumentar cuando Alba llevó la mano con la que le acariciaba la espalda hasta el anillo de silicona que había en su culo. Tiró lentamente de él, para luego volver a introducirlo despacio. Repitió la operación varias veces, otorgando de esta manera una excelente compensación a su esclavo.

—Córrete —le susurró imperiosa insertando por última vez el cono en el recto. Esperó hasta que el hombre comenzó a temblar, y luego extrajo el juguete anal de un fuerte tirón, llevándolo a un orgasmo que le hizo caer desmadejado en el suelo, casi desmayado de placer.

Karol, todavía con los ojos cerrados para poder captar mejor cada matiz de la lasciva esencia que flotaba en el aire, envolvió su polla con el pañuelo y alcanzó su propio orgasmo. Luego permaneció unos instantes inmóvil, arrullado por la suave voz de Alba mientras ensalzaba a su esclavo y la belleza que se había reflejado en él al alcanzar el éxtasis.

—Vístete y regresa a la playa, nosotros iremos dentro de un rato... y no te olvides de recoger el cono y el arnés —le indicó Alba instantes después, señalándolos con la mirada.

El hombre asintió respetuoso, hizo lo que le había ordenado y se dirigió risueño a la playa. El olor que emanaba de él hablaba de sueños cumplidos.

—¿Dónde has conseguido el arnés que llevaba tu sumiso? —le preguntó Karol intrigado cuando estuvieron solos. Había visto muchos parecidos a ese, pero ninguno que se ajustase con tanta perfección.

—¿Acaso estás interesado? —respondió ella con una sonrisa pícaro.

—Podiera ser... no en un arnés restrictivo, pero sí en uno que se ciñera al tronco del pene dejando libre el glande, sería interesante verme forzado a acariciarme solo el capullo —disertó gesticulando con las manos mientras intentaba explicar lo que veía

en su imaginación—. Pero para eso necesito que el arnés se ajuste como un guante a mi polla, y que sea de cuero grueso y consistente para que, si me fallara la voluntad e intentara masturbarme por completo, no sintiera nada, excepto donde me he propuesto sentirlo.

—Veo que tienes muy claro lo que quieres —murmuró Alba impresionada.

—Llevo un tiempo pensando en ello —explicó Karol divertido—. ¿Dónde lo has conseguido? —volvió a preguntar.

—Lo he hecho yo —afirmó orgullosa—. Siempre me han interesado las manualidades en cuero y hacer un arnés no difiere apenas de hacer una pulsera y es mucho más divertido.

—Interesante... —murmuró él pensativo recostándose contra el tronco del pino.

—¿Has disfrutado con la sesión? —le preguntó Alba poco después, al percatarse de que él se había sumido en sus pensamientos.

—Mucho. Ha sido imaginativa y muy excitante —la elogió él—. Una actuación excelente, digna de la mejor de las actrices. Deberían darte el óscar.

—¿Por qué dices eso? —inquirió ella mirándole con los ojos entornados. No le gustaba su insinuación de que había actuado.

—No te has corrido.

—Que no lo haya hecho no significa nada. No es necesario llegar al orgasmo para disfrutar del sexo —replicó ella altanera.

—No lo pongo en duda, pero tú no estabas excitada.

—¿Tú qué sabrás? —le espetó mordaz.

—Puedo olerlo, por eso he seguido a tu sumiso, comportándome como un maleducado al colarme en vuestra sesión sin pedir permiso... Lo cierto es que me he puesto tan cachondo al olerlo que no he podido evitarlo —se excusó frunciendo el ceño. Él no solía comportarse así ni ser tan impulsivo—. Te agradezco mucho que me hayas permitido participar.

—Me ha gustado que participaras —afirmó ella observándole con atención.

El polaco no parecía llevar ninguna linterna y, aun así, lo había encontrado sin problemas en la oscuridad, a pesar de que su esclavo había permanecido en completo silencio y por tanto no había podido guiarse por ningún sonido. Se tocó los labios pensativa mientras recordaba que al observar a Karol mientras se masturbaba, se había extrañado de que lo hiciera con los ojos cerrados, sin mirarlos, de hecho había llegado al orgasmo sin abrirlos en ningún momento. Y además, era cierto lo que él decía. Ella apenas si se había excitado, y a fuer de ser sincera consigo misma, la mínima excitación que había alcanzado había sido debida al saberse observada por el extraño polaco, y no por la sesión que había llevado a cabo.

—Nunca había oído hablar de una nariz como la tuya —comentó al fin, sonriéndole ladina—, pero eso no significa que no sea posible. ¿Por eso llevas ese pañuelo que atufa a Chanel? —le preguntó atando cabos—. ¿Para evitar erecciones en momentos inoportunos?

—No tienes ni idea de la cantidad de gente excitada que hay a nuestro alrededor... —explicó Karol sonriente.

—Me encantaría tener tu nariz —comentó ella divertida.

—No te lo aconsejaría. Es más un problema que una bendición... —Negó con la cabeza—. ¿Por qué juegas a este juego si no te gusta? —le preguntó cambiando de tema.

—Oh, sí que me gusta. Mucho —afirmó ella captando el sentido de sus palabras—. Pero... es bastante complicado de explicar —desestimó encogiéndose de hombros.

—No tengo nada mejor que hacer y, sinceramente, estoy muy intrigado.

Alba le observó dudosa, y a la postre, decidió que si Eberhard confiaba ciegamente en él, ella podría hacer lo mismo.

—Llevo algún tiempo en el BDSM, más concretamente en la disciplina del *bondage* y jugando a un D/s no muy severo, aunque no hago ascos a alguna sesión ligera de *spanking*^[5] ocasional —comentó risueña—. Me excitan los juegos de poder, saber que soy yo quien controla el placer de mis sumisos, que solo con mi imaginación y las órdenes que salen de mis labios puedo llevarlos al orgasmo o mantenerlos en el límite todo el tiempo que desee. Pero por encima de todo, adoro la estética del *bondage*. No hay nada más excitante que crear hermosos cuadros vivientes con los cuerpos de mis sumisos, convertirlos en obras de arte con las que gozar... y a los que hacer gozar. Imaginar durante días los complicados diseños con los que los inmovilizaré, el color de las cuerdas, si serán de nailon, de algodón o simples pañuelos, el contraste que crearán contra su piel... —musitó soñadora.

Karol sonrió, el aroma a excitación que comenzaba a desprenderse de ella era buena prueba de que realmente le apasionaba esa disciplina.

—Sin embargo, a Arnau no lo has atado —comentó intrigado.

—No esta noche —replicó ella burlona—. Cuando le conocí, él no sabía muy bien lo que quería. Estaba deseoso por experimentar y yo me sentí halagada de ser la elegida para adentrarle en el BDSM. Acordamos una serie de reglas y comencé a adiestrarle. Desde el principio se mostró entusiasmado con el *bondage* y el *spanking*, y deseoso de ampliar los límites... cosa que hicimos tras pactar nuevas reglas. Pero con el tiempo se ha vuelto cada vez más exigente con respecto al dolor físico y la humillación que quiere soportar —explicó encogiéndose de hombros—. Sus necesidades exceden con mucho lo que yo puedo ofrecerle. Hay límites que no estoy dispuesta a sobrepasar, y que él necesita que se sobrepasen. Él desea ser un esclavo 24/7, que lo dominen por completo, que lo humillen mientras él se esfuerza por complacer a su amo. A mí, por el contrario, me gusta el juego, que mis sumisos se rebelen de vez en cuando dándome pie a otro tipo de travesuras, en definitiva, que tengan carácter. La callada sumisión de Arnau me aburre, mientras que sus deseos de ir más allá me amedrentan —confesó mirándose las manos.

—Mal asunto... —comentó Karol frunciendo el ceño—, tenéis actitudes muy diferentes.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabe él? —Karol la miró preocupado. Lo más importante en una relación como la que tenían Alba y Arnau era la confianza mutua. Si Alba guardaba para sí un secreto tan importante, significaba que estaba engañando a Arnau, y aunque esto fuera motivado por una lástima mal entendida, era una manera de proceder desacertada, que podía mermar la autoestima del hombre si este llegaba a enterarse por otros cauces, ya que, aunque fuera sumiso en sus juegos, no por eso dejaba de tener sentimientos e inseguridades.

—¡Por supuesto que lo sabe! —exclamó ella ofendida—. Y lo entiende. Le dejé muy claras mis normas cuando empezamos a jugar y me he encargado de recordárselas cada vez que me ha pedido dar un paso más.

—¿Y qué vas a hacer?

—Buscarle otra ama —respondió ella con sinceridad.

—¿Se lo has dicho?

—¡Claro!

—¿Y le parece bien? —preguntó sorprendido. No conocía mucho el mundillo del BDSM, pero siempre había pensado que era el esclavo quien elegía a su ama o si no, al menos, que era una elección mutua.

—Sí. De hecho fue él quien me pidió que se la buscara, sabe que le aprecio y, además, conozco sus gustos. Confía en que conseguiré lo mejor para él, lo que por supuesto haré —comentó ella ilusionada—. Parece un niño pequeño, no hace más que meterme prisa, pero no es tan sencillo. Arnau tiene necesidades muy concretas que requieren un tipo de ama determinado, alguien que sepa y comprenda sus límites mejor que él mismo, y que se comprometa a velar por su seguridad. No quiero ni pensar lo que podría pasar si cayera en las manos de alguien inexperto. Cuando está excitado no atiende a razones, se olvida por completo de que es simplemente un hombre. Hace falta una dómina que sepa decir basta y que tenga la sensatez de no complacerle en todos sus deseos. Y creo que la he encontrado —afirmó sonriente.

—Estará feliz... e impaciente por conocerla.

—No lo sabe todavía —replicó Alba con una mirada ladina—. El sábado que viene se cumplirán seis meses de nuestra primera sesión, *Mistress* Natalia será mi regalo de despedida —confesó entusiasmada.

Karol sonrió juguetón, contagiándose de la franca alegría de la joven. Le gustaba Alba. Era sincera, sabía lo que quería, no engañaba a nadie y no se avergonzaba de mostrarse tal como era, al menos con él. Aunque imaginó que con los profanos guardaría un conveniente silencio sobre sus gustos sexuales. Lo que le hizo pensar en algo que le había llamado la atención.

—Te gusta Elke —afirmó.

Alba lo miró sorprendida durante un instante y luego esbozó una tímida sonrisa.

—Esa nariz tuya es muy peligrosa. —Se acercó a él y le dio un golpecito en dicho apéndice con el dedo—. Se mete donde no la llaman —dijo apretándola traviesa entre los dedos índice y anular.

—A Elke también le gustas —declaró Karol apartándose y guiñándole un ojo.

—¡No! ¿Estás seguro?

—No hay nada seguro en esta vida, pero mi nariz no suele engañarme.

Alba sonrió abiertamente, y antes de que Karol pudiera intuir lo que pensaba hacer, se inclinó sobre él y le dio un suave beso en la punta de la nariz. Luego se quedó muy quieta e inclinó la cabeza pensativa, mirando sin ver el paisaje que les rodeaba.

—Puedes oler su excitación... pero eso no garantiza nada —murmuró sentándose en el suelo—. Le he comentado muchas veces que me gusta atar a mis parejas, ya sabes, las típicas charlas entre amigas...

—No tan típicas —musitó Karol asombrado. A él, antes de la debacle que lo cambió todo, jamás se le había ocurrido comentarle sus apetencias sexuales a nadie. O mejor dicho, a casi nadie. Había confiado en quien pensaba que era su único amigo. Ojalá no lo hubiera hecho.

—Me gusta picarla —comentó ella burlona—, tentarla un poco, coquetear. Pero de ahí a intentar ir más allá... uf. ¿Puedes saber por el olor si a ella le gusta o si solo se siente excitada por lo que le he podido contar?

—No, a tanto no llego.

—Vaya —masculló decepcionada—. Tener esa información haría las cosas mucho más fáciles.

—Arriégate y ve a por ella —la instó Karol.

—Vivimos en la misma casa, arriesgarme sin tener garantías de éxito puede complicarnos mucho la vida a ambas. Imagínate que no le gusta mi manera de entender el sexo y rechaza mis... atenciones. La convivencia sería una tortura.

—Quizá ya es una tortura para ella... El hecho de verte salir con hombres, sabiendo, o intuyendo, que vas a hacer el amor con ellos mientras que ella te desea no tiene que ser nada divertido.

—Uf. Ese es otro tema. Me gusta mucho Elke, pero también me gusta el sexo con los hombres... ya sabes; lo cortés no quita lo valiente. Ya no es solo cuestión de que ella quiera ser mi sumisa, también está el tema de que quizá no esté de acuerdo en compartirme con algún sumiso eventual... —musitó envolviéndose las piernas con los brazos, mostrando por primera vez la edad que realmente tenía y las inseguridades que la carcomían—. No sé, casi es mejor seguir como hasta ahora, con un leve coqueteo pero sin intención de llegar a más.

—Cobarde —susurró Karol en su oído.

—Sí, ¡y a mucha honra! —exclamó ella con dignidad, haciéndole sonreír—. Regresemos con los demás, ya es muy tarde —le indicó un segundo después.

Regresaron a la playa juntos, guiándose por la estela luminosa de la pequeña linterna mientras charlaban amigablemente. Se detuvieron un instante en el aparcamiento para que él pudiera coger el regalo que se había dejado olvidado en el coche y luego continuaron caminando hasta la playa, donde sus amigos, fingiéndose ajenos a su larga ausencia habían continuado con la fiesta. Eberhard y Ernest seguían tocando sus instrumentos mientras que Sara cantaba y Sofía le hacía los coros. Ellery, un poco alejado del grupo, estaba enredado sobre la arena con las dos jóvenes que se habían unido a la fiesta, y parecía disfrutar mucho. Arnau estaba tumbado boca abajo contemplando soñador el mar, por lo que Karol supuso que tras la zurra con la chancla sentarse no era una opción. Y Elke... Elke los miraba con los ojos entornados, en silencio. Parecía dolida.

Karol se acercó a ella con una gran sonrisa en los labios y le entregó el paquete primorosamente envuelto en brillante papel rojo y adornado con un enorme lazo plateado.

Ella asintió agradecida y lo abrió lentamente, solo para abrir los ojos como platos un segundo después, cuando tras quitar el envoltorio apareció una elegante caja negra en la que en uno de sus laterales se leía: Women' Secrets Limited edition made with Swarovski © Elements.

—¡Vaya! —Elke la abrió con cuidado y descubrió su contenido—. ¡Vaya! —repitió de nuevo, esta vez en una contenida exclamación.

—¡Joder! —exclamó Alba con los ojos desorbitados—. Mi cumpleaños es el tres de abril, y quiero uno exactamente igual —apuntó dirigiéndose a Karol—, te lo recordaré cuando se acerque la fecha.

—Y el mío el treinta y uno de octubre —comentó Sara, divertida por las exclamaciones de su hija y su mejor amiga—, aunque me conformo con algo más... normal. Al fin y al cabo ya no tengo edad para esas cosas —apostilló con sorna.

—No digas chorradas, Sara, si te dejaras yo mismo te lo quitaría... a mordiscos —sugirió Ellery acercándose a ellas—. ¡Qué preciosidad!

—Y luego tendría que pelearme con tus múltiples novias para que me prestaras atención. Deja, prefiero que me lo quite alguien que sea mío en exclusiva, no tengo edad para andar persiguiendo a jovencitos fogosos —afirmó Sara mordaz haciendo que Ellery estallara en carcajadas. Era el más joven de los hermanos, y también el que más novias había tenido hasta la fecha.

—Me encanta, Karol. Es precioso —aseveró Elke mirándolo con los ojos entornados—, pero me veo en la obligación de avisarte de que a mí solo me van las chicas —declaró—, así que si estás intentando ligar conmigo...

—No, nada más lejos de mi intención. A mí solo me va mi mano, así que no hay problema. —Elke arqueó una ceja al escucharle—. Simplemente lo vi, me gustó y pensé que toda mujer debería tener uno igual, más si es tan hermosa como tú. No hay más misterio —declaró con una florida reverencia. Pero sí lo había. Ese tanga negro,

de encaje, con lazos en las tiras laterales e incrustaciones de cristal Swarovski era exactamente igual al que había robado la ladrona.

—Lo que a mí me gustaría saber es: ¿qué parte no te quedó clara? —le preguntó Sofía en ese momento, mirándole con el ceño fruncido.

—Bueno. —Karol sabía perfectamente por dónde iban los tiros—. No es tan caro como parece, así que me ajusté al presupuesto.

—¿Y lo de que fuera discreto? ¿No te acuerdas de eso?

—No dijiste discreto. Dijiste que no fuera extravagante. Y no lo es.

Elke guardó con cuidado el exquisito tanga mientras escuchaba divertida como su cuñada regañaba al polaco. El pobre intentaba defenderse, pero cuando Sofía pensaba que llevaba la razón era muy difícil hacerla entrar en... razón. Se acercó a su hermano mayor, Eberhard, que miraba a su acorralado amigo mientras intentaba contener una carcajada.

—Eso que ha dicho Karol, lo de que solo le va su mano... ¿A qué se refería? —le preguntó al oído.

Eberhard arrugó la nariz mientras pensaba qué responder y decidió decirle la verdad. Al fin y al cabo Karol no parecía tener intención de ocultar su extraña sexualidad. De hecho, eso era algo que le había repetido hasta la saciedad mil veces. Su amigo estaba decidido a no volver a ocultarse nunca más. Y él lo respetaba por ello.

—Se refiere exactamente a lo que has escuchado. Le gusta masturbarse, nada más. No está interesado en relacionarse sexualmente con nadie más allá de oler su excitación y echar una miradita de vez en cuando. —Y solo a la gente a la que apreciaba, pero eso no podía decirlo, ya que en ese momento él era su único amigo, y no le apetecía que Elke atara cabos.

—¿Estás seguro? —Miró a su hermano con los ojos entornados, resistiéndose a creerle. No era posible que alguien se conformara solo con eso.

—Lo estoy —afirmó Eberhard con vehemencia—. Solo recurre a su propia mano.

—¿Por qué?

—Porque es lo que le gusta —reiteró Eberhard con rotundidad, no le correspondía a él contarle a su hermana los secretos de Karol—. Y no creo que te interese saber nada más.

—Ni nada menos —murmuró Elke mirando al polaco con otros ojos al darse cuenta de que si había regresado con Alba, no era porque se hubiera unido a su sesión de sexo con Arnau, sino porque posiblemente hubiera estado echando una miradita.

Sonrió encantada. Intuía que el polaco podía llegar a convertirse en un buen amigo.

Las inquebrantables cadenas de la amistad

Viernes, 4 de septiembre de 2009

¡Esto es ridículo! —exclamó Karol furioso.

Llevaba más de una hora dando vueltas por el centro comercial Plaza Mar, olfateando el aire como si fuera un animal salvaje, deseando encontrar lo que bajo ningún concepto tendría que estar buscando.

—¿Dónde estás? —siseó con rabia antes de reanudar su vagabundeo por las tiendas.

Había entrado allí con un único motivo. Con una única obsesión. Encontrar a la ladrona y volver a olerla. Sentir de nuevo en su pituitaria el embriagador aroma de su esbelto cuerpo cuando volviera a robar.

—¡Esto es inconcebible! —siseó enfadado al notar que, como venía siendo habitual en la última semana, su polla comenzaba a endurecerse con solo pensar en esa mujer desconocida.

Negó con la cabeza y entró en el primer aseo que encontró en su camino, buscó un habitáculo vacío y se encerró en él para a continuación meter la mano bajo los pantalones y apretarse con fuerza el glande con los dedos. No le importaba pasear por la calle con una erección de caballo, pero hacerlo por el centro comercial podría causarle problemas. Sobre todo con los guardias de seguridad. Y eso era algo que en esos momentos no le apetecía en absoluto. Tenía un objetivo en mente y no podía perder el tiempo dando explicaciones o sobornando a nadie.

Cuando tuvo dominada su indeseada erección salió y continuó husmeando el aire mientras deambulaba por los pasillos. Llevaba toda la semana sin dormir bien, acosado por sueños húmedos que era incapaz de controlar. Sueños en los que esa mujer se aparecía ante él, excitándole con su aroma —¡y su presencia!— hasta ponerle tan duro que acababa corriéndose en las sábanas. ¡Él, que nunca en su vida había tenido problemas para contenerse! Él, que jamás había necesitado o deseado pensar en nadie mientras se masturbaba. Él, que lo único que necesitaba para llegar al orgasmo eran sus propias manos mientras olía o recordaba el olor de aquellos que habían follado ante él... Sin embargo, ahora se veía asaltado por sueños lascivos en los que olía —¡y veía!— a la ladrona mientras robaba. Y se despertaba cada mañana jadeante, con su aroma impregnándole la nariz y el recuerdo de su pálido y afilado rostro, sus ojos verdes y sus labios rojos anclado en el interior de sus párpados.

Esa mujer se estaba convirtiendo en una indeseada obsesión, y ahí estaba él, recorriendo como un perro de presa el centro comercial, buscándola, en vez de estar en el Templo, intentando desterrarla de su mente.

—¿Qué será lo siguiente! —masculló malhumorado sobresaltando a una señora que caminaba cerca de él—. ¿Contratar a un detective para que me ayude a buscarla? —gruñó ensimismado—. Aunque... —Frunció el ceño—, quizá no sea tan mala idea. Debería meditarlo detenidamente, ¿o no? —Miró fijamente a la horrorizada señora—. ¿Dónde robaría usted si fuera una ladrona que se excitara sustrayendo ropa interior femenina? —le preguntó burlón enarcando una ceja.

Ella negó con la cabeza y se apresuró a alejarse de él mientras murmuraba que estaba loco de remate.

—No me ha sido de mucha ayuda —le dijo socarrón antes de dirigirse de nuevo a Women' Secrets. Allí era donde la había visto por primera vez hacía exactamente una semana. Por tanto, volvería a entrar, y esta vez pensaba interrogar a las dependientas; quizá alguna pudiera decirle algo.

Estaba a punto de preguntar a la que parecía más amable de todas cuando la vibración de su teléfono móvil en el bolsillo le hizo detenerse.

—Sapkowski —respondió como siempre hacía, con su apellido—. Bazyli? *Co si? stało? Chwileczk?!* —gritó sin importarle convertirse en el centro de atención de los clientes de la tienda—. *Dlaczego nie uwolniłeś si? od problemu?* —gruñó enfadado—. *To nie był mądry wybór* —musitó un rato después, tras haber escuchado en silencio las malas noticias de su abogado, Bazyli.

Apagó el teléfono sin molestarse en despedirse y lo sostuvo un buen rato sobre la palma de la mano, tentado de lanzarlo contra una pared tal y como hacía Sofía cuando se enfurecía. Quizá también le diera resultado a él.

—*Skurwysynu* —siseó entre dientes guardando el móvil. Sería un verdadero embrollo recuperar los datos que perdería si lo destrozaba—. Hijo de puta —repitió, esta vez en español, antes de abandonar el centro comercial.

Caminó hacia la playa mientras pensaba en lo que le había confirmado su abogado. Tuomas había descubierto su treta y se negaba a venderle las acciones de 54Marzenia a través de Bazyli. Muy al contrario, exigía encontrarse con él para hablar de ciertos asuntos que solo les incumbían a ambos y que no había querido contar al abogado. Solo si aceptaba sus condiciones vendería.

—¿Son mías, maldito seas! —exclamó Karol arremetiendo contra una piedra que se interpuso en su camino—. ¡Las he pagado con sangre! —siseó dejándose caer en la playa.

Se tumbó sin importarle llenarse de arena y, cerrando el ojo derecho, observó el límpido cielo en busca de una solución. No quería ver de nuevo a Tuomas, pero mucho se temía que si deseaba que su sueño, 54Marzenia, fuera una realidad tendría que claudicar.

—¿Qué es más importante, mi orgullo o mi sueño? —le preguntó a una gaviota que se posó en ese momento en la playa. Esta se limitó a atrapar algo con el pico y luego alzó el vuelo.

Había luchado con su padre, Wlod, para que le dejara montar la discoteca. Había combatido contra viento y marea para conseguir ponerla a flote y vuelto a lidiar contra Wlod cuando este amenazó con venderla tras averiguar el tipo de lugar que su díscolo hijo había creado.

«¡Cómo has podido hacer algo así! ¡Acaso te has parado a pensar lo que dirán nuestras amistades si descubren la basura que acude allí!», le había gritado Wlod cuando le llegó el primer informe sobre 54Marzenia. Y Karol, por primera vez en su vida, se había enfrentado a su padre sin ceder un ápice. Había discutido, soportado sin pestañear sus insultos y amenazas y, en contra de lo que había pensado, había ganado la batalla. O al menos así lo había creído.

Había continuado luchando contra Wlod día tras día hasta que la discoteca se convirtió en una empresa solvente que no solo se mantenía por sí misma, sino que además daba beneficios. Y luego, gracias a Tuomas, Laska había descubierto el secreto que Karol había mantenido oculto durante años... Se había burlado de él, de su manera de vivir la sexualidad. Y no solo eso, había contado su perversión a todos aquellos que quisieran escucharla, incluido Wlod. Y este se había encargado de desterrarlo de su vida, de sus empresas y de su propio país, eso sí, después de demostrarle enérgicamente lo mal que le había sentado la ruptura del compromiso con Laska por culpa de sus repugnantes perversiones.

—Aunque tampoco fue tan malo —susurró tocándose la ceja del ojo derecho—. Conseguí la libertad... y dinero para disfrutarla.

Wlod le había pagado para que se fuera de Polonia y no regresara nunca, y aunque Karol no lo necesitaba, tenía ahorrado suficiente para vivir mil vidas. Lo había aceptado y no pensaba devolverlo. El dinero de esa cuenta bancaria era un recordatorio de que el dolor físico no era comparable con el dolor de la humillación, la traición y la pérdida.

El dinero que Wlod le había pagado correspondía a la venta de 54Marzenia. Venta que se había realizado mientras él estaba en el hospital, batallando con las operaciones. Y se lo había vendido al peor postor posible. A la única persona en la que Karol se había atrevido a confiar. De eso hacía ya más de dos años. El mismo tiempo que llevaba intentando recuperarla de las garras de Tuomas. Y ahora que casi lo había conseguido, no pensaba darse por vencido.

Se dio la vuelta hasta quedar con los codos apoyados en la arena y la barbilla sobre las manos y, de esa guisa, comenzó a trazar su plan. Tuomas había sugerido un lugar donde encontrarse. Un lugar que ya conocía de ocasiones anteriores. Sabía perfectamente lo que pretendía su antiguo compañero. Lo que siempre había pretendido, y conseguido: hacerle caer de rodillas. Mostrarle la fragilidad de su voluntad. Solo que esta vez no lo lograría. Poseía algo que Tuomas no tenía. Algo mucho más importante que el poder, el dinero o la ambición.

Tenía amigos.

Más exactamente dos: Eber y Sofía. Y estos a su vez tenían muchos amigos... Podía decirse que, sin pretenderlo ni esperarlo, se había visto inmerso en un círculo de amigos.

Y eso era mucho más valioso que nada que hubiera en el mundo.

Se levantó y se sacudió la arena que había quedado prendida en su ropa y su pelo. Esa noche había actuación de los Spirits y no pensaba perdérsela.

Elke sonrió cuando vio aparecer a Karol en la sala de fiestas del hotel. El polaco no era muy amigo de asistir a sus actuaciones, le mareaba el tufo a colonia y sudor que se creaba debido a la aglomeración de gente, pero en cuanto daban las dos de la madrugada, acudía puntual al hotel para compartir el resto de la noche con el grupo. La primera noche que acudió, justo el domingo siguiente a su cumpleaños, hasta Eberhard se quedó sorprendido. No esperaba que fuera a repetir la experiencia, y mucho menos que lo hiciera apenas veinticuatro horas después. Pero lo había hecho, y había continuado haciéndolo cada noche que los Spirits actuaban. Aparecía como si tal cosa, y les acompañaba a dondequiera que tuvieran pensado ir, ganándose la amistad de todos.

Karol era un hombre extravagante, sí, nadie lo ponía en duda, pero también era sincero, afable y tenía un delicioso sentido del humor. Además, era un adulator nato... Y sabía guardar secretos. O al menos eso pensaba ella, al fin y al cabo su hermano y su cuñada iban a menudo a dormir a su casa, a la que llamaban el Templo, y él jamás había dicho nada ni hecho ninguna broma sobre lo que allí sucedía. Al igual que hiciera con Alba y su exnovio, Arnau. O con ella misma. Porque... aunque ella no le había hablado en ningún momento sobre lo que sentía por Alba, él lo sabía. No se lo había dicho directamente, pero lo sabía. Estaba segura. Si no, ¿por qué cuando por algún casual se encontraban solos, señalaba con la mirada a Alba e insistía en repetirle una y otra vez que no fuera tonta y se lanzara?

Sin dejar de tocar el bajo, buscó con la mirada a Alba. Esta continuaba en mitad de la pista, bailando. Esperó a que la mirara, y cuando lo hizo le señaló con la cabeza el fondo del salón. Alba esbozo una enorme sonrisa y esquivando a la gente que la rodeaba fue hasta Karol. Elke sonrió al ver la reverencia que el polaco le dedicó a su amiga, y estuvo a punto de soltar una carcajada al percatarse de su cara de absoluta estupefacción cuando, aprovechando que estaba inclinado, Alba le agarró de las orejas para que se estuviera quieto y poder darle un ligero beso en los labios. Un suave empujón de Eberhard le hizo recuperar la compostura; estaba a punto de terminar la actuación, no podía despistarse y tocar un acorde erróneo. Se concentró en su trabajo mientras pensaba que había sido maravilloso que Eber se empeñara en invitar a Karol a su cumpleaños. El polaco había sido todo un descubrimiento.

Tiempo después de la actuación, ya con los instrumentos del grupo guardados en la furgoneta, Karol llamó a Eberhard y Sofía para hablar con ellos a solas. Tenía un

plan en mente, y en contra de lo que siempre había hecho, pensaba pedir permiso para llevarlo a cabo.

Había estado meditando toda la tarde sobre la manera de ponerlo en marcha y aunque al principio se había decantado por tejer la trama en la sombra, tal y como siempre había hecho, al final había decidido que eso podía molestar a sus recién descubiertos amigos... Y no quería hacer nada que pudiera perjudicar esa relación tan especial que tenía con ellos. Al fin y al cabo, era mucho más difícil encontrar —y mantener— dos amigos, que recuperar la empresa de sus sueños. Siempre había modos de lograr esto último, había comprado y vendido cientos de empresas a lo largo de su vida, mientras que era la primera vez que gozaba de una amistad de verdad. No quería fastidiarla.

—¿En serio me estás pidiendo permiso para llevarte a mi hermana y a Alba de vacaciones? —preguntó asombrado Eberhard cuando el polaco acabó de hablar.

—No son exactamente unas vacaciones —murmuró Karol. Le había explicado a Eber todos los pormenores de su plan, pero este solo se había quedado con lo básico—. Mi intención es...

—Por supuesto que lo son —rebatía Eberhard interrumpiendo la explicación de su amigo. La había escuchado antes, sabía de sobra lo que iban a hacer—. Elke y Alba van a estar encantadas de acompañarte, más aún si una de sus tareas va a ser fastidiar a alguien que te ha hecho daño.

—¿De dónde has sacado esa necia teoría? Nadie tiene poder para hacerme daño —replicó Karol con rotundidad.

—Karol —le interrumpió Sofía retirándole un mechón de pelo de la frente—. Te conocemos. Puedes hacer gala de todo el sarcasmo que quieras, pero tus ojos no mienten. Sea quien sea con quien te vas a reunir, te hizo daño. Y no quieres estar solo con él. Lo entendemos. Y te aseguro que no puedes llevarte mejores guardaespaldas que Alba y Elke. Eso sí, vigílas de cerca, no vaya a ser que se tiren a la yugular de ese tipo y se la arranquen —comentó bromista.

—¿Por qué iban a hacer eso? —inquirió Karol al notar la seriedad implícita en la broma.

—¿Por qué iba a ser? —resopló Eber—. Porque son tus amigas.

Karol miró sorprendido al alemán y luego negó con la cabeza. ¡Cómo si fuera tan fácil tener amigos!

—Voy a preguntárselo, a ver qué les parece —dijo buscándolas con la mirada.

—Karol —le llamó Eberhard antes de que se retirara—. ¿Por qué Alba y Elke? —le preguntó con inusitada seriedad.

—Son las únicas mujeres en las que me atrevo a confiar. No conozco a ninguna más —respondió encogiéndose de hombros.

—Conoces a Sara —rebatía Eberhard.

—Sí. Pero necesito a una mujer que pueda fingir que está absolutamente fascinada por mí, y Sara no va a poder hacerlo. No hace más que suspirar por el joven

al que conoció el martes. Ojalá no le hubiera dejado escapar...

—Ya sabes lo testaruda que es —asintió Eberhard, completamente de acuerdo con él.

—Esperemos que el muchacho tenga redaños y la busque.

—Seguro que sí. —Eberhard señaló a su mujer—. También podrías ir a Barcelona con Sofi y Elke.

—No sería un buen amigo si te alejara de la esposa a la que tanto adoras.

—Claro —aceptó Eberhard con ironía—. Y no será que ese plan tuyo, además de ayudarte a recuperar tu empresa, también tiene como fin unir a dos personas que se gustan...

—¿Me estás llamando celestino? —Karol se llevó la mano al corazón, ofendido.

—No. Celestino, no. Te estoy llamando liante.

—¿Yo?

—Sí, tú. Y no se te ocurra replicar —le cortó Eberhard cuando Karol abrió la boca para defenderse—. No estoy ciego, Karol. Yo también he visto las miradas y los coqueteos que se traen Alba y Elke entre manos. Sé lo que estás tramando —susurró conspirador— y espero que te salga bien. Anda, ve con ellas y pregúntaselo. Aunque sé la respuesta que te van a dar.

Martes, 8 de septiembre

—¿Estás seguro de que este es el hotel? —le preguntó Alba a Karol mirando alucinada el impresionante edificio que había junto a la playa y que tenía forma de vela de barco.

—Sin ninguna duda —afirmó Karol saliendo del taxi.

—Creo que voy a disfrutar de lo lindo siendo una de tus novias —murmuró Elke acercándose al polaco para abrazarle por la cintura y darle un comedido mordisquito en el lóbulo de la oreja.

—¡Eh! No seas aprovechona, es el novio de las dos —la empujó Alba burlona para tomar su lugar junto a él.

—¿No creéis, bellas damas, que estáis exagerando un poco? —les preguntó divertido.

—¿Quién? ¿Nosotras? ¡Qué va! —exclamó Elke con ironía a la vez que se colocaba al otro lado de Karol—. Aparta, bruja... —siseó dándole un suave pellizco a Alba para que le dejara un hueco en el trasero del polaco en el que poner la mano.

—Esas manos quietas, zorra, ¡este culo es mío! —exclamó a su vez Alba iniciando una pelea de pellizcos y manotazos donde la espalda de Karol perdía su nombre.

—Tranquilas, fieras, aquí hay hombre más que de sobra para las dos —afirmó él riéndose divertido mientras sujetaba las manos de ambas, instándolas a dejar de

pelearse—. ¿Entramos? —musitó enlazando a las dos mujeres por la cintura.

—Lo estoy deseando —respondió Alba plantando la mano en el trasero de Karol.

—Alba —la amonestó, aunque la sonrisa que mantenía en sus labios quitaba seriedad a su regañina.

—Somos tus novias. —Elke imitó el gesto de su amiga—. Tenemos que dejar bien claritas nuestras intenciones. No queremos que ninguna lagarta intente ligarte —dijo dándole un fuerte apretón en el trasero.

Karol se echó a reír y se dirigió a la entrada del hotel mientras un uniformado botones se ocupaba de recoger las maletas que el taxista acababa de dejar junto a ellos. Mucho se temía que el encuentro que tanto había intentado evitar con Tuomas iba a convertirse en una noche inolvidable. Las dos mujeres que caminaban junto a él se encargarían de ello. Seguro.

—¡Madre mía! —exclamó Alba al entrar en la *suite*—. ¿Estás seguro de que puedes permitirte esto?

—Seguro —confirmó él dándole una importante propina al botones antes de despedirle.

La muchacha recorrió el recinto sin parar de silbar entre dientes. La *suite* tenía al menos cien metros cuadrados y estaba dividida en dos habitaciones con sus cuartos de baño, una sala de estar y la terraza. La sala, decorada en tonos blancos y beis, contaba con dos confortables sofás de piel, y tras estos había una mesa ovalada del mismo color, con seis sillas alrededor. En cada uno de los dormitorios, decorados en los mismos tonos que la sala, había una enorme cama de dos metros, y, ¡una bañera independiente!

—Yo de mayor quiero ser como Karol... —Elke entró en uno de los dormitorios, se deshizo de las sandalias, dio un grito y saltó sobre la cama—. ¡Me la pido!

—¡Yo también! —exclamó Alba imitando a su amiga.

Karol entró tras las chicas, se apoyó en la pared y las observó retozar divertidas sobre el enorme colchón. O al menos lo intentó, porque un instante después, dos almohadas de plumas impactaron sobre él.

—¡No seas soso y únete a nosotras! —Le tendió la mano Alba.

—Me temo que no va a poder ser, señoritas. Prometí a Eberhard portarme bien.

—Error —rechazó Elke tras dar un nuevo salto que la dejó sentada en los pies del lecho—. Prometiste a mi hermano pasarlo bien... —Se abalanzó sobre él sin terminar la frase.

Y, como si de una coreografía ensayada de antemano se tratara, mientras Elke tiraba de él en dirección a la cama, Alba se situó tras él y lo empujó haciéndole caer.

Karol, de espaldas sobre el colchón, se percató estupefacto de que las chicas eran mucho más fuertes de lo que parecían. Alba se había sentado a horcajadas sobre su estómago, mientras Elke le aferraba por las muñecas, manteniendo sus brazos extendidos por encima de la cabeza.

—Como decía, prometiste a mi hermano pasártelo bien, y nosotras le prometimos que te obligaríamos a divertirte. Y eso incluye... —Elke le hizo a Alba un gesto con la cabeza.

—Hacer que pases una noche inolvidable —susurró Alba desabrochándole la camisa.

Karol observó atónito a las dos rubias. Les había explicado su plan paso a paso. Y creía haberles dejado claro que todo era una actuación. Que aunque ocuparían una sola *suite* por mor de hacer más creíble su estatus de trío, él dormiría en un cuarto y ellas en el otro.

—Alba, Elke... No voy a dormir con vosotras. ¿Lo recordáis, verdad? —musitó estupefacto intentando zafarse de las manos de Elke sin conseguirlo. La joven apoyaba todo su peso sobre sus muñecas, y en la posición en la que él estaba le resultaba imposible hacer fuerza para liberarse de ella—. No vamos a *mezclarnos*. Es solo una actuación, un teatro, para sorprender a Tuomas y romperle los esquemas...

—Nadie está diciendo nada sobre dormir... —replicó Alba deslizando sus manos por el torso de Karol en dirección a las axilas.

Karol abrió la boca para protestar... y en ese momento se percató de algo de suma importancia. Inhaló profundamente a la vez que las miraba pensativo. Ninguna de las dos parecía excitada, muy al contrario, parecían dos tigresas preparándose para jugar con su presa. Volvió a inspirar, el aire de la habitación olía a las flores frescas que había en un jarrón de diseño sobre la mesilla y a la colonia femenina que ellas usaban. No había ni rastro del aroma a excitación que sería el detonante para que él se endureciera sin poder hacer nada por evitarlo. De hecho, a pesar de la postura que le habían obligado a adoptar y las implicaciones que tenía, él no estaba en absoluto excitado. Le faltaba el requisito imprescindible para ello: que el olor de la pasión flotara en el ambiente.

—¿Qué es lo que vais a hacerme? —les preguntó entornando los ojos.

—Vamos a cumplir la promesa que le hicimos a Eberhard. Te vamos a hacer reír hasta que te duela la tripa y nos supliques piedad —sentenció Alba antes de rozarle con las yemas de los dedos las axilas.

Karol abrió los ojos como platos al sentir como la joven comenzaba a hacerle cosquillas... y acto seguido arqueó la espalda para intentar hacerla caer y librarse de semejante tortura. Y estuvo a punto de conseguirlo, pero Elke, veloz como el rayo, se tumbó sobre su estómago, inmovilizándole, hecho que aprovechó Alba para hacerle cosquillas en los costados. Karol estalló en carcajadas e intentó defenderse, lo que dio como resultado que se enzarzara en la primera pelea de cosquillas de su vida.

Y sí. Acabó suplicando piedad mientras se sujetaba la tripa, dolorido de tanto reírse.

—¿A qué hora has quedado con el cabronazo? —le preguntó Elke tiempo después.

Karol entreabrió los ojos y observó a la hermana de Eberhard. Se habían quedado relajados tras la sesión de cosquillas y estaban los tres tumbados en la cama, con él entre las dos mujeres. Las sábanas estaban revueltas y la ropa de los tres, aunque permanecía sobre sus cuerpos —todas las prendas, menos su camisa que las chicas le habían quitado para hacerle cosquillas sin impedimentos—, estaba arrugada y a medio quitar. Las mejillas de las dos mujeres estaban sonrosadas, imaginaba que las suyas también, y sus espectaculares melenas rubias estaban enmarañadas. Cualquiera que los viera en ese momento pensaría que habían disfrutado de una buena sesión de sexo, pero no había sido así. Habían disfrutado de algo mil veces mejor. Una buena sesión de risas y travesuras.

—A las nueve en el vestíbulo del hotel —respondió Karol a la pregunta—. Y no se te ocurra llamarle cabronazo en su presencia —se acordó de advertirle—, se puede molestar, y mi pretensión es convencerle para que me venda el 54Marzenia, no entablar una guerra con él.

—Lo que no quita para que sea un completo cabronazo —masculló Elke sentándose con las piernas cruzadas en la cama.

—Tranquilo. Elke se comportará como una buena chica y no le arrancará los cojones de un mordisco, lo ha prometido. —Alba le lanzó una mirada ladina a su amiga.

—Palabrita de niña buena —dijo la joven posando una mano sobre su pecho, a la altura del corazón—. Pero en cuanto te venda esa empresa...

—Yo lo inmovilizo con mis cuerdas y tú le arrancas los huevos —sentenció Alba divertida asintiendo con la cabeza, al igual que Elke.

Karol las observó perplejo, sin saber bien qué decir.

—Eh, no nos mires así —le recriminó Alba con inusitada seriedad—. Quien hace daño a nuestros amigos, lo paga —afirmó mirándole fijamente para que no le cupiera ni la más mínima duda de a quién se estaba refiriendo al emplear el término *amigos*.

—Con sangre —apuntó Elke con ferocidad.

—Faltan un par de horas para las nueve, quizá queráis ir preparándoos. —Karol ignoró los comentarios de las chicas y abandonó el dormitorio. Alba y Elke se miraron encogiéndose de hombros, Eberhard ya les había advertido de que el polaco tenía tendencia a mostrarse esquivo en ciertos temas.

Karol entró en el salón de la *suite* tras haberse vestido de nuevo, y contempló el mar a través de los enormes ventanales mientras se echaba espuma en el pelo y se le peinaba de punta. Estaba atónito por la fiereza de las dos mujeres, y también sorprendido por su inesperada reacción. Les había contado grosso modo que el 54Marzenia era una empresa en la que había puesto mucha ilusión. También había reconocido que había cometido el error de crearla dentro del emporio familiar, en contra de los deseos de su progenitor. Y que hacía un par de años, tras una fuerte discusión, su padre se la había vendido a Tuomas. No había entrado en detalles sobre el motivo de la discusión ni sobre el papel de Tuomas en esta, tampoco en las

consecuencias que tuvo para él, y mucho menos sobre la relación —nula— que mantenía desde entonces con su padre —y con el resto de la familia—. Solo les había dicho que llevaba dos años intentando recuperarla, que estaba en un callejón sin salida y que necesitaba su apoyo para enfrentarse a Tuomas cara a cara y convencerle de que se la vendiera. Pero, a pesar de la mesura de sus palabras, las chicas habían escuchado la fuerza de sus silencios y habían determinado odiar a Tuomas y a su padre. Y era la primera vez que alguien odiaba a alguien solo porque creían que le había hecho daño, a él. Era... extraño.

—Karol —le llamó Alba arrancándolo de su ensimismamiento—. Entra y cuéntanos otra vez cómo es el cabronazo y lo que espera que hagamos.

Karol hizo lo que le ordenaban y se quedó petrificado en mitad de la puerta. Alba tenía el pelo húmedo tras la reciente ducha y estaba desnuda, excepto por una toalla diminuta que le cubría desde el pecho hasta poco más allá del trasero. Estaba frente a la cama, en la que había colocado varios vestidos, a cual más espectacular.

—Karol. —Al oír la voz de Elke, giró sobre sus talones para descubrir que la rubia estaba sumergida en la inmensa bañera de la habitación—. Frótame la espalda, porfa... —le pidió tendiéndole un cepillo a la vez que guiñaba un ojo a Alba.

Karol se encogió de hombros y fue hacia ella. Si a las chicas no les molestaba mostrarse desnudas, a él, desde luego, no le importaba en absoluto. En contra de lo que hubiera sido normal en esa situación, no las veía como las mujeres espectaculares y excitantes que en realidad eran, sino como a unas amigas traviesas. Se quedó paralizado al darse cuenta de que, efectivamente, sin saber cómo o desde cuándo, las consideraba sus amigas.

—Acércate un poco más —le pidió Elke.

Karol sacudió la cabeza para liberarse de la sorpresa que le había producido el descubrimiento y se apresuró a sentarse en el borde de la bañera. Un instante después, el agua comenzó a caer desde el techo y el efecto lluvia con que contaba la ducha lo empapó entero. Elevó la cabeza y observó a Alba derrumbada sobre la cama, riéndose a mandíbula batiente mientras Elke, todavía en la bañera, imitaba a su compañera de travesuras.

—Estás muy guapo con el pelo chafado —murmuró Elke entre risas mientras el pelo naranja de Karol, que hasta hacía dos segundos se mantenía de punta, caía sobre sus ojos bicolors, dándole el aspecto de un osito mojado.

Karol se limitó a posar una mano sobre la coronilla de la rubia y hundirle la cabeza en el agua. Como respuesta, Elke sacudió pies y manos, empapándolo más todavía y provocando las carcajadas de Alba, que a su vez se le contagiaron a él. Sin parar de reírse, soltó a la alemana, se quitó la camisa y fue a su dormitorio para cambiarse de ropa. Otra vez.

—Karol —le llamó cantarina Alba.

—No pienso acercarme. No tengo ropa suficiente para contrarrestar todas vuestras travesuras —les advirtió mientras se sentaba en la cama para calzarse las

botas tras haberse vestido de nuevo.

—Como prefieras —dijo Elke entrando en el cuarto envuelta en una mini toalla, con el vestido y la ropa interior en las manos. Alba la acompañó un instante después, vestida con el tanga y el sujetador sin tirantes. También llevaba el vestido en las manos—. Cuéntanos qué podemos esperar del cabronazo mientras elegimos la ropa —le pidió.

—De Tuomas —la reconvino él mientras observaba alternativamente a ambas mujeres. ¿Se iban a vestir delante de él?

—Como sea —replicó Elke deshaciéndose de la toalla para ponerse la ropa interior.

—Tuomas es... —se detuvo pensativo, sin saber cómo describir a su antiguo aliado—. Es como Alba.

—¿Cómo yo?! ¡Retira eso ahora mismo! —le increpó la joven lanzándole ofendida la toalla mojada que acababa de desechar su amiga. Y había tenido suerte de que no tuviera los zapatos a mano para arrojárselos. Por lo visto adolecía de la misma costumbre de lanzar cosas que Sofía.

—No como tú —se corrigió Karol quitándose la toalla de encima antes de que le empapara la camisa. Alba asintió conforme y fue a por los zapatos al dormitorio, no fuera a ser que necesitara munición—. Me refiero a que... parece un ángel inocente, pero es un demonio perverso. Por su apariencia parecería que no ha roto un plato en su vida, pero es un ser artero que usa su aspecto para que los demás confíen en él y bajen sus defensas. Le gusta jugar con la gente, fingirse su amigo y encontrar su... vulnerabilidad para valerse de ella y conseguir lo que sea que se haya propuesto.

—¿Es guapo? —preguntó Alba.

—Mucho.

—Pues conmigo lo tiene claro, solo me gustan las mujeres —sentenció Elke mirando a Alba.

—Y a mí, en estos momentos, me sucede exactamente lo mismo —convino Alba guiñándole un ojo a Elke.

—No creo que intente seduciros —comentó Karol complacido al ver las miradas que se dedicaban las chicas—. Imaginaré que os he contratado, así que os ofreceré más de lo que cree que os he pagado yo.

—¿Perdona? ¿Me estás diciendo que el cabronazo nos va a tomar por putas? —inquirió Elke ya vestida con un elegante vestido largo de cóctel de raso azul con un espectacular escote en pico que le llegaba hasta la cintura y que se mantenía en su sitio gracias a los enormes y erguidos pechos de la alemana—. ¿Te gusta?

—Estás preciosa, Elke —la elogió él—. Y, en contestación a tu pregunta, no. Tuomas pensará que sois *scorts*, prostitutas de lujo que he contratado para impresionarle.

—Será idiota —siseó Alba—. Súbeme la cremallera, por favor —le pidió mostrándole la espalda del ajustadísimo y elegante vestido hasta medio muslo, de

raso negro, y con escote palabra de honor que se acababa de enfundar—. ¿Acaso piensas que no eres capaz de tener dos novias tan guapas como nosotras y que por eso tienes que pagarnos? —preguntó furiosa apoyando las manos en la cintura.

—Tuomas no está acostumbrado a que acuda acompañado a nuestras reuniones —explicó observándola impactado cuando ella se dio la vuelta—. Estás impresionante, Alba.

Las chicas sonrieron y giraron sobre sus talones para mostrar por completo sus vestidos. Karol silbó al ver la espalda desnuda de Elke y la abertura del vestido de Alba que casi le llegaba hasta el trasero.

—¡Bellísimas! —exclamó.

—¿Por qué no está acostumbrado? —preguntó en ese momento Elke.

—Nunca me pareció oportuno ir acompañado —declaró él—. Las reuniones que manteníamos, aunque privadas, estaban relacionadas en cierto modo con los negocios. En la mayoría de las ocasiones yo quería conseguir algo, y él también. Igual que ahora.

—Tú quieres tu empresa y él tu dinero —aventuró Elke extendiéndose crema base en la cara.

—No. Tuomas nunca quiere dinero. Tiene más del que puede gastar —murmuró Karol mientras miraba extrañado como Alba se untaba las palmas con gel fijador.

—Entonces... ¿Qué es lo que quiere? —La joven se colocó entre las piernas abiertas del polaco—. No te muevas, ya verás qué guapo te voy a dejar. —Le pasó las manos por el pelo y comenzó a colocarle los mechones uno a uno.

—Quiere lo que siempre ha querido: poder. —Karol se relajó bajo las agradables caricias de la joven.

—¿Poder? —Elke lo miró interrogante mientras se recogía el pelo en un elegante moño para luego sacar algunos mechones sueltos que enmarcaron su rostro.

—Sí. Disfruta sorprendiendo a la gente, colocándolos en situaciones complicadas para así poder calibrar sus reacciones y encontrar sus puntos débiles.

—¿Para qué? —preguntó Alba confusa.

—Para poder manipularlos a su antojo —musitó Karol.

—¿Con sus puntos débiles? —Elke frunció el ceño.

—Cuando conoces el punto débil de alguien, es fácil descubrir sus secretos —explicó Karol cerrando los ojos—. Todos tenemos secretos que queremos ocultar. Tuomas los usa como si fueran cuchillos afilados, los clava lentamente, desgarrando poco a poco la carne hasta atravesar el alma.

—Dio con tu punto débil —dijo Alba, y no era una pregunta.

—Sí —afirmó tocándose la nariz—. Las perversiones son los secretos más poderosos.

—Y te jodió la vida —sentenció Elke furiosa.

—No —rechazó Karol—. Ya me la había fastidiado yo mismo mucho antes —musitó—. Él solo fue el detonante.

—¿Cómo puede ser que te la jodieras tú mismo? —inquirió Alba terminando de peinarle.

—Mentí a los que me rodeaban, Tuomas solo tuvo que descubrirles la verdad.

—Por eso ahora nunca mientes ni te ocultas —murmuró Elke recordando lo que su hermano les había contado sobre él.

—Exacto. No quiero volver a arruinarme la vida —declaró mirando a sus... ¿amigas? Estaba contando demasiado sobre él. Eberhard, Sofía, y ahora Alba y Elke, todos ellos sabían demasiado sobre él, y le aceptaban a pesar de ello.

—¿Por qué quiere reunirse contigo? ¿Qué espera conseguir? —preguntó Alba acercándose al espejo que había en la pared para maquillarse.

—No lo sé. —Negó con la cabeza. Habría dado lo que fuera por saberlo.

—¿Tienes miedo?

—No. Pero no me gusta la idea de volver a enfrentarme a él. —«Por fin he encontrado mi paraíso privado... y no quiero arriesgarme a perderlo».

—No te preocupes, nosotras estaremos contigo, no se atreverá a atacarte. Y si lo hace, puede que se lleve una sorpresa —dijo Elke cogiendo un perfilador de ojos del estuche de maquillaje.

—La sorpresa se la va a llevar seguro —comentó Karol sonriendo por primera vez desde que había comenzado la conversación.

—¿Por qué? —preguntó Elke situándose entre sus piernas abiertas a la vez que le ponía un dedo bajo la barbilla, instándole a elevar la cabeza—. No te muevas, voy a maquillarte un poco.

—No os espera —respondió ladino mientras hacía lo que le ordenaban.

—Pero si acabas de decir que nos va a tomar por prostitutas de lujo. ¿Cómo vas a sorprenderle si sabe que estamos contigo? —dijo Elke intrigada—. Mira hacia arriba mientras te pinto la raya.

—Porque sois mis amigas. Y eso es inconcebible para él.

—¿Tan raro es que tus amigas te acompañen? —preguntó Alba divertida. Diversión que murió en el mismo momento en que se percató del pesar que cubría los ojos bicolors del hombre.

—Karol... —musitó Elke al entender el motivo por el cual Eberhard estaba tan empeñado en que el polaco no se recluyera en su casa y saliera con el grupo. Desvió la mirada hacia Alba.

—Es inconcebible porque nunca has tenido amigas que te acompañen... —afirmó Alba.

—¿Ya has acabado? —Karol obvió a ambas mujeres e hizo intención de levantarse.

—No. —Elke puso las manos sobre sus hombros, impidiéndole huir—. Falta un poco de brillo de labios.

—Y una pizca de sombra en los párpados, azul, para que enfatice el color de tus ojos —declaró Alba buscando en el estuche de maquillaje—. ¿Por qué estás tan

empeñado en recuperar tu empresa? —le preguntó cambiando de tema—. Y lo que es más importante, ¿cómo piensas dirigirla desde Alicante? ¿No estarás pensando en regresar a Polonia, verdad? Eber nos dijo que nunca regresarías.

—Cuando la recupere... —Karol se relajó visiblemente—. Se la voy a ceder a los trabajadores.

—¿Qué?

—54Marzenia es una discoteca —explicó—. Su nombre significa 54Sueños. Decidí montarla cuando me di cuenta de que yo no tenía una... sexualidad normal —se detuvo pensativo—. De adolescente estaba hecho un lío. Me excitaba con determinados olores, y era incapaz de reprimirme. Cuando me hice adulto esto no había cambiado, al contrario, iba a más, y empecé a frecuentar en secreto los lugares donde iban personas con apetencias sexuales distintas a las aceptadas por la sociedad. Al principio era muy excitante, pero poco a poco, fui reconociendo otros olores que nada tenían que ver con la excitación, y sí mucho con la... turbación, el desamparo y el no saber adónde acudir sin ser catalogado como un bicho raro.

—¿Un bicho raro? —inquirió Alba confusa.

—Sí. Donde yo vivía, algo tan normal como la homosexualidad o la transexualidad estaba mal visto. Si un gay quería salir de copas, solo tenía dos opciones, ir a un bar de copas de «gente normal» y disimular sus apetencias, o ir a un club de sexo donde... en fin, donde muchas veces no se sentía cómodo. Así que me propuse establecer un lugar donde las personas no aceptadas por las convenciones sociales pudieran acudir sin miedo de adentrarse en un club orientado al sexo. Y eso es lo que hice. 54Marzenia es una discoteca LGTB donde la única norma es que no se puede practicar sexo en su interior... aunque sí ligar.

—Eso suena muy interesante —murmuró Elke—. Abre la boca, te voy a pintar los labios. —Karol obedeció divertido. Era la primera vez que alguien le maquillaba... y resultaba muy agradable—. Deberías montar una discoteca así en Alicante. No es que no las haya, pero todas están en la capital. ¿Imaginas un sitio así junto a la playa, Alba?

—Sería maravilloso —declaró la joven entornando los ojos—. Además, como seríamos amigas del dueño, nosotras elegiríamos la música —comentó divertida—. Podríamos ir después de las actuaciones y bailar hasta el amanecer.

Karol entornó los ojos, pensativo. ¿Por qué no?

Tiempo después, ya entrada la noche, llamó a su abogado, y le pidió que buscara algo para él.

Apoyado en una de las majestuosas columnas del vestíbulo del hotel, Tuomas esperaba con impaciencia contenida la llegada de su antiguo compañero de negocios y placeres. ¿Habría cambiado mucho en esos dos años? Aún no podía creer que Karol se hubiera avenido a reunirse con él. De hecho, sabía a ciencia cierta que solo lo

había logrado gracias a su amenaza de dismantelar 54Marzenia y mandar a todos los empleados a la calle. Eso era algo que Karol jamás permitiría, pensó sonriendo ladino. De repente frunció el ceño. Karol acababa de salir del ascensor, respondiendo con su aspecto a la pregunta que llevaba dos años haciéndose. Sí. Había cambiado. Mucho.

Observó a su antiguo ¿amigo? No parecía el mismo. El hombre serio y circunspecto que había conocido había desaparecido. Ya no vestía trajes de Armani ni su oscuro pelo estaba peinado con un corte clásico. En absoluto. Había cambiado los caros y elegantes trajes por unos ajustados pantalones de cuero negro y una ceñida camisa de seda blanca con chorreras en mangas y cuello. Y su pelo... ¿Qué demonios había hecho con su pelo? Ya no era negro y ligeramente ondulado como siempre, sino que lo llevaba de punta y se lo había teñido de ¡naranja! Y no contento con eso, se había maquillado la cara enfatizando las líneas delicadas de su rostro, volviéndolas todavía más andróginas de lo que la herencia genética de su madre le había proporcionado. A su padre le daría un ataque al corazón si lo viera de esa guisa... Tuomas sonrió, quizá debiera hacerle una foto y mandársela al viejo, así libraría al mundo del demonio.

Compuso su expresión más social y se acercó con pasos medidos hacia donde estaba su antiguo cómplice de juegos acompañado por dos hermosísimas rubias que se abrazaban a él como si fueran gatas en celo. Putas, y de las caras. Negó con la cabeza, divertido por la infantil estratagema de su antiguo aliado. ¿Acaso pensaba que le iban a impresionar dos prostitutas, por muy guapas que fueran?

—Karol —le llamó.

Este se giró lentamente y lo recorrió con una fría mirada de desprecio.

—Wójcik —le saludó Karol utilizando su apellido.

Tuomas inspiró profundamente al ver los ojos del hombre al que había envidiado y adorado a partes iguales durante toda su vida. Los iris de Karol ya no eran de un azul tan claro como el cielo en verano, sino que uno de ellos, el derecho, era negro casi por completo y su mirada ya no era cálida y amigable, sino gélida. Un escalofrío de puro pesar le recorrió el cuerpo al ver lo que el viejo Wlod había hecho con su hijo... por su culpa. Había intentado visitarle en el hospital, pero Karol se había negado, por lo que había intentado mantenerse informado, pero le había resultado imposible. Su antiguo compañero había desaparecido por completo del mapa en el mismo momento en que había abandonado el hospital. Solo había vuelto a saber de él cuando sus abogados le informaron de que una empresa desconocida había hecho una oferta por la discoteca que Karol había creado y que él había anunciado que iba a dismantelar. En ese momento se despertaron todas sus alarmas. Y no se había equivocado.

—*Długo si? nie widzieliśmy*, Sapkowski.

—Tu amigo es un maleducado, Karol, no debería hablar tan raro, no le consigo entender —ronroneó Alba, poniendo su mejor cara de rubia tonta haciendo pucheros.

—Sí, dile que se saque la polla de la boca y hable en español —le espetó Elke mirando furiosa al mequetrefe que había hecho daño a Karol. Este les había explicado que el cabronazo hablaba cinco idiomas, entre ellos el español. Si quería que ellas se mostraran educadas, tendría que empezar por serlo él.

Tuomas miró a las dos rubias de arriba abajo, y estas le devolvieron la mirada, airadas. ¿Cómo se atrevían a hablarle así? Enarcó una ceja y se cruzó de brazos, esperando a que Karol las pusiera en su sitio.

—Ya has escuchado a las señoritas, Wójcik.

Y Tuomas hizo lo único que Karol no esperaba. Se echó a reír a carcajadas. Encantado al comprobar que su examigo había aleccionado bien a las putas que había alquilado.

—Disculpad mi falta de consideración —anunció con un fuerte acento mientras observaba divertido a las muchachas—. Decía que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos, Sapkowski —tradujo su frase anterior.

—No el suficiente —respondió Karol.

—Joder... —siseó Alba entre dientes al entrar en la *suite* del cabronazo.

Estaba en la última planta del hotel, y era enorme. O al menos lo parecía, ya que unos biombos blancos ocultaban parte de la estancia. Contaba con una espaciosa sala de estar en la que había varios sofás y sillones tapizados en piel, y tras los biombos probablemente se encontrarán la mesa y las sillas. Tres puertas se abrían a la sala, y tras cada una de ellas, había un inmenso dormitorio con una cama de matrimonio para gigantes. Todas las paredes exteriores eran de cristal, con impresionantes vistas al Mediterráneo, mientras que las interiores estaban forradas de madera y espejos.

—¡Madre mía! Es más grande que nuestro chalé —musitó Elke abrazándose con más fuerza a la cintura de Karol.

—¿Te imaginas lo que tiene que costar limpiar todas esas cristaleras? —indicó Alba, mostrando parte del pragmatismo que había heredado de su madre—. ¡Qué horror! —Se estremeció. Y no era fingido. Odiaba limpiar cristales.

—¡Y tanto! Y eso por no hablar de los muebles, los sillones y el suelo ¡blancos! ¡Con lo sucio que es ese color! —murmuró con desaprobación Elke. Ella también odiaba limpiar la casa, pero Sara era una maniática de la limpieza, y todos los sábados tocaba remangarse y faenar.

—¡Y lo soso! —rechazó Alba en un tono de voz normal—. ¿No había otros colores más divertidos para decorarla?

Karol sonrió al escuchar a las chicas. Sí, Tuomas había conseguido impresionarlas con su *suite*... al menos durante diez segundos. Luego habían cambiado por completo las tornas, demostrándole lo especiales que eran.

—Mmm... yo hubiera pintado las paredes de rojo y puesto cortinas de raso negro, sería mucho más *sexy* —comentó Elke lamiéndose los labios mientras miraba a Alba.

—Y una cruz de San Andrés forrada de cuero negro allí —señaló una de las paredes vacías. Elke miró a su amiga con una ceja enarcada—. Para atarte mejor —explicó Alba.

—Ah...

—Interesante —musitó Karol hundiendo la nariz en el elegante moño de la alemana. El comentario de Alba había despertado la excitación de esta... y olía de maravilla.

—Es normal que no os complazca la decoración, es demasiado elegante para lo que estáis acostumbradas —murmuró Tuomas irritado por el descaro de las mujeres—. Acompañadme a la terraza, esperaremos allí hasta que la cena esté preparada.

—¿Tu amigo acaba de insinuar que somos unas *chonis*? —le preguntó Elke a Karol soltando la cintura de este para encararse a Tuomas con muy malas intenciones.

—Elke, déjalo estar —la detuvo Karol divertido. Cuando la hermana de Eberhard sacaba las garras era incluso más peligrosa que Sofía.

—Es una lástima que tengamos que portarnos bien —comentó Alba en tono sensual acercándose a Tuomas—. Tienes unos dientes preciosos —musitó acariciándole la comisura de los labios—, me hubiera encantado usarlos como collar —sentenció dándole un golpecito en la nariz para después salir a la terraza.

—¿No has podido encontrar unas acompañantes un poco más dulces? —le preguntó Tuomas a Karol, frotándose la nariz.

—Son perfectas tal como son —afirmó este siguiendo a Alba.

La encontró apoyada contra la barandilla de cristal de la terraza, mirando con curiosidad a una hermosa pelirroja de voluptuosas curvas, ojos verdes y gruesos labios vestida con un minivestido de transparente gasa blanca que permitía ver tanto el tono rojizo de sus fruncidos pezones como su pubis depilado.

—Veo que ya has conocido a Ewa, una de mis últimas adquisiciones. Yuri es la otra, la conoceréis un poco más tarde, la están preparando para la cena —dijo Tuomas acercándose a la pelirroja—. Ewa, levántate y da un par de vueltas para que puedan ver lo exquisita que eres —ordenó. La mujer se apresuró a obedecerle.

—Hablas de ella como si fuera un objeto... —Elke lo miró perpleja.

—¿Acaso no lo es? Un bello y sensual objeto hecho para el placer. —Tuomas deslizó una mano bajo el minivestido de la mujer para acariciarle el sexo—. Húmeda y preparada, tal como a mí me gusta —musitó acercando los dedos impregnados en los fluidos de la pelirroja a la nariz de Karol—. ¿Huele bien? —le preguntó con voz taimada.

—No tan bien como mis chicas —respondió este apartando la cabeza para hundir la nariz en el cuello de Elke.

Alba y Elke se miraron petrificadas. ¡El cabronazo era aún más cabronazo de lo que habían esperado! Alba irguió mucho la espalda y dio un paso al frente, dispuesta a sacarle los ojos si era preciso, pero la repentina llegada de una mujer vestida con un uniforme de camarera dio al traste con sus intenciones.

La mujer murmuró un par de frases en voz baja para luego retirarse.

—La cena está servida —anunció Tuomas abandonando la terraza acompañado por Ewa.

Karol entró en la sala, dedicando apenas una mirada a la mesa, y esperó a que Alba y Elke se reunieran con él ya que estas se habían quedado petrificadas en la puerta cristalera, alucinadas por lo que veían.

—Espero que os guste el *sushi* —comentó Tuomas observándolas con un brillo de diversión en la mirada.

—A mí me encanta —musitó Elke recuperándose de la impresión—, pero todavía me gusta más el *plato* en el que está servido.

—¿Debo sentirme celosa? —inquirió Alba en tono bromista sentándose en una extraña silla de madera sin patas que Karol le señaló galante.

—Claro que no. Tú eres mucho más guapa —replicó Elke guiñándole un ojo a su amiga.

Karol sonrió divertido. Tuomas estaba decidido a impresionar a las chicas y hacerle caer a él, pero mucho temía que lo primero iba a ser casi imposible, y lo segundo, con Alba y Elke a su lado, altamente improbable.

Elke se sentó en otra silla, dejando una entre ella y Alba para Karol y curioseó la mesa intentando aparentar una indiferencia que no sentía. Quizá Karol estuviera acostumbrado a esas extravagancias; incluso era posible, aunque lo dudaba, que Alba hubiera hecho algo parecido con sus sumisos, pero lo que tenía claro era que ella ni estaba acostumbrada a eso ni había visto nada parecido en su vida. Su mirada se dirigió hacia el hombre que lo había orquestado todo, Tuomas, alias *el Cabronazo*. Karol tenía razón cuando le había descrito como un ángel perverso. Las líneas cuadradas de su rostro y su nariz de boxeador quedaban dulcificadas por su pícaro sonrisa, sus rasgados ojos verdes y el travieso flequillo rubio que le caía continuamente sobre la frente. Era alto, de anchos hombros perfectamente delineados por la chaqueta gris marengo del traje hecho a medida que vestía. La camisa, de seda negra, estaba abierta mostrando un torso lampiño y poderoso que daba lugar a un estómago plano y una cintura estrecha. Desde luego, era un bombón.

Lástima que a ella solo le gustaran las mujeres... como por ejemplo, la que estaba tumbada en la bajísima mesa de cerezo.

Una joven oriental, con la melena recogida en un moño alto atravesado por palillos dorados y totalmente desnuda, yacía de espaldas sobre la mesa de la sala. Sus muslos estaban cubiertos por dos largas hojas de banano colmadas de *sashimi*^[6]. Otras dos hojas, una sobre sus caderas y vientre, y otra que comenzaba en su garganta y se deslizaba entre los pechos para acabar hundiéndose entre sus muslos contenían diversas clases de *maki*^[7] y *nigiri*^[8]. Completaban el conjunto dos montoncitos de caviar estratégicamente colocados sobre sus pezones.

—Ah, Yuri, te ves deliciosa —susurró Tuomas besándola en la frente—. ¿Estás cómoda? —preguntó en español para luego traducir al japonés. La muchacha

parpadeó una sola vez—. Estupendo —dijo antes de dirigirse a la mujer uniformada que observaba la escena con un fingido desinterés que contrastaba con su mirada asombrada—. Cierre las puertas de la terraza y retírese, sus servicios ya no serán necesarios.

La camarera obedeció con presteza y abandonó la *suite*.

—No sería pertinente que el aroma de la cena se escape de la sala. —Tuomas miró ladino a Karol mientras sus dedos recorrían sutiles los senos femeninos, sin llegar a tocar el caviar que cubría los pezones. La joven cerró los ojos y de sus labios entreabiertos escapó un tenue gemido—. No hay nada más dulce que una mujer excitada... ¿No crees?

Karol ignoró la pregunta y se sentó entre Alba y Elke para a continuación servirles un licor similar al vino en pequeños vasos de porcelana, tan finos como cáscaras de huevo. Y mientras lo hacía, se esforzó por ignorar el indeseado olor de la pasión que comenzaba a acumularse en la sala.

—Silencio por respuesta —murmuró Tuomas burlón, sentándose frente al trío junto a su acompañante—. Espero que no estés molesto por la cena, viejo amigo, me ha parecido oportuno recrear tiempos pasados.

—No soy tu amigo —le espetó Karol con voz gélida—. Y por mí, puedes recrear lo que más te guste, siempre y cuando al término de este ridículo espectáculo me vendas lo que siempre me ha pertenecido.

—Eso haré... si me convences. Mientras tanto, cenemos. No debemos dejar que el plato se enfríe —dijo irónico señalando la comida.

—No... no hay cubiertos —comentó Elke mirando fijamente la deliciosa comida.

—No son necesarios —declaró Alba tomando un pellizco de caviar con los dedos. La mujer que servía de plato jadeó de placer al sentir el roce, pero no se movió—. Por cierto, preciosas tetas.

—Yo me inclino más por las albóndigas. —Elke cogió un *nigiri* de salmón de la entrepierna de la joven oriental, provocándole un nuevo gemido.

—El *sushi* está servido al estilo *Nyotaimori*, sobre el cuerpo desnudo de una mujer —explicó Karol, divertido por la reacción de las chicas, mientras mezclaba en un diminuto cuenco de madera salsa *ponzu* y un poco de *wasabi*—, aunque ateniéndome a antiguas experiencias, imagino que Tuomas tiene pensado sorprendernos llevándolo más allá de lo establecido —comentó tomando un perfecto *hira*^[9] de atún.

—Por supuesto —asintió este burlón—. Sería una cena muy aburrida si no la complementara con un poco de sitofilia.

—Sitofilia, nyotaimori... —murmuró Elke entre dientes—. ¿Os importaría hablar en castellano?

—Sitofilia es una parafilia en la que comida y erotismo se mezclan... en el más amplio sentido. Una de las variantes consiste en usar frutas y verduras con forma

fálica insertadas en la vagina. Aunque Tuomas suele ser un poco más sutil —explicó Karol mirando a su adversario—. El postre, imagino.

—Veo que no te has olvidado —afirmó este rozando con la yema de los dedos el sexo de la mujer—. Cerezas bañadas en dulce miel.

—Qué lástima. —Alba tomó un *maki* y sin pedir permiso lo mojó en el cuenco de Karol—. Yo prefiero el *apfelstrudle*^[10]. Me chiflan los postres alemanes —manifestó fijando la mirada en Elke. Esta esbozó una hermosa sonrisa en respuesta.

Tuomas observó pensativo a las dos prostitutas de Karol. Su antiguo amigo seguía sin saber elegir a sus acompañantes femeninas. Se equivocó con Laska y había vuelto a equivocarse con esas dos. La primera era una frígida avariciosa, y las jóvenes que le acompañaban en esta ocasión, simples lesbianas que no se molestaban en disimular en presencia de su amo. Negó con la cabeza. Era de esperar que tras el desliz de hacía casi tres años hubiera aprendido la lección. Pero no. Karol no cambiaba. Seguía siendo el mismo inocentón que se guiaba por el corazón y no por el cerebro. Se preguntó qué motivos habrían esgrimido las rubias para convencerle de comprarlas y, con la misma rapidez, desestimó la cuestión, francamente, le era indiferente. Tras más de dos años sufriendo remordimientos de conciencia, le bastaba con poder verlo de nuevo y comprobar que estaba bien. Lo que hiciera con su vida, y con su dinero, no le importaba en absoluto.

—¿Por qué quieres recuperar 54Marzenia? —inquirió. Quizá no le fuera tan indiferente como quería creer.

—No es de tu incumbencia —murmuró Karol entre dientes observando con acritud a la pelirroja sentada junto a su adversario. La mujer no dejaba de removerse mientras se frotaba un muslo contra otro. Estaba excitada y su aroma inundaba la estancia provocándole una erección que le impedía concentrarse tanto como desearía.

Tuomas siguió la mirada de su amigo, esbozó una sonrisa sagaz y untó la yema de un dedo en *wasabi*.

—¿Pretendes gestionarlo tú mismo? —preguntó a la vez que ordenaba algo en polaco a la mujer. Esta dobló las rodillas y separó las piernas, mostrando su pubis depilado y brillante. Tuomas deslizó el dedo untado en *wasabi* por su vulva, provocándole un ronco gemido. Ella, en respuesta, llevó una mano a la entrepierna de él.

Karol ignoró la pregunta y cerró los ojos, incapaz de soslayar el potente olor que le golpeó. Excitación, deseo, impaciencia, sumisión... el aroma que emanaba de la joven era demasiado poderoso para ignorarlo. Seguramente su amo la había mantenido excitada durante horas, negándole el orgasmo solo para poder utilizar su olor contra él. Tuomas conocía cada uno de sus secretos, y no dudaría en aprovecharse de ellos.

Elke entornó los ojos, furiosa. El cabronazo estaba jugando con su amigo, y ella no iba a permitirlo. Metió la mano en el bolsillo del pantalón de Karol e ignorando su

rotunda erección, tomó el pañuelo rojo de seda salvaje que este siempre llevaba encima.

—Me encanta como huele... —musitó sacudiéndolo. El aroma a Chanel N.º 5 inundó la estancia.

Karol inspiró aliviado a la vez que se recriminaba a sí mismo. ¡Había olvidado por completo el pañuelo! Lo tomó de manos de su amiga y se lo llevó a la nariz durante el tiempo necesario para recuperarse. Y cuando lo hizo, se percató de algo que no había notado hasta entonces. Solo la pelirroja estaba excitada. Tuomas, no.

—Gracias —musitó devolviéndole el pañuelo a Elke a la vez que depositaba un ligero beso en la comisura de sus labios.

La joven le guiñó un ojo a la vez que se inclinaba sobre él para acariciar con el pañuelo empapado en perfume el escote de Alba.

—Pareces acalorada —comentó con picardía.

—No tanto como lo estaré esta noche —replicó Alba sujetando los dedos de Elke y haciéndolos descender por debajo del vestido hasta que casi tocaron sus pezones.

Karol las observó divertido, y secretamente complacido. La escena que había montado Tuomas, y que tanto le incomodaba a él, estaba resultando un potente afrodisíaco para sus dos amigas, haciendo que el mal rato que estaba pasando mereciera la pena, y mucho. Las chicas estaban hechas la una para la otra, ¡y ya era hora de que se lanzaran!

Tuomas frunció el ceño desconcertado. A Karol no parecía molestarle que sus dos prostitutas coquetearan, ignorándole a él en su flirteo y dejando su absurdo plan en evidencia. Es más, parecía incluso complacido. ¿A qué trato habría llegado con ellas? ¿Seguiría empeñado en esa estupidez de practicar únicamente el onanismo, y por eso no le importaba que fueran lesbianas, porque no pensaba usarlas? No. No podía ser. Habían pasado casi tres años desde que Laska rompió el compromiso, por lo que su empeño en guardar una absurda fidelidad había quedado obsoleto. Y, por supuesto, no creía, al igual que no lo había creído antaño, que Karol hablara en serio cuando le confesó que estaba decidido a follar solo con alguien que le quisiera, motivo por el cual solo se follaba a su propia mano. ¡Era inconcebible dar veracidad a tan ridícula pretensión!

Negó con la cabeza. Su antiguo amigo seguía siendo un misterio. Uno que a él le encantaría desentrañar.

—Dame caviar —ordenó a su acompañante.

La mujer se apresuró a lamer uno de los pezones de la joven oriental, recogiendo el caviar con la lengua, para luego besar lentamente a Tuomas. No dejó de acariciarle la polla por encima de los pantalones en ningún momento.

Elke arqueó una ceja ante la erótica escena, y luego, sin pensarlo un segundo, imitó a la pelirroja y tomó un poco de caviar en su boca. Cuando giró la cabeza para mirar a Alba, esta se había inclinado sobre el regazo de Karol y la esperaba con los

labios entreabiertos. Se besaron frente a él, y cuando acabaron, depositaron a la vez un afable beso en las mejillas del hombre, haciéndole sonreír.

—Estoy a punto de vomitar. Tanta dulzura me empalaga —comentó Tuomas interrumpiendo la entrañable escena—. ¿Besos en las mejillas? ¿Qué será lo siguiente, darte la manita para acompañarte al baño?

Su antiguo amigo lo miró arqueando una ceja y le ignoró para hablar con sus putas de... ¡Música! ¡Cómo si alguna vez le hubiera interesado eso a Karol! ¡Malditas fueran esas zorras que distraían su atención de lo que era verdaderamente importante! Él había montado una cena de negocios, erótica para más señas, y los arrumacos amistosos no tenían cabida en ella. ¡Solo el sexo, y cuanto más perverso, mejor!

—No te conviene regresar a Polonia, podría ser... arriesgado —dijo Tuomas tras respirar profundamente para calmar su ira.

Alba y Elke miraron sobresaltadas a Karol, Eberhard les había contado que le habían pagado por irse de su país, pero no había dicho nada de que fuera peligroso regresar...

—Si me conviene o no, no es asunto tuyo —replicó él llevándose un trozo de *sashimi* de jurel a la boca tras haber limpiado su paladar saboreando un poco de jengibre. Ojalá el jengibre pudiera también limpiar su olfato. La excitación de las mujeres que acompañaban a Tuomas, unida a la de Alba y Elke, le estaban provocando una dolorosa erección que no podría calmar hasta llegar a su *suite*, porque, de ninguna manera, iba a masturbarse delante de Tuomas, no le daría el gusto de demostrarle hasta qué punto le estaba afectando la libidinosa cena.

Tuomas se encogió de hombros, cogió un *nigiri* montado con los lomos de un succulento langostino, le dio un mordisco y acercó el resto a su acompañante. Necesitaba una distracción que le hiciera olvidar una inquietud que no debía sentir. La pelirroja abrió su voluptuosa boca, tomó el bocado ofrecido, y acto seguido lamió con fruición los dedos que lo habían sujetado hasta que Tuomas se cansó y los apartó bruscamente.

—¿Sigues enfadado porque le enseñara tu sucio secretillo a Laska? —le preguntó a Karol con fingida inocencia.

Este se limitó a apretar los labios e ignorarle.

—Fue una tontería que se me escapó de las manos. No pensé que fuera a reaccionar así —murmuró a modo de disculpa—. Y si lo piensas bien, te hice un favor. Laska no era buena para ti —afirmó, y no mentía.

—*Nie obra aj mojej inteligencji!*^[11] —exclamó Karol furioso levantándose de la silla y dirigiéndose a las puertas cristaleras de la terraza. Las abrió y respiró profundamente. El olor del mar impregnó su pituitaria, calmándole.

—Karol —le llamó Alba, siguiéndole al igual que Elke—. No dejes que te afecte —le susurró la joven acariciándole la espalda.

—¿Estás seguro de que no puedo arrancarle los huevos y hacérselos comer? Tal y como va la cena, no creo que mostrarme educada sea lo apropiado para que te devuelva tu empresa y te deje en paz —siseó Elke a su vez, haciéndole sonreír.

Besó a ambas en la frente, y tras inspirar despacio, regresó a la mesa con ellas a la zaga.

Tuomas observó el intercambio de miradas de las rubias. Para ser prostitutas eran muy buenas actrices. Habían fingido excepcionalmente bien sus miradas y gestos de preocupación, aunque el ceño fruncido de la mayor delataba que se estaba cansando de la parodia. Esbozó una sonrisa altanera y separó más las piernas para que Ewa pudiera frotarle la polla con mayor énfasis, a ver si así conseguía ponérsela dura.

Minutos después, al ver que Karol se empeñaba en comer en silencio sin dignarse a mirarlo, ordenó a su acompañante que cerrara las puertas de la terraza. Esta se apresuró a obedecerle y luego retomó su tarea de frotarle la verga mientras él observaba a Karol pensativo. Quizá su antiguo amigo necesitara un nuevo empujoncito para perder por completo los estribos.

—¿No piensas hablar en toda la noche? —inquirió burlón, recostándose contra el respaldo de la silla a la vez que enredaba la melena de la pelirroja en un puño y tiraba de ella en dirección a su ingle. La mujer acató sumisa la silenciosa orden. Le desabrochó con dedos hábiles el cinturón y los botones de la bragueta y hundió la mano bajo el pantalón.

—Claro que sí —respondió Karol desviando la mirada de la pelirroja, para a continuación contarles a Alba y Elke algunas anécdotas que le habían ocurrido cuando comió *sushi* por primera vez. Lo que dio comienzo a un interesante debate entre los tres.

Tuomas observó al trío feliz. ¿De verdad Karol le creía tan estúpido como para tragarse sus sonrisas y fingidos gestos amistosos? Furioso porque lo estaban ignorando, sujetó la muñeca de Ewa, deteniendo el vaivén de su mano; en vez de excitarle le estaba irritando la polla. La mujer sonrió ladina, se inclinó hasta que sus labios quedaron sobre la entrepierna masculina y comenzó a hacerle una felación.

Alba observó por el rabillo del ojo al Cabronazo, ¡le estaban comiendo la polla y él parecía tan tranquilo! De hecho... parecía incluso aburrido. No movía ni un solo músculo mientras la mujer le follaba con la boca; tampoco gemía y su respiración se mantenía impasible, al igual que su rostro; era como si las atenciones de las que era destinatario le produjeran un profundo hastío. Se giró y miró a Karol arqueando una ceja.

Karol le respondió encogiéndose de hombros. Sí, él también se había percatado de la desidia con la que recibía la felación. De hecho, el olor a excitación que inundaba la estancia no provenía en modo alguno de él, sino de la mujer que devoraba entusiasmada su polla.

Tuomas esperó a que la lengua de la pelirroja calmara un poco su mal humor, y sonrió mordaz al ver que las miradas de las rubias se centraban en los rítmicos

movimientos que hacía la cabeza de su acompañante.

—¿Qué has hecho durante estos dos años? —le preguntó a Karol, llamando su atención.

—No es de tu incumbencia —respondió este evitando mirarle. Bastante tenía con luchar contra su sentido del olfato, como para además hacerlo contra el de la vista.

—¿Sigues invirtiendo en bolsa o te has decidido a construir algo, como siempre decías que harías?

—Sigue sin ser de tu incumbencia.

Tuomas suspiró; Karol estaba decidido a ponérselo difícil. Bien. Jugaría sus cartas.

Posó la mano en la cabeza de Ewa, obligándola a detenerse con su polla semierecta hundida en la boca.

—Wlod ha conseguido hacerse con Lojek Inc., de hecho, ahora se llama Lojek-Sapkow Inc.

—Felicítale de mi parte —masculló Karol con voz gélida centrando su mirada en el horizonte marino que se veía a través de las cristaleras.

—¿No quieres saber cómo lo ha conseguido? —Soltó el pelo de la mujer, aburrido de su inútil mamada. Esta aprovechó para chuparle el glande como si de un caramelo se tratara.

—No me interesa —respondió fingiendo una entereza que no sentía. Tomó un *nigiri* de pepino y salmón.

—Se ha casado con Laska.

El *nigiri* cayó de los dedos petrificados de Karol y el arroz se esparció por el suelo, formando montoncitos tan blancos como pálida se había tornado la tez del hombre.

—Quién sabe, quizá dentro de poco tengas el hermanito que tanto deseabas de niño —musitó Tuomas observándole con atención mientras la pelirroja jugaba con la lengua sobre su uretra. Le sujetó la cabeza, indicándole que no se detuviera. Parecía que por fin la inútil puta había encontrado la manera de proporcionarle placer... o tal vez la excitación que recorría en ese momento sus venas se debiera a que por fin Karol había olvidado su frialdad y estaba reaccionando.

Karol no respondió. No podía. El aire había escapado de sus pulmones, dejándole sin respiración y la sangre se había paralizado en sus venas, deteniendo los latidos de su corazón. No debería sorprenderse, tendría que haber esperado esa... alianza comercial, pero no había sido así. Se había empeñado tanto en no volver a cometer los errores del pasado, que había olvidado por completo a las dos personas que lo habían desterrado de su país, arrancándolo de la única vida que había conocido.

—Karol —susurró Alba acariciándole el rostro—. ¿Qué te pasa? ¿Quiénes son Laska y Wlod? —preguntó preocupada.

Elke, inquieta, le tomó la mano, y se la apretó con cariño, instándole a hablar.

—Wlod es mi padre... y Laska fue mi prometida —musitó él mirando sin ver el horizonte a través de las cristaleras.

—Qué hijos de puta —susurró Alba frotando su frente contra la sien de Karol.

—Dime dónde puedo encontrarle y le arrancaré los huevos —siseó Elke feroz apretándole de nuevo la mano.

—Y yo la dejaré sin tetas a ella, soy un genio con las tenazas —apuntó Alba con idéntica ferocidad.

Karol esbozó una tenue sonrisa al imaginarse a sus bravas amigas enfrentándose a Wlod y Laska. Estaba seguro de que sería todo un espectáculo.

—¿Por qué les das explicaciones? —inquirió Tuomas atónito al ver que Karol aceptaba como reales las caricias de fingida preocupación de las dos putas. ¿No sería tan imbécil de creerlas, verdad?

—Porque son mis amigas y se preocupan por mí —afirmó Karol centrando su enigmática mirada bicolor en él.

—No seas imbécil, Karol, las personas como nosotros no tienen amigos, los compran.

—Yo no soy como tú.

—Claro que lo eres.

—Por supuesto que no lo es —afirmó Alba antes de saltar sobre la mesa baja. Agarró por el pelo a la pelirroja que devoraba absorta la polla de Tuomas, y de un fuerte tirón la separó de él—. Estoy harta de escucharte, cabrón manipulador —dijo acucillándose entre las piernas de él, para a continuación aferrar con fuerza sus testículos y apretarlos sin compasión—. Así que hazte un favor y cierra esa puta boca que tienes.

La pelirroja y la mujer oriental se miraron estupefactas antes de encogerse de hombros y permanecer inmóviles. Al fin y al cabo habían sido contratadas para dar placer al hombre, no para meterse en mitad de una pelea que no les interesaba en absoluto.

Karol miró a Alba sorprendido por su inesperada reacción.

Elke sonrió socarrona, conocía de sobra a su amiga y sabía que bajo su aparente dulzura yacía una voluntad de hierro y un carácter de mil demonios.

Tuomas se limitó a parpadear, atónito al sentir que su polla se endurecía bajo el doloroso trato de la joven.

—¿Has entendido lo que he dicho? —le preguntó Alba, apretándole más los testículos para dar fuerza a su amenaza.

—Sí —jadeó Tuomas, excitado por fin.

Karol enarcó una ceja al percatarse del olor que emanaba de él, parecía que Tuomas había dado por fin con algo que le excitara... al igual que Elke. Esta contemplaba embelesada a su amiga, y a tenor del aroma que expelía, estaba claro que no solo le complacía lo que veía, sino que estaba deseosa de sentir la fuerza de la voluntad de Alba sobre ella.

—¿Y vas a hacerme caso? —inquirió con dulzura Alba sin dejar de estrujar los huevos al cabronazo.

—No. —Se incorporó, pegando su nariz a la de la joven—. Tendrás que emplearte a fondo si quieres que te obedezca —afirmó retador.

—No eres digno de que haga ese esfuerzo —siseó ella dándole un fuerte apretón, que le hizo gemir, antes de soltarle—. Búscate un amo que esté dispuesto a tratar con escoria, yo no lo estoy.

—Pasa conmigo esta noche —le exigió Tuomas. Alba se limitó a enarcar una ceja—. Te recompensaré como nunca has imaginado...

—Tuomas... Basta. No puedes comprarla. El mismo hecho de intentarlo constituye un insulto que no pienso pasar por alto —aseveró Karol levantándose furioso.

—No actúes como un caballero de brillante armadura, Karol, no te pega —replicó desestimando su regañina divertido. Parecía que su amigo por fin se estaba dando cuenta de que con solo chasquear los dedos le arrebataría su preciada compañía—. ¿Cuál es tu tarifa? —preguntó mirando a Alba.

—¡Tuomas! —exclamó Karol apretando las manos en sendos puños y dirigiéndose a él para partírsela la cara. O al menos intentarlo. Era consciente de que en una pelea cuerpo a cuerpo llevaba todas las de perder... pero que a gusto se iba a quedar.

—Déjale que siga haciendo el ridículo, es muy divertido —le detuvo Elke.

Tuomas arqueó una ceja ante la afirmación de la rubia. ¿A qué estaba jugando?

—Adelante, ¿cuál es tu tarifa? —le exhortó de nuevo a Alba.

—No puedes pagarla —respondió esta con un brillo de desafío en la mirada.

—Tengo mucho más dinero que Karol —afirmó animado por la ingenuidad de la joven—. Cualquiera precio que haya pagado, yo lo triplicaré.

La joven estrechó los ojos y esbozó una sonrisa ladina antes de decir su precio. Un precio que sabía que Tuomas sería incapaz, no ya de pagar, sino también de entender.

—Está bien. Quiero una sesión de cosquillas, una guerra de almohadas, un par de aguadillas y mil sonrisas.

—¿Qué tipo de precio es ese? —masculló sorprendido.

—El precio de la amistad.

—No te equivoques, nena. Los tipos como Karol y yo no tenemos amigos. Los compramos —repitió la frase que se había convertido en un axioma para él.

—No te equivoques tú, nene. Karol no es como tú... y nunca lo será.

—Ya basta. —Karol interrumpió el duelo que Alba y Tuomas mantenían—. Dame el contrato de la venta de las acciones y acabemos con esto.

—¿Ahora que por fin empiezo a divertirme? Ni lo sueñes. Ya te lo daré mañana durante el desayuno, si me apetece —rechazó Tuomas desafiando a Karol.

—Espero por tu bien que te apetezca —masculló Karol abandonando la *suite*. Se negaba a complacer los deseos de su antiguo aliado permaneciendo un segundo más allí.

Alba y Elke lo siguieron, no sin antes dirigir una desdeñosa mirada al hombre que las miraba estupefacto.

—Se han atrevido a rechazarme —musitó Tuomas atónito. La pelirroja volvió a acercarse a él con intención de continuar la frustrada felación—. Lárgate —le espetó—. Y llévate a tu amiga. No quiero volver a veros —siseó furioso abandonando la sala.

Se apoyó en la barandilla de la terraza y miró el mar mientras intentaba desentrañar cómo se sentía. Estaba enfadado por no haber conseguido meter a la joven en su cama, pero... era mucho más que eso. Estaba resentido con sus prostitutas por no haber reaccionado cuando Alba le atacó... y no era porque necesitara defensa alguna de la joven, en absoluto. Era porque Alba y Elke sí habían reaccionado cada vez que él había atacado u ofendido a Karol, y eso, por mucho que se hubiera empeñado en no creerlo, solo podía significar que, en efecto, se consideraban amigas de Karol... y él a su vez, confiaba en ellas.

Sonrió complacido. Confianza, amistad... Karol había conseguido de nuevo confiar en alguien, y se alegraba por él. Si alguien se merecía una segunda oportunidad era él.

—¿Crees que te devolverá la discoteca mañana? —preguntó Elke saliendo de su dormitorio vestida con un transparente picardías negro bajo el que podía verse brillar los cristales de Swarovski del tanga que llevaba.

—Si no lo hace, aceptaré su trato, subiré a su *suite*, le ataré a la cama y le arrancaré los huevos a golpes —gruñó Alba, sentada junto a Karol en la sala, con la atención puesta en las uñas del polaco que en ese momento estaba pintando. Siempre que se sentía enfadada recurría a las manualidades, y a falta de cuero para crear juguetitos, bien le servían las uñas de su amigo—. ¡Dios, Elke, estás para comerte! —exclamó al levantar la mirada y ver a su amiga—. La espera ha merecido la pena.

Karol sonrió divertido. La alemana se había empeñado en cambiarse de ropa a solas en el dormitorio, y a Alba no le había sentado nada bien. Al menos al principio. Ahora parecía encantada con la sorpresa.

—¿Eso que veo brillar es el tanga que te regalé? —preguntó Karol dedicándole una mirada de aprobación.

—Ciertamente —canturreó Elke levantándose el picardías y girando sobre sus pies para que sus amigos pudieran observarla a placer.

—Me voy, no respondo de mí misma —musitó Alba levantándose del sillón y encerrándose en el dormitorio.

—Oh... —Elke se sentó abatida junto a Karol—. ¿Qué es lo que he hecho mal?

—Nada. Espera un poco —la instó este abrazándola—. Estoy seguro de que te vas a sorprender gratamente —afirmó inhalando con fuerza.

En el ambiente flotaban los efluvios de la excitación de ambas mujeres, pero no era solo eso lo que captaban sus sentidos. Había visto con sus propios ojos el cariño que se profesaban. Había escuchado en sus bromas picantes el deseo de dar un paso que les llevara más allá de la simple amistad. Y había sentido en cada poro de su piel el amor que fluía de ellas cuando estaban juntas. Estaba seguro de que no se equivocaba al pensar que esa noche sería determinante para ambas.

Instantes después Alba abrió la puerta del dormitorio, pero no salió. En su lugar se limitó a apoyar una mano en el marco y esperar inmóvil.

Elke silbó entre dientes al verla mientras Karol esbozaba una radiante y satisfecha sonrisa. La muchacha se había transformado en una dómina de pies a cabeza. Vestía un escueto *short* de piel y un ajustado corsé, también de cuero negro, que alzaba sus pechos, ocultando apenas sus pezones. Unos zapatos rojos de afilado tacón completaban su escaso atuendo.

—No habrías pensado que solo tú tenías en mente seducir a alguien esta noche, ¿verdad? —dijo Alba con voz ronca. Elke negó con la cabeza, incapaz de hablar—. Ven —le ordenó.

Elke obedeció sin dudar.

—Nos vemos mañana —se despidió de Karol antes de cerrar la puerta. Luego se giró, observó a la hermosa mujer que sería suya esa noche y suspiró profundamente. Ahora venía la parte complicada.

Estaba segura de que era la primera vez que Elke se sumergía en una sesión D/s, y era necesario plantear unas reglas, y saber exactamente qué esperaban cada una de esa incipiente relación. Daría lo que fuera por no espantar a la alemana, pero no pensaba ocultarle su manera de entender la sexualidad, eso siempre acababa siendo un gran error.

—Antes de empezar, tenemos que hablar.

—Estoy de acuerdo —murmuró Elke sentándose en la cama.

—Soy dómina y me gusta practicar el *bondage*...

—Y yo estoy deseando probar todo lo que me puedas enseñar, pero hasta que no lo pruebe, no puedo saber si soy sumisa ni si me gustará —respondió Elke con sinceridad. Alba sonrió complacida.

—Estoy segura de que te encantará —musitó acercándose a ella para besarla.

—Yo también lo creo —respondió mordisqueándole el labio.

—No puedo ofrecerte fidelidad absoluta, pero sí te la exijo —declaró Alba separándose de Elke para mirarla a los ojos—. Me gustan las mujeres y también los hombres. Si estamos juntas, nuestra relación será en serio, no habrá otras. Tú serás mi única mujer, mi única amante, pero, si algún día apareciera ante mí un hombre especial... no puedo prometerte que no quiera a ambos, a él y a ti.

Elke entornó los párpados pensativa. Alba simplemente dejó de respirar, impaciente y a la vez aterrada por la respuesta que pudiera darle su amante. Si esta no lo aceptaba...

—Está bien —musitó Elke al cabo de unos minutos en silencio—. Pero con una condición; si alguna vez encuentras a ese hombre especial, quiero estar contigo cuando estés con él. Aunque no me guste hacerlo con tíos estoy segura de que disfrutaré viéndote *jugar* con él —afirmó con picardía.

—Ten por seguro que no solo mirarás, también jugarás —susurró Alba con voz ronca—, ataré a nuestro hombre y le obligaré a mirarnos mientras te follo con mis labios, mi lengua, mis manos... se pondrá tan duro que le dolerá, y no podrá hacer nada, solo mirarnos mientras nosotras gozamos, excitándole más y más... y si se corre antes de que se lo ordenemos, le castigaremos. —Deslizó la mano por las piernas de Elke, bajo la sutil tela del picardías, y ascendió lentamente hasta el vértice entre sus muslos—. Los castigos son lo más divertido del juego, al menos desde mi punto de vista —explicó mordisqueándole la oreja—, pero ya lo comprobarás —declaró alejándose de ella.

Elke parpadeó un par de veces antes de conseguir enfocar la mirada en su amiga. Estaba tan excitada que le costaba respirar.

—Túmbate de espaldas, con las piernas muy separadas y los brazos cruzados bajo tus pechos —exigió Alba de repente, asumiendo por completo su rol de *dómina*—. No he traído mis cuerdas, así que tendré que improvisar —avisó. Elke tragó saliva—. Antes de empezar, pactaremos unas reglas —le informó con voz severa acercándose a ella—. Soy consciente de que es tu primera vez y actuaré en consecuencia. No habrá azotes ni ningún tipo de juego que incluya dolor físico... hasta que tú me lo pidas. Yo te tentaré, por supuesto, pero eres tú quien decide lo que quieres experimentar durante la sesión. —Elke asintió con la cabeza—. Antes de empezar cualquier juego te explicaré exactamente lo que voy a hacer, y te preguntaré si estás dispuesta a ello. Debes responderme siempre, y con extrema sinceridad. ¿Lo has entendido?

—Sí —musitó Elke cada vez más excitada.

—Te dirigirás a mí como *dómina* y solo cuando te dé permiso para hacerlo.

—De acuerdo.

—No te he dado permiso para hablar —le recriminó Alba—, y te has olvidado de dirigirte a mí con el debido respeto. Acabamos de empezar y ya te has ganado un castigo... ¿Qué voy a hacer contigo? —negó con la cabeza antes de pellizcar con fuerza los fruncidos pezones de Elke. Esta arqueó la espalda y exhaló un ronco gemido al sentir el dolor mezclado con placer que los tirones de la rubia provocaban en su pecho.

Alba continuó su castigo durante unos segundos y luego se detuvo de improviso, dejando a Elke jadeante y temblorosa. Se alejó y comenzó a buscar algo en la maleta a medio deshacer que había en el suelo.

Elke la miró impaciente y un tenue jadeo abandonó sus labios cuando la vio sostener en las manos varios pañuelos.

—Debo confesar que esperaba jugar contigo esta noche, y que, aunque he dejado mis cuerdas en casa por miedo a asustarte, sí he traído mis pañuelos —dijo situándose de pie junto a la cama—. Voy a rodear tu torso con uno, justo debajo de los pechos, y te ligaré las manos a él. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, dómina —se apresuró a contestar Elke.

—Ahora voy a rodear tu vientre con un pañuelo a modo de cinturón. A este enlazaré otro, que pasará por entre los labios vaginales y sobre el clítoris, y que ataré a tu espalda en el cinturón creado con el primero.

Elke jadeó al escucharla y juntó los muslos con fuerza para sofocar el estallido de placer que mojó su sexo.

—¿Te he dado permiso para cerrar las piernas? —inquirió Alba con voz severa.

—No, dómina —respondió Elke, pero no separó las piernas, al contrario, continuó apretándolas entre sí.

—¿Me estás desafiando? —preguntó Alba sorprendida.

Elke la miró pensativa, y al cabo respondió con la franqueza requerida.

—Sí, dómina.

—No te he dado permiso para desafiarme —fue la respuesta de Alba.

—No. Pero me gusta hacerlo, dómina —se atrevió a decir Elke. Había pedido sinceridad, y la tendría.

Alba sonrió complacida.

—Creo que nos vamos a llevar muy bien —musitó besándola. Luego le ordenó que separara las piernas y procedió a atarla como había explicado.

Elke luchó con todas sus fuerzas para no elevar las caderas y mover así el suave pañuelo que abría su vulva y se internaba entre sus nalgas. Alba había hecho dos pequeños nudos en este, uno quedaba sobre su clítoris y el otro presionaba su ano. Y al más mínimo movimiento que hacía, estos nudos rozaban ambos puntos, provocándole un placer imposible de soslayar... ¡y no podía gemir! Alba se lo había prohibido en el mismo momento en que comenzó a atarla en el vientre. «Ese será tu castigo por cerrar las piernas», había dicho. Y, estaba determinada a cumplir su penitencia y complacer a su amante. Resultaba extrañamente excitante estar a merced de otra persona, saber que todo su placer provenía de las manos y la imaginación de Alba. Pero, a la vez, era consciente de que solo si ella misma seguía las reglas del juego podría obtener el preciado premio.

Alba observó complacida a Elke. Era la mujer más hermosa del mundo, y ahora, con el *bondage* que rodeaba su torso y su vientre, la deseaba más que nunca. Pero aún era pronto para disfrutar de ella. Quedaban un par de ligaduras por hacer... y un castigo por ejecutar.

—Dobla las rodillas y pega los talones a tus muslos —le ordenó. Elke obedeció, luchando por no dejar escapar los jadeos de placer que se formaban en su garganta al

sentir los nudos masajéandole el clítoris y el ano al moverse—. Voy a rodear con un pañuelo cada uno de tus muslos para enlazarte los tobillos a estos. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, dómina.

Elke mantuvo los dientes apretados durante el tiempo que Alba tardó en atarla. Cada movimiento era un placentero suplicio que la conducía a un orgasmo inminente.

Cuando terminó el *bondage*, Alba se alejó unos pasos para contemplar excitada su obra. Había inmovilizado a Elke con pañuelos rojos, y estos destacaban sobre la piel nacarada de su amada en un erótico juego de colores. Las piernas, muy separadas, mostraban la tela cada vez más empapada de los pañuelos. Y los pezones fruncidos y sonrosados daban fe de lo excitada que estaba la alemana. Se sentó en la cama y el movimiento hizo que Elke echara hacia tras la cabeza a la vez que se mordía los labios para silenciar un gemido.

—El castigo por cerrar las piernas ha concluido —le comunicó Alba. Elke exhaló un jadeante suspiro—. Pero... también me has desafiado y eso no puede quedar impune —le advirtió—. Te has portado muy mal y por ello has perdido el privilegio del orgasmo. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Sí, dómina. No puedo correrme.

—Exacto. Hasta que vuelvas a ganarte ese privilegio, tendrás que contenerte —musitó deslizando un dedo con suavidad por la planta desnuda del pie de Elke.

Esta abrió mucho los ojos cuando su cuerpo reaccionó con un escalofrío al inesperado roce, tensando los pañuelos que se hundían en su vulva y sus nalgas.

—Si me complaces, permitiré que pongas tu boca sobre mi coño y me des placer; por supuesto, yo haré lo mismo. Por el contrario, si te corres antes de que yo te lo indique, simplemente te desataré y daré por finalizado el juego. ¿Lo has entendido?

—Sí, dómina. Estoy impaciente por complacerte.

—Eso espero. —Alba deslizó los dedos por el interior de los muslos de Elke...

«¿Cuántos puntos erógenos puede haber en el cuerpo de una mujer? ¿Cientos? ¿Miles? Y Alba los conoce todos», pensó Elke maravillada casi dos horas más tarde, tumbada de espaldas sobre la cama, devorando el sexo de Alba mientras esta le correspondía.

Alba había dado comienzo a su castigo acariciándole sutilmente la planta de los pies, el empeine, la cintura, los brazos, la clavícula... y cada roce había derivado en un estremecimiento que había hecho temblar su cuerpo, logrando que los pañuelos presionaran una y otra vez contra su vulva, su clítoris y su ano. Y lo había soportado sin apenas gemir y, por supuesto, sin correrse. Luego Alba le había chupado los dedos de los pies, los de las manos, había dado pequeños mordiscos en el interior de sus muslos y jugado con la lengua sobre su ombligo, la curva de sus caderas y el cuello. Y ella había seguido temblando sin poder evitarlo mientras luchaba contra el imperioso orgasmo, concentrada en complacer a su ama. Y Alba lo sabía. Le había acariciado el rostro, susurrándole palabras de amor a la vez que le decía lo orgullosa que se sentía de ella. La había incitado con voz ronca y excitada a aguantar un poco

más mientras descendía entre besos hasta sus pechos. Y después le había succionado con fuerza los pezones para a continuación pellizcarlos entre sus dientes, haciéndola sollozar de placer mientras combatía con todas sus fuerzas los estremecimientos previos al orgasmo que se estaba gestando en su interior. Y Alba había apartado los pañuelos de su sexo para continuar torturándola inmisericorde, recorriendo con la lengua su vientre para acabar posándola, tan sutil como una pluma, sobre su vulva palpitante.

—Ya puedes correrte —le había susurrado antes de besarla en el clítoris.

Y ella había estallado en un orgasmo tan poderoso como no había sentido en su vida.

Alba había esperado a que se recuperara para comenzar a desvestirse lentamente frente a ella y una vez desnuda, se había colocado a horcajadas sobre su cara.

—Me has satisfecho hasta límites que ningún sumiso había conseguido, Elke —había dicho con su voz rezumando sinceridad—. Es hora de que obtengas tu recompensa...

—No sé si podré volver a correrme..., dómina. —Se había acordado de añadir la palabra adecuada a la vez que miraba extasiada el sexo depilado de su amante. Estaba impaciente por saborearlo.

—Oh, sí que podrás. Déjalo en mis manos —había respondido Alba a la vez que se inclinaba sobre ella y comenzaba a desatarla.

Elke había vuelto a obedecerla sin dudar. Y ahí estaba ahora, con la lengua hundida en la vagina de su chica, libando golosa la miel que emanaba de esta mientras Alba lamía su clítoris y la penetraba con dos dedos...

—No voy a dejar de desafiarte —musitó Elke tiempo después, tras recuperar la respiración después del último y potente orgasmo—. Tus castigos son demasiado buenos para ignorarlos —afirmó.

—Eso espero, Elke, porque me encanta castigarte...

Karol escuchó complacido los gemidos de las chicas, salió a la terraza y se tumbó sobre una de las tumbonas, sabedor de que esa noche iba a ser incapaz de dormir. La reunión con Tuomas había provocado que los recuerdos que tanto quería ignorar regresaran a su mente, y no podía hacer nada para librarse de ellos. Cerró los ojos y vio a Laska en el interior de sus párpados, tan hermosa y etérea como siempre. Tan perfecta en su perfección que dolía mirarla. La vio entrar en el club y observarlo sorprendida a la vez que sus perfectos labios esbozaban una mueca de asco. La vio mover la boca, diciéndole palabras que no quería recordar antes de darse la vuelta y abandonar la sala, inmovible ante sus súplicas y explicaciones, mientras Tuomas observaba satisfecho la escena apoyado en la pared frente a él.

Presas de las náuseas, se incorporó hasta quedar sentado en la tumbona, con los pies desnudos sobre esta, las rodillas dobladas y la cabeza hundida entre ellas. Se

mesó el pelo con ambas manos mientras inspiraba con fuerza una y otra vez intentando calmar su errática respiración. Y cuando tuvo la certeza de que el mundo no se abriría bajo sus pies, se levantó y se aferró a la barandilla, decidido a permanecer despierto hasta que al rayar el alba llegara la hora de prepararse para bajar a desayunar. Por nada del mundo volvería a cerrar los ojos... mucho se temía que si lo hacía, lo siguiente que aparecería en sus párpados sería Wlod. Y en esos momentos no se sentía capacitado para recordar lo que pasó. Tal vez nunca lo estuviera.

No supo cuánto tiempo permaneció de pie, escuchando el silencio de la noche, hasta que unos leves golpes lo sacaron del trance en que se había sumido y le hicieron caminar hasta la puerta de la *suite*. Alguien estaba llamando, y no tenía ni idea de quién podía ser.

Abrió apenas una rendija, y se quedó petrificado al ver quién había tras ella.

—Me vas a invitar a entrar, o te vas a quedar mirándome como si fuera un fantasma —le dijo Tuomas en polaco.

—Ya eres un fantasma —contestó Karol en el mismo idioma abriendo por completo la puerta.

Tuomas sonrió levemente y, aparentando una tranquilidad que no sentía, entró en la sala portando un maletín de piel en la mano. Lo abrió sobre la mesa y sacó de su interior una botella de Żubrówka^[12].

—Yo pongo el vodka, tú consigue un par de vasos y algo de hielo.

Karol fijó su fría mirada bicolor en Tuomas, y tras unos instantes que a este le parecieron eternos, giró sobre sus pies y se dirigió al mueble bar.

Tuomas observó a su antiguo amigo. En la intimidad de su *suite* por fin reconocía al Karol de antaño en el que veía ahora, los sempiternos pantalones de pijama de raso rojo caídos por la cadera, los pies descalzos, el torso desnudo y el pelo alborotado.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Karol tendiéndole un par de vasos con hielo.

—Me apetecía hablar en privado contigo, tenemos asuntos que resolver. —Vertió un dedo de vodka en cada vaso y le tendió uno a Karol—. ¡Por los viejos tiempos! —exclamó antes de bebérselo de un solo trago y alzar la mano para estrellarlo contra la pared.

—No hagas ruido, no quiero que despiertes a mis amigas —siseó Karol sujetándole la muñeca antes de que lanzara el vaso.

—Dudo que estén durmiendo —replicó Tuomas dirigiendo la mirada al dormitorio del que escapaba un coro de gemidos y jadeos.

Karol le soltó, tomó su vaso y la botella y entró en la terraza. Tuomas fue tras él.

—¿Sigues practicando el onanismo? —preguntó señalando con la mirada la puerta cerrada del dormitorio.

—¿Qué quieres? —preguntó Karol por respuesta, sentándose en una de las tumbonas.

—No me creerías si te lo dijera.

—Inténtalo, quizá te sorprenda. Pero, te lo advierto, ahórrame tus mentiras y habla con la verdad o la conversación será muy breve.

—¿Quieres sinceridad? Sorprendente... y muy interesante. —Sirvió de nuevo vodka en los vasos—. Somos hombres de mundo, Karol, sabemos perfectamente que la sinceridad, al igual que la amistad, están sobrevaloradas. Tú no quieres oír la verdad, quieres escuchar cualquier mentira que te permita seguir odiándome. ¿Para qué molestarme en ser sincero? —preguntó sentándose en la mesita baja, frente a Karol, y tendiéndole uno de los vasos.

Karol no tomó el vaso. Ni siquiera se movió. Simplemente continuó clavando su inquietante mirada bicolor en él.

—Está bien —claudicó Tuomas tomándose de un trago el contenido de ambos vasos—. Quiero saber cómo estás y qué has hecho estos años.

—No insultes mi inteligencia, Tuom. Repito mi pregunta, por favor —solicitó con ironía—, sé sincero en tu respuesta. ¿Qué es lo que quieres obtener de mí?

—Oh, qué contratiempo. No me has creído —murmuró Tuomas negando con la cabeza—. Para una vez en mi vida que decido ser sincero resulta que no me crees. ¿Te das cuenta de que siempre tengo razón? Mentir es mucho más creíble, y agradable, que decir la verdad.

—¿Qué te importa a ti cómo esté yo? —siseó Karol entrecerrando los ojos. ¿Sería verdad que por una vez estuviera siendo sincero? No. Imposible.

—En cierto modo me siento culpable por lo que pasó... y es algo muy molesto. Me gustaría liberarme de esa sensación de culpabilidad con la que mi casi inexistente conciencia se empeña en torturarme. Por tanto, dime, ¿has encontrado lo que siempre has buscado? ¿Ha servido de algo todo el sufrimiento que te provocó mi... argucia?

—¿Tu argucia? ¿Así lo llamas? —Se incorporó para encararse a él—. Lo que hiciste me destrozó la vida, Tuom. Tu... argucia me arrebató toda posibilidad de ver cumplidos mis sueños, de tener el futuro por el que había trabajado, incluso me desposeyó de la posibilidad de tener una familia —le espetó con rabia.

—No. Tu vida ya estaba destrozada mucho antes de que yo hablara. Tú mismo te habías encargado de ello, empeñado como estabas en intentar cumplir todas las expectativas de tu padre —replicó Tuomas furioso. A continuación, caminó hasta la barandilla de la terraza y aspiró una bocanada de aire nocturno—. Antes o después la burbuja de mentiras que habías levantado a tu alrededor te hubiera reventado en la cara. Yo solo me encargué de dar un empujoncito para que no tuvieras que esperar demasiado.

—¿Un empujoncito? —masculló Karol negando con la cabeza.

—Míralo por el lado positivo, ahora eres libre para hacer lo que desees —se giró enfrentando su mirada—, y no has perdido el tiempo. Has cambiado tu forma de vestir, tu pelo, tus... amistades. ¿Qué más ha cambiado en ti? —inquirió acercándose a él.

—Todo. Nada.

—¿Eres feliz? O, ¿al menos todo lo feliz que la gente como nosotros puede ser?
—Karol no respondió—. Te libré de tus cadenas, deberías estarme agradecido —
declaró sentándose de nuevo en la mesita baja.

—Lo que nos lleva de vuelta al meollo de la cuestión. ¿Qué quieres obtener de mí
como agradecimiento por venderme 54Marzenia? —ironizó.

—Respuestas. —Karol arqueó una ceja, extrañado por la extraña petición—. Ya
te lo he dicho, mi conciencia me está molestando mucho últimamente. Respóndeme
con la misma sinceridad que me has pedido, y será tuyo —declaró. Karol asintió con
la cabeza—. ¿Eres feliz?

—Lo intento.

—¿Has encontrado lo que buscabas?

—No.

—¿Sigues buscándolo?

—No.

—¿Por qué?

—Sé que no lo voy a encontrar.

—Te has rendido.

—He asumido que hay cosas que la gente como nosotros nunca podremos tener.

—Me alegro, por fin has metido un poco de sensatez en esa cabeza tuya llena de
fantasías. El amor, al igual que la amistad y la sinceridad, están demasiado
sobrevalorados —afirmó sirviendo otros dos vasos de vodka. Le tendió uno a Karol.
Este lo aceptó—. Y, sin embargo, aunque ya no lo buscas, aquí estás, en la terraza,
mirando el mar en vez de follando como un loco con esas dos preciosidades rubias
que has traído contigo. ¿Por qué?

—Son mis amigas. Y yo no follo con mis amigos.

—¿Follas con alguien, o sigues empeñado en esa estupidez de follar solo por
amor? —Karol no respondió—. Déjame preguntártelo de otro modo, ¿sigues
obsesionado con el onanismo?

Karol se bebió de un trago su vodka, ignorando la pregunta.

—Eres un estúpido, Karol. Siempre lo has sido. Déjame darte un consejo,
cómprate una mujer a la que follar y que te dé hijos y olvídate de todas esas tonterías
románticas que tienes en la cabeza. Son solo quimeras irrealizables. El amor no
existe, la amistad tampoco. Solo el dinero con el que comprar ambas cosas es real.

—Te consideraba mi amigo —musitó Karol por toda respuesta—. Hubiera ido al
infierno por ti. Hubiera peleado contra cualquiera por ti, por la amistad que creía que
teníamos.

—Lo que demuestra lo equivocado que estás al creer que la amistad existe.

—No. Tú eres el que está equivocado. Yo sí fui tu amigo.

—Y yo te traicioné.

—¿Por qué lo hiciste, Tuom? Y esta vez dime la verdad.

—¿No creíste la excusa de que fue por amor? Oh, qué contratiempo, yo que pensaba que había conseguido engañarte. En fin, seré sincero por segunda vez en un día. Lo hice porque te estabas enterrando en vida. Porque estabas tan empeñado en complacer a tu padre que te estabas convirtiendo en todo lo que aborrecías. No podía permitirlo.

—¿Por qué? ¿Qué te importaba a ti en qué me convirtiera? —espetó con rabia.

—Todo. Nada —repitió Tuomas sus palabras dando por finalizada la conversación y abandonando la terraza.

Karol se recostó en la confortable tumbona, se tapó el ojo izquierdo con la mano y contempló el difuso horizonte que le permitía captar su dañado ojo derecho. Luego, tomó la botella de vodka, y sin molestarse en servirse un vaso, dio un largo trago.

—Karol —le llegó la voz de Tuomas desde la sala de estar. Se giró sobre la hamaca y examinó a quien había considerado durante muchos años su único amigo—. Una última pregunta. ¿Has recuperado la visión de tu ojo derecho?

Karol se limitó a esbozar una desagradable sonrisa para luego dar un nuevo trago a la botella.

—Pregunté a los médicos que te operaron. Me dijeron que quizá, con mucha suerte, recuperarías parte de la visión con el tiempo. ¿Ha sido así? —preguntó Tuomas de nuevo, aferrando con tanta fuerza el maletín que sus nudillos se tornaron blancos.

—Me molesta la luz, sobre todo de noche. No puedo enfocar bien los objetos lejanos, y los colores no tienen toda su luminosidad... pero, aparte de eso, sí. He recuperado la visión.

—Gracias por decírmelo —musitó Tuomas abandonando la *suite*.

Unas horas, y muchos tragos de vodka más tarde, Karol entró en la sala con paso inestable. Era noche cerrada, el vodka se había acabado, y él seguía sin atreverse a cerrar los ojos y dormir. La conversación con Tuomas había despertado demasiados recuerdos, y la botella de vodka que había bebido no sería suficiente para erradicar las pesadillas que le provocarían. Inspiró profundamente para cerciorarse de lo que sus oídos ya le habían mostrado. Las chicas estaban dormidas. No había ni rastro de excitación en la sala. Estuvo tentado de entrar en la habitación y tumbarse a su lado. Sería agradable poder hablar con ellas sobre lo que había pasado, sentir el calor de su amistad sobre la piel. Rechazó la idea en el mismo momento en que acudió a su mente. Alba y Elke acababan de dar el primer paso en su relación, él solo sería un estorbo.

Observó con desdén la puerta que le llevaría a su solitario dormitorio y negó con la cabeza. No le apetecía tumbarse en una cama vacía. Caminó tambaleante hacia el cómodo sillón que había frente al televisor, y entonces lo vio. Tuomas había dejado un montón de papeles sobre la mesa. Los cogió intrigado y parpadeó asombrado al leer lo que ponía en ellos. Sacudió la cabeza para intentar librarse del abotargamiento alcohólico en el que estaba sumido, porque solo ese podía ser el motivo de que leyera

lo que estaba leyendo. Dejó de nuevo los papeles sobre la mesa y se dirigió al cuarto de baño. Cuando salió, estaba casi despejado gracias a la ducha de agua fría que se había dado. Volvió a tomar los documentos y comenzó a leerlos despacio.

Era un contrato de cesión de las acciones del 54Marzenia. Y estaba fechado el cuatro de septiembre, el mismo día que Karol dio su conformidad a la entrevista propuesta por Tuomas. Leyó con atención cada una de las cláusulas, en las cuales Tuomas cedía el local y la cartera de acciones de la discoteca a los empleados que llevaban trabajando en ella desde su inauguración. El último folio era una nota manuscrita.

Si estás leyendo esta nota, es porque por fin he conseguido verte, y de ese modo, saber que estás bien, que te has recuperado de lo que pasó, y que has rehecho, o al menos intentas rehacer, tu vida.

Sé que no te enfadarás porque 54Marzenia pase a manos de sus trabajadores, de hecho, estoy seguro de que eso era exactamente lo que pensabas hacer con la discoteca después de pasar un tiempo en ella asegurándote de que está correctamente gestionada. Te conozco, se cómo piensas, y cómo actúas.

Imagino que estarás sorprendido por mi altruismo. No lo hagas. No creas que soy mejor persona de lo que en realidad soy. No te equivoques otorgándome unos sentimientos de los que carezco. Lo que he hecho ha sido motivado por mis propios intereses. Me aterra pensar en lo que te pudiera suceder si algún día regresaras a Polonia. Al regalar tu empresa me aseguro de que jamás tendrás intención de volver para así gestionarla. Ya ves. Sigo siendo el mismo cabrón calculador de siempre.

O tal vez no.

Te has pasado media vida intentando despertar mi conciencia... y ahora que ya no estás a mi lado, parece que has logrado tu propósito. ¡No podías dejarme tranquilo siendo el monstruo que tanto me gusta ser! No. Tú y tu estúpida amistad me estáis dando más quebraderos de cabeza de los que necesito. Me remuerde la conciencia saber que fui en cierto modo culpable de todo lo que pasó hace dos años... aunque si te soy sincero, jamás imaginé que Wlod pudiera llegar a tales extremos.

Lo siento. Sí. Estoy arrepentido. ¿Quién lo iba a imaginar? No me gusta esta debilidad, quiero deshacerme de ella. Pero no puedo. No hasta que no compruebe que estás bien. Que has sobrevivido al infierno.

Has pasado dos años escondido. Dos años en los que tu silencio me ha torturado. Dos años es mucho tiempo para sufrir

remordimientos. Espero que des por satisfecha tu venganza al saber que has conseguido despertar en mí una conciencia que no deseo y un arrepentimiento que aborrezco.

Tu amigo, aun en contra de mis deseos... y de los tuyos.

TUOM.

Karol dejó que la nota cayera de sus dedos y abandonó la *suite* sin pararse a vestirse. Atravesó descalzo el pasillo hasta llegar al ascensor y esperó impaciente a que las puertas se abrieran. Una vez en su interior pulsó repetidamente el botón de la última planta, instándole para que se diera prisa. Salió a través de la rendija que comenzaban a formar las puertas al abrirse y corrió por el iluminado corredor hasta llegar a la *suite* en la que había cenado. Golpeó la puerta con fuerza. Esperó. Volvió a golpearla. Aguardó intranquilo unos minutos y después giró sobre sus pies y regresó de nuevo a su *suite*. Se vistió con rapidez y salió dejando que la puerta se cerrara con un fuerte golpe.

—¿La *suite* 472 sigue ocupada? —le preguntó al recepcionista dejando sobre el mostrador un billete de cien euros.

El trajeado hombre cogió el billete y tecleó en el ordenador.

—La *suite* está disponible, señor.

—¿Cuándo la dejó libre el señor Wójcik? —inquirió Karol. El recepcionista lo miró sin pestañear. Karol puso otro billete sobre el mostrador.

—Hace dos horas, señor.

—Oímos el portazo que diste al salir... ¿Estás bien? —le preguntó Alba en el mismo momento en que entró en la *suite*.

—Hemos leído la nota. ¿Has hablado con Tuomas? —inquirió Elke levantándose del sillón pero sin atreverse a acercarse a él.

Karol miró a las dos rubias. Ambas estaban apenas vestidas con una camiseta y unas diminutas braguitas. Tenían el pelo revuelto y el maquillaje corrido por toda la cara, como si no hubieran perdido el tiempo en asearse. Y sus ojos mostraban la preocupación que sentían... por él.

—La nota era privada —dijo cerrando la puerta.

—Si no querías que la leyéramos no deberías haberla dejado en la mesa —replicó Elke apoyando las manos en las caderas y recuperando su carácter batallador.

—No sé por qué, pero había pensado que eráis lo suficientemente educadas como para respetar lo que a simple vista se puede comprobar que es privado —replicó él con ironía.

—¡Vaya! El polaco quiere pelea —comentó Alba acercándose a él—. Estupendo. Elige tus armas; las palabras, los puños... o las almohadas —le retó cruzándose de

brazos.

—No estoy para juegos —rechazó él esquivándola y dirigiéndose a su dormitorio.

—Nosotras tampoco —afirmó Elke siguiéndole.

—Dejadme en paz, por favor. —Cerró la puerta antes de que tuvieran posibilidad de seguir acosándole.

Alba y Elke se miraron un instante, y luego abrieron la puerta, entraron en la habitación y se sentaron en la cama sobre la que acababa de tumbarse Karol.

—¿Qué queréis? —les espetó con los dientes apretados.

—Molestarte hasta que revientes y dejes salir lo que te está carcomiendo por dentro —declaró Alba mirándole con fingida inocencia.

Karol sonrió muy a su pesar. Las chicas podían llegar a ser muy insistentes.

—No tengo ganas de hablar —susurró cerrando los ojos.

—Entonces nos limitaremos a vigilar tus sueños —aseveró Elke tumbándose junto a él. Un instante después Alba imitó a su amante.

Los dulces lazos del amor

9 de septiembre

¿Este es el templo del que tanto habla Eberhard? —musitó Elke al bajarse del taxi frente a las puertas de la casa de Karol.

—*Kościele na chć?* —dijo Karol leyendo las palabras grabadas en las puertas—. El Templo del Deseo. Así es. —Miró a Elke con el ceño fruncido antes de preguntar extrañado—: ¿Eber te ha hablado del Templo?

—Sí, cuando lo interrogo a conciencia —afirmó sonriendo con picardía. Karol no pudo menos que imitarla.

—Elke puede llegar a ser peor que el FBI —declaró Alba divertida mientras caminaba por el sendero de baldosas amarillas que atravesaba la propiedad y desembocaba en la enorme casa—. ¿Son de verdad? —Señaló los impresionantes menhires que se elevaban cual árboles en el jardín de piedras de mil colores que rodeaba la casa.

—Si te refieres a que son de piedra, entonces, sí, son de verdad. Pero no son antiguos. Los mandé tallar hace menos de un año —explicó divertido ante las miradas asombradas de las chicas.

—¿Podemos pisar el jardín? —preguntó Elke dando saltitos como una niña pequeña.

—Por supuesto.

Las dos rubias esbozaron una taimada sonrisa y acto seguido se abalanzaron sobre él, le quitaron el portafolios de piel en el que llevaba el contrato y salieron corriendo.

—¡Eh, tened cuidado, esos papeles son importantes!

—Atrápanos si puedes —gritó Alba lanzándole la cartera a Elke.

Y a Karol no le quedó otro remedio que perseguirlas entre los menhires. Pero las muy ladinas, no solo no se quedaban quietas, sino que se lanzaban la una a la otra continuamente el portafolio, de tal manera que cuando parecía estar a punto de atrapar a una, era la otra quien tenía los preciados papeles.

Estaba a punto de atrapar a Elke, que por supuesto acababa de lanzarle los documentos a Alba, cuando sonó su teléfono móvil. Se detuvo y esperó un instante para recuperar el aliento antes de responder a la llamada.

—Sapkowski. —Levantó un dedo pidiéndoles silencio al reconocer la voz de su interlocutor.

Las chicas obedecieron al punto, observándole con atención, buscando signos de que la tensión y la tristeza que se había abatido sobre su rostro durante casi todo el día volvieran a aparecer. No fue así. ¡Gracias a Dios!

Karol se había mostrado decaído durante el desayuno en el hotel, al que por supuesto Tuomas no acudió. Apenas había hablado durante el corto paseo que dieron por Barcelona mientras hacían tiempo hasta la hora de embarcar. Y durante el trayecto de vuelta, había mantenido un inmutable silencio que acabó por determinarlas a no dejarle solo ese día, ni esa noche. Por tanto, al llegar a Alicante le habían pedido que les enseñara su casa, en la que por supuesto, pensaban quedarse a dormir. Y él había aceptado encantado. De hecho, desde que sabía que no pasaría la noche solo, se había mostrado mucho más animado.

Karol escuchó en silencio a su interlocutor durante unos minutos en los que su sonrisa se fue haciendo más y más abierta, hasta que por fin cesó la llamada.

—¿Quién era? —preguntó Elke mirándole curiosa.

—Bazyli, mi abogado.

—¿Ha habido algún problema con los papeles de Tuomas? —inquirió Alba, preocupada. Le habían mandado una copia por fax a primera hora de la mañana, quizá ya los había leído.

—No. En absoluto —rechazó él frunciendo el ceño al darse cuenta de que la batería del móvil estaba en las últimas. Tenía que acordarse de cargarlo en cuanto entrara en casa.

—¿Qué te ha dicho para que sonrías así?

—Ya os lo contaré luego —respondió misterioso guardándose el teléfono en el bolsillo—, ahora, permitidme que os muestre mi humilde morada, que es la vuestra. —Señaló las puertas haciendo una floreada reverencia, ya que gracias a sus carreras por el pétreo jardín, estaban a escasos metros de la casa.

—¿Por qué hay una torre medieval en el techo de tu casa? —preguntó Alba mirando asombrada el extravagante edificio.

Era un inmenso rectángulo de paredes pintadas de rojo en las que, a diferentes alturas, se abrían ventanas de distintos tamaños y formas. Y coronando la singular construcción, había una enorme torre cuadrada de aspecto medieval que parecía emerger del techo.

—Esa torre es mi... infierno privado —explicó Karol—. Es el único sitio del templo al que nadie puede acceder. Solo yo.

—¿Ni siquiera Eber? —inquirió curiosa Elke.

Sabía por su hermano que Karol le había cedido una habitación muy especial a la que llamaban El Santuario. Lo había averiguado tras interrogarles mil veces a él y a su esposa sobre los motivos por los que dormían tan a menudo en la casa de Karol... y se moría por saber qué contenía esa habitación.

—Ni siquiera Eber. Solo yo —repitió Karol abriendo la puerta de la casa e indicándoles que entraran.

—¡Dios! ¡Esto es enorme! —exclamó Alba atravesando el titánico salón hasta llegar a la torre redonda que se elevaba en su mismo centro—. Aunque, y perdona que te lo diga, es un poco soso, le falta color —afirmó mirando las paredes blancas

vacías de cuadros, los sillones y sofás color chocolate formando rectángulos alrededor de la torre, y el elegante suelo en forma de tablero de ajedrez—. Es monocromático —musitó observando las puertas blancas y los escasos muebles de ébano que apenas si ocupaban sus paredes—. Lo único que se salva es ese sillón rojo —señaló el único objeto que no era negro ni blanco de todo el salón.

—Es mi trono —declaró Karol sentándose en él—. Así que consideras que mi casa es sosa.

—Mucho —sentenció Elke descalzándose para luego sentarse con las piernas cruzadas estilo indio sobre el sofá que había frente a él—. ¿Por qué El Templo del Deseo? ¿No se te ocurrió un nombre un poco más... normalito? —preguntó con curiosidad.

—Me pareció el más oportuno. Toda mi vida ha girado alrededor del deseo —declaró Karol pensativo—. Tanto lo bueno como lo malo. Mi... inusitada manera de entender y percibir el sexo —musitó dándose unos golpecitos en la nariz— fue lo que me hizo intentar ocultar mi verdadera personalidad. Tenía ciertas obligaciones que cumplir y mi pervertida sexualidad no congeniaba con las expectativas que se me exigían. Por ello, intenté ignorar el deseo y me centré en convertirme en lo que se esperaba de mí. Por supuesto, no dio resultado. De hecho, ocurrió todo lo contrario. El deseo insatisfecho puede llegar a convertirse en algo obsesivo, y, para satisfacerlo, comencé a visitar sitios poco recomendables para alguien de mi antigua posición social. Alguien le contó lo que hacía a mi prometida, esta se enfadó, se lo contó a mi padre y este me desterró —resumió—. Pasé un año vagabundeando, por vez primera era libre para hacer lo que quisiera y me emborraché de libertad. Me sumergí en todo tipo de escenarios sexuales, algunos tan extravagantes que ni siquiera puedo describirlos. Estaba decidido a conocer, y oler, todas las mal llamadas desviaciones sexuales, pero eso sí, sin experimentarlas carnalmente, pues como ya os referí, soy un firme seguidor del onanismo. ¿Incoherente? Puede ser, pero pagué un alto precio por mi libertad. Por tanto, puedo ser todo lo incoherente que desee —afirmó al observar la estupefacción en el rostro de las rubias—. Mas la libertad sin objetivos puede convertirse en algo muy tedioso... y así estaba yo el verano pasado, hastiado de todo. Fue entonces cuando el destino me cruzó con tu hermano. Apenas hablamos durante una hora, pero fue suficiente para que me planteara lo absurdo de seguir gastando mi recién ganada libertad en una vida que no me satisfacía. Me resistí durante unos meses más, y al final decidí llevar a cabo el plan que poco a poco se había ido formando en mi cabeza: construir un templo para el deseo. Un lugar donde todas las mal llamadas perversiones dejaran de serlo para convertirse en fantasías hechas realidad. Un lugar en el que las personas que como yo entienden el sexo de manera diferente al resto del mundo, pudieran sentirse a gusto con sus deseos y obsesiones. Pero también era consciente de que El Templo del Deseo sería solo una quimera más —dijo cerrando los ojos—. Deseaba llenarlo de personas que tuvieran una sexualidad peculiar, y que además estuvieran enamoradas... Y eso, bellas damas, es algo casi

imposible de encontrar. En toda mi existencia solo he conocido a dos personas enamoradas, Eber y Sofía. —Abrió los ojos y miró a las dos rubias. Una cariñosa sonrisa se dibujó en su rostro—. A cuatro ahora —musitó—. Construí esta casa para llenarla con todos los amigos que siempre me negué a tener, y sobre ella alcé una torre en la que vivir... —Se detuvo antes de finalizar la frase «en la que vivir aislado de todo lo que no me permito desear»—. Su diseño es un recordatorio constante de que no debo dejarme llevar por las apariencias nunca más. Contemplad lo que os rodea —ordenó recorriendo con la mirada el salón—. ¿Qué veis? Yo os lo diré: un extravagante edificio en el exterior, con un vacío, frío y solitario interior. Las apariencias engañan —señaló la torre con la mirada—. Ahí, en el mismo centro de la casa, protegido por fuertes muros de piedra, está el corazón del templo: la Torre. Arriba, el infierno, mis habitaciones privadas, un lugar apartado al que solo yo tengo acceso. Y abajo, el cielo, una galería con seis habitaciones destinadas a aquellas personas, si alguna vez tengo la suerte de encontrarlas, en las que yo confío y que a la vez me otorguen el privilegio de confiar en mí... pero esa ya es otra historia —finalizó deteniendo su relato al darse cuenta de que estaba hablando más de la cuenta.

Sí, su mayor deseo era que los santuarios, las habitaciones secretas que había bajo la torre, fueran ocupadas por sus amigos, y Alba y Elke lo eran. Pero Elke también era la hermana de Eberhard, y aunque este conocía y aceptaba sus deseos, no sabía cómo reaccionaría ante la presencia de Elke en el santuario. Por lo que, hasta que no hablara con él, prefería guardar silencio. Era lo que tenía la amistad, que sin darte cuenta, llegaba un día en el que pensabas primero en los deseos de tu amigo que en los tuyos... y eso era bueno.

—¿Os apetece beber algo? —ofreció Karol, incómodo por todo lo que había desvelado. Ambas mujeres negaron con la cabeza—. ¿No? Os serviré un poco de Żubrówka, es el vodka típico de mi país, a Eber le encanta —comentó dirigiéndose al mueble bar.

—Karol —lo llamó Elke. Este se giró para atenderla—. Las habitaciones que has mencionado... ¿Son los santuarios? —preguntó toda ella angelical y fingida inocencia.

—¿Qué sabes tú de los santuarios? —inquirió él entornando los párpados.

—Eber me ha hablado de ellos. Me encantaría verlos —comentó con una enorme sonrisa en los labios.

—Entonces deberías pedirle a él que te los enseñara —replicó divertido por la sutil estratagema de la alemana. Esta hizo un infantil puchero, irritada por haber sido descubierta, lo que provocó las carcajadas de Alba.

—¿Te importa si ato a Elke a alguno de los menhires? —le preguntó Alba tiempo después, asomada a una de las ventanas del salón—. No consigo quitarme de la cabeza su cuerpo desnudo iluminado por la luna mientras la ato a la piedra.

—Ya lo huelo, ya... —musitó él separando con disimulo las piernas para dar cabida a su cada vez más rígida erección ahora que a la excitación que llevaba unos

minutos emanando de Alba se sumaba la de Elke—. Puedes disponer del Templo y del jardín para lo que quieras.

—¿Estás cachondo, Karol? —dijo Alba al percatarse de sus movimientos.

—Un poco, sí.

—¿Qué piensas, Elke?

—Pienso que podría resultar muy interesante —murmuró la alemana levantándose del sofá en el que había acabado tumbada.

—¿Te apetece jugar con él? —le preguntó Alba a Elke sin apartar la mirada de Karol.

—Sin ninguna duda. Qué mejor hombre para que me enseñes a jugar que uno en el que confío... y solo Karol goza de ese privilegio —aseveró la alemana lamiéndose los labios.

—Hermosas damas, siento dar al traste con vuestros planes —las interrumpió Karol mirándolas con inusitada seriedad—, pero debéis recordar que soy un firme seguidor del onanismo.

—Paparruchas —musitó Alba llegando hasta él e inclinándose para besarle. Karol aceptó su beso, pero no su lengua. En ningún momento abrió los labios para recibirla.

—Me temo que hablo completamente en serio —declaró tras el beso, acariciando con afecto la cara de Alba para luego hacer lo mismo con la de Elke—. No participo en ningún tipo de juego sexual que implique contacto físico con otra persona que no sea yo mismo.

—¿Por qué? —inquirió Alba confusa mientras Elke entornaba los ojos, recordando lo que le había comentado Eber sobre Karol.

—Tengo un poderoso motivo para follar solo con mi mano —replicó divertido por el asombro de las jóvenes—. Mi intención es llegar al orgasmo solo con alguien a quien ame, que me ame... y en quien confíe. Y eso reduce mis posibilidades a una sola persona. Yo mismo.

—¡No digas tonterías! —exclamó Alba asombrada—. Nosotras te queremos.

—No lo pongo en duda... me queréis como a un amigo. —Elke abrió la boca para protestar—. Quizá como a vuestro amigo más íntimo y querido, pero no estáis enamoradas de mí, del mismo modo que yo no lo estoy de vosotras. ¿Me equivoco? —Ambas mujeres negaron con la cabeza, dándole la razón—. No se debe confundir la amistad con el amor. Hace tiempo descubrí que la tortura más dolorosa de todas es aquella en la que al que llamas amigo te traiciona esgrimiendo como excusa su amor. No volveré a cometer el mismo error.

—Pero no puedes pasarte la vida haciéndote pajas... ¡No puede ser sano!

—Aún no me he muerto —rebatía burlón—. Al contrario, gozo de una estupenda salud.

—Antes o después encontrarás a alguien que te quiera, y de quien te enamores —afirmó Alba con seriedad.

—Y cuando lo encuentres, caerás con todo el equipo —apostilló Elke—. Y yo quiero estar ahí para ver cómo te estrellas...

—Eres malvada —protestó Karol mirándola divertido.

—No sabes cuánto —confirmó Alba haciéndoles estallar a los tres en sonoras carcajadas, que se vieron interrumpidas por el sonido del timbre de la puerta.

—¿Esperas a alguien?

Karol negó con la cabeza antes de dirigirse a la puerta de entrada al Templo.

—Estoy pensando... —susurró Elke cuando estuvo segura de que él no podía oírla.

—Me das miedo cuando piensas —musitó Alba acercándose a ella.

—Calla. Karol ha dicho que no interviene en juegos sexuales que impliquen contacto... pero ¿y si no lo implican? Eber me contó que le gusta echar miraditas...

—Sí, así es —afirmó Alba, ella lo sabía mejor que nadie—. ¡Oh! ¿Estás pensando lo que creo que estás pensando? Porque si es así, tengo una grandísima idea.

—No me lo puedo creer, de verdad, Karol, lo tuyo es... ¡Me dan ganas de tirarte algo a la cabeza a ver si así te entra algo de sentido común! —Alba y Elke detuvieron su conspiración cuando escucharon los gritos de Sofía.

—No lo he hecho a propósito —se disculpó Karol entrando en el salón con Sofía y Eber pisándole los talones.

—Me da igual que lo hicieras aposta o no, el hecho es que lo has hecho —le regañó ella—. ¡Nos has dado un susto de muerte!

—A mí no —murmuró Eberhard tras su esposa—. Yo intuía que estaban aquí.

—Tú te callas, que nadie te ha dado vela en este entierro —recriminó a su marido.

—¡Lo siento! —exclamó Karol apabullado—. Se me acabó la batería del móvil y se me olvidó ponerlo a cargar; es algo que le puede pasar a cualquiera.

—¡Eso no es excusa! Y vosotras —señaló a Alba y Elke dirigiéndose como una locomotora hacia ellas—. ¡Estáis aquí! También os he llamado mil veces, incluso hemos ido a casa de Sara a buscaros... ¡Y hemos tenido que mentirle para que no se preocupara!

—Ya te dije que estarían los tres en casa de Karol, cariño —reiteró Eberhard intentando sosegar a su esposa.

—¿Por qué no habéis respondido a mis llamadas? —inquirió Sofía lanzándole una mirada asesina a Eber.

—¿Llamadas? —Alba parpadeó atónita. Su móvil no había sonado en ningún momento.

—A mí se me olvidó volver a encenderlo cuando bajamos del avión —murmuró Elke contrita, conocía a su cuñada y sabía que cuando estaba preocupada se convertía en una arpía.

—Oh, vaya... a mí también —musitó Alba.

—¡Genial! ¡Estupendo! ¡Sois un atajo de cabezas huecas! —gritó sentándose en uno de los sofás que había frente al sillón rojo—. Prepárame uno de esos vodkas

tuyos, a ver si con un par de tragos se me pasa el cabreo —le ordenó a Karol. Este, por supuesto, se apresuró a obedecerla. Sofía cabreada era más temible que un huracán.

—¿Qué tal ha ido el viaje? —preguntó Eberhard un rato después, con los nervios de Sofía templados gracias a un par de tragos de vodka.

—Muy bien —respondió Karol mirando al matrimonio con sincero afecto. Sofía podía ser un poco escandalosa cuando se enfadaba, pero la preocupación que mostraba hacía él era genuina.

Les relataron casi todo lo que había ocurrido en Barcelona, incluyendo la incipiente relación entre las dos rubias, aunque, eso sí, omitiendo los detalles correspondientes a su noche de pasión. Y tras esto, Karol, en contra de la opinión generalizada de sus amigos, se negó a referir absolutamente nada sobre su encuentro privado con Tuomas. Por supuesto, Elke y Alba les refirieron a Sofía y Eberhard lo que recordaban del contenido de la nota.

—Cotillas... —masculló Karol, irritado porque no hubieran mantenido la boca cerrada.

—Y a mucha honra —replicó Elke haciéndole reír sin que pudiera evitarlo.

Tras hablar largo y tendido sobre lo que pensaba cada uno de la reunión en Barcelona, todos, menos Karol que escuchaba cada vez más sorprendido a sus amigos, llegaron a la conclusión de que Tuomas era un cabronazo, pero que quizá, pudiera redimirse.

—Es tarde —dijo Alba de repente—. ¿Qué os parece si pido unas *pizzas* para cenar? Os quedáis a dormir, ¿verdad? —preguntó a Eber y Sofía con la mayor naturalidad del mundo—. Nosotras ya hemos elegido una de las habitaciones de invitados.

—Porque, por supuesto, no tenemos acceso al misterioso santuario —masculló Elke picajosa.

—¿No te ha enseñado Karol los santuarios? —inquirió Eberhard sorprendido.

Alba y Elke serían la pareja perfecta para ocupar uno de ellos; por mucho que Alba intentara disimularlo, a él no se le había pasado por alto su gusto por las cuerdas, ¡y eso por no hablar de Arnau, que incluso la llamaba *dómina* delante del grupo! Sara debía de tener ceguera selectiva para no darse cuenta.

—¿Sin tu permiso? ¡Por supuesto que no! —exclamó Karol ofendido.

—No ha habido manera de engatusarle —confesó Elke—. ¿Por qué no nos lo enseñas tú?

Eberhard miró a Sofía. Esta asintió sonriente y se dirigió a la Torre. Alba y Elke se apresuraron a seguirla y se detuvieron en seco al traspasar la puerta de madera que daba acceso a ella. Se encontraban en una ornamentada balconada de la que salían dos escaleras que recorrían la Torre en espiral, y cuyos peldaños nacían de las paredes de piedra. Una de las escaleras ascendía hasta otro balcón con una recargada balaustrada tras la que se entreveía una puerta roja. La otra descendía hasta lo que las

chicas imaginaron que era el sótano de la casa. Cielo e infierno, recordaron que les había dicho Karol, solo que el cielo estaba abajo y el infierno arriba.

Descendieron tras el matrimonio hasta llegar a un iluminado corredor en el que se abrían seis puertas, tres a cada lado. Se dirigieron a la más alejada de las escaleras, y una vez frente a ella, Eberhard introdujo la mano en una apertura metálica practicada en la pared junto a la puerta, y esta se abrió mostrando una antecámara con dos puertas más. Karol abrió la que estaba en un lateral y Eber la que estaba frente a la que habían entrado.

—Miradlo bien, porque es la única vez que os lo voy a enseñar —musitó Eber con un gracioso sonrojo esparciéndose por su rostro mientras abría la puerta de su santuario privado.

—¡Es alucinante! —exclamó Alba nada más entrar. Todo lo que contenía la habitación era maravilloso, aunque lo que llamó por completo su atención fue la pared de espejo que estaba medio oculta por unas cortinas de satén rojo. Estrechó los ojos pensativa, sonrió y abandonó la estancia casi corriendo. Karol la siguió.

—Vaya, hermanito, sí que te gustan las estatuas —comentó Elke sin percatarse de la partida de sus amigos, tan sorprendida como estaba por lo que veía. ¡La habitación estaba llena de estatuas!

—Son una de mis pasiones.

—¿Cuál es la otra? —le preguntó curiosa.

—Mi mujer —respondió Eber abrazando a Sofía.

—¡Elke, tienes que venir a ver esto! —gritó Alba en ese momento.

La alemana se encogió de hombros y abandonó el cuarto para adentrarse en la sala contigua que estaba en penumbras.

—¡Joder! —musitó asombrada al ver que los espejos que conformaban una de las paredes del santuario de Eber en esa sala se convertían en un mirador de transparentes cristales desde los que se veía toda la estancia, incluyendo la cama y la estatua del hombre tumbado con la polla erecta—. Son espejos espías, como esos que salen en las películas de policías cuando interrogan a los malos —murmuró pegando la nariz a ellos—. ¿Las personas que están en la otra habitación pueden vernos? —preguntó curiosa, observando a Eber y a Sofía que en ese momento la saludaban desde el otro lado del espejo.

—No. A no ser que ilumine la sala —explicó Karol cogiendo el mando a distancia que había sobre la mesita, el único mueble que había allí, aparte del diván de cuero rojo. Pulsó un botón y los halógenos que recorrían el techo se encendieron, iluminando la estancia.

Alba y Elke se miraron con picardía y salieron a la carrera para entrar de nuevo en el santuario del alemán.

—¡Puedo verte! —gritó Alba haciendo aspavientos a Karol, el único que permanecía en la sala.

—Y yo a vosotras —replicó divertido por el entusiasmo de las jóvenes.

—¡Vaya pasada! —exclamó Alba regresando a la pequeña sala del diván rojo—. ¿Todos los santuarios son iguales?

—Básicamente. Todos cuentan con la misma distribución: la pared de espejos, la sala tras ella, el baño oculto tras un panel. Lo que cambia es que los demás están vacíos —explicó Karol—. Este es el único que tiene dueño.

—Y tú lo observas todo desde esta sala. —Alba lo miró con picardía.

—Solo si las cortinas están descorridas, y eso no depende de mí, sino del dueño del santuario.

—Y si no están descorridas... ¿Qué haces? —le preguntó Elke curiosa.

—Me limito a oler —declaró Karol con total sinceridad.

—¿A quién tengo que vender mi alma para conseguir un santuario? —exclamó Alba subyugada por todo lo que en esos momentos estaba imaginando.

Karol miró a Eberhard a través del cristal y esperó a que este diera su aprobación con la cabeza antes de responder:

—Elige el que más te guste y será tuyo.

—¿En serio?

—Sí.

—A ver si lo he entendido bien... —murmuró Elke un par de horas más tarde, sentada a la mesa de ébano del salón mientras devoraba lo que quedaba de las *pizzas*—. Estás diciendo que Alba y yo elijamos lo que queremos tener en nuestro santuario y tú te encargarás de comprarlo.

—Sí, eso he dicho —replicó Karol.

—Pues va a ser que no —rechazó Alba de plano—. Bastante haces con ofrecernos uno como para encima regalarnos todo lo que pienso meter en él. Me niego. Tenemos cara, ¡pero no hasta ese punto! —exclamó haciendo reír a todos.

—No lo entendéis —dijo Karol tras el momento de hilaridad—. Para mí constituye un inmenso placer poder ayudaros a decorar el santuario.

—Pero te vas a gastar un montón de dinero.

—¿Y qué? Me sobra el dinero, lo que me faltan son entretenimientos... y elegir la decoración es algo que me resulta apasionante.

—Por mucho dinero que te sobre, si te dedicas a gastarlo sin ton ni son, te va a durar bien poco...

—No lo creo. Se me da muy bien hacer inversiones...

Alba y Elke miraron a Eberhard y Sofía, pidiéndoles ayuda para hacer cambiar de opinión a Karol, pero estos se limitaron a encogerse de hombros. Conocían a su amigo, y cuando se le metía algo entre ceja y ceja, era imposible hacerle cambiar de parecer. De hecho, había sido él quien había decorado su santuario... mucho antes de que Eberhard supiera que tal sitio existía. Y, desde luego, estaban encantados con sus elecciones.

—Déjale que se dé el capricho —dijo al fin Eberhard, ganándose una aprobatoria sonrisa de Karol.

—Está bien —aceptó Alba—. Pero con una condición, si compras mis juguetes me tienes que ayudar a montarlos.

—¿A montarlos? —inquirió Karol patidifuso. ¿De qué estaban hablando ahora?

—Ya sabes... necesito un montón de anclajes en las paredes, además de alguna polea, estanterías, y también tendríamos que instalar una cruz de San Andrés...

—Creo que no necesito saber tantos detalles —masculló Eberhard escudriñando sus zapatos.

—En definitiva, no es solo comprar los juguetes, también hay que instalarlos... y tú nos vas a ayudar —sentenció Alba mirando a Karol.

—Eso no es necesario, ya se encargarán los obreros.

—¡No! Me niego a tener que explicar a personas que no conozco dónde y cómo quiero que instalen ¡un potro o una cruz de San Andrés! Además, montar los decorados es muy divertido, y tú tienes demasiado tiempo libre, así te mantendrás ocupado.

—¡Ya voy a estar ocupado! He comprado una discoteca y voy a convertirla en un nuevo 54Sueños —confesó—. Sobre eso versaba la conversación que he mantenido esta mañana con mi abogado.

—¡Karol, eso es maravilloso! —exclamó Elke poniendo en palabras las sonrisas entusiasmadas del resto de sus amigos.

—Sí que lo es —musitó él.

Jueves, 15 de octubre de 2009

—¿Se te ocurre alguna cosa más? —preguntó Karol subido en la escalera de tijera.

—Se me ocurren muchísimas cosas —susurró Alba con voz sensual—, pero te niegas a hacerlas.

—Alba, hablo en serio. ¿Quieres que cuelgue alguna polea más? Aún hay un par de anclajes sin usar —comentó recorriendo el techo con la mirada.

—No. Está perfecto así —afirmó la joven admirando el interior de su santuario.

—¡Me muero por estrenarlo! —exclamó Elke colocando las últimas cuerdas de nailon en los ganchos de la pared destinados a tal fin.

Ambas mujeres estaban muy impacientes por ver terminado su santuario, al que habían decidido llamar la Mazmorra de Alba. Llevaban toda la semana yendo al Templo nada más salir de la universidad y el trabajo. Comían y cenaban allí para el absoluto pasmo de Sara y el mayor placer de Karol. Incluso algunas noches se habían quedado a dormir en las habitaciones de invitados... casi se podría decir que habían «estrenado» cada rincón de la casa, a excepción por supuesto del santuario de Eberhard y las habitaciones privadas de Karol en la planta superior de la Torre.

—Pues entonces, no perdáis más tiempo y subid a prepararos —las instó Karol—. Ya me ocupo yo de recoger —dijo bajando de la escalera.

—¡Te comería entero! —exclamó Elke apresándole la cara entre las manos para darle un cariñoso beso en la nariz.

—¿A que no ha sido tan horrible como pensabas? —lo amonestó Alba en tono burlón dándole un azotito en el trasero al pasar junto a él en dirección a la puerta.

—No mucho. En realidad ha sido... interesante.

Esperó hasta que las jóvenes abandonaron la mazmorra —porque a esa estancia no se le podía llamar santuario— y, consciente de que no podían verle, sonrió encantado. ¡Había disfrutado como un niño instalando los juguetes! Si bien era cierto que al principio le había costado un poco coger el truquillo de la taladradora, Alba se había convertido en una maestra exigente y a la vez cariñosa, y en seguida había sido capaz de seguirle el ritmo. ¿Quién lo iba a pensar? Era la primera vez en su vida que ejercía de manitas y estaba muy satisfecho del resultado.

Barrió el cuarto, y luego cogió la escalera y el maletín de herramientas y los llevó a uno de los cuatro santuarios que aún estaban vacíos. Se internó apenas unos pasos en la galería que daba a la torre antes de detenerse y regresar a la mazmorra. Aún le quedaba un poco de tiempo antes de que ellas regresaran.

Caminó hasta el centro de la estancia y giró sobre sus pies, observando su obra.

Las chicas y él habían pintado las paredes de un rojo furioso e instalado una tarima flotante de nogal. Alba había insistido en que el suelo debía ser suave y cálido, pues muchos de sus juegos comenzarían o acabarían allí, y no quería que Elke estuviera más incómoda de lo necesario. En la pared que enfrentaba a la puerta habían anclado una cruz de San Andrés forrada en cuero negro y con argollas del mismo material en cada una de las aspas. Y a lo largo de todas las paredes y en el techo, habían emplazado diversos anclajes; algunos estaban ocupados por poleas, otros eran simples aros de hierro en los que atar cuerdas, y otros estaban preparados para sostener las barras de sujeción. Karol dirigió su mirada hacia estas y no pudo evitar sonreír. No cabía duda de que Alba era una mujer de recursos.

Había pasado una tarde entera con ella en el IKEA de Murcia, más exactamente en la sección de cocinas. Allí había comprado rieles de distintas medidas y ganchos en forma de «S» para insertar en estos, además de varios estantes de madera de diversos tamaños. Incluso Elke había mirado las compras con aturdida confusión. Confusión que había dado paso al asombro más absoluto cuando Alba colocó los rieles, con sus correspondientes ganchos, en la pared en la que estaba la cruz. Colgó en uno de ellos las barras de sujeción ordenadas por tamaños; en otro, las cuerdas de nailon de distintos colores y en el último, que había situado pegado a la cruz, las palas, fustas, máscaras, collares de cuero, esposas y arneses. Luego había pintado de negro los estantes de madera y los había ubicado a ambos lados de la cama, colocando en ellos velas, cremas lubricantes, toallitas higiénicas, dildos de distintos tamaños, formas y colores, dilatadores anales y un *strap-on*^[13].

Pegada a la pared de la derecha había situado una cama de sábanas negras, cuyo cabecero y pies eran barrotes, similares a los de una celda, que iban del suelo al techo. Y, en la pared que quedaba libre, junto a una pequeña nevera surtida de bebidas energéticas —Alba aseguraba que era muy importante que Elke estuviera bien hidratada durante las largas sesiones—, había un sillón de piel granate, de respaldo bajo y altos y duros reposabrazos, y frente a este una mesa baja y alargada de madera. Por último, en el centro de la estancia había una camilla articulada, con estribos en un extremo a los que estaban sujetas dos esposas de cuero negro con hebillas para ajustarlas a los tobillos.

—No cabe duda de que van a disfrutar muchísimo aquí —murmuró Karol sintiendo como él mismo comenzaba a excitarse.

Echó una mirada al reloj de su muñeca y parpadeó asombrado al ver el tiempo que había perdido recreándose la vista. Echó un último vistazo a la estancia, asintió satisfecho con la cabeza, y abrió la puerta de la mazmorra con la intención de ir a su refugio privado en la segunda planta.

No pudo salir.

Sus amigas estaban en la iluminada galería, frente a él, con sus roles ya asumidos. Alba llevaba un insinuante abrigo negro de piel sintética, largo hasta los tobillos y cerrado hasta el cuello, que ocultaba por completo las ropas que vestía, o no, bajo este. Completaban su atuendo unas ajustadas botas negras de altísimo tacón de aguja. Elke, al contrario que su compañera, se había vestido con un sugerente vestido rojo que no ocultaba sus pezones endurecidos, evidenciando que no llevaba sujetador, y posiblemente tampoco bragas.

—¿Adónde te crees que vas? —le interceptaron antes de que abandonara la mazmorra.

—Pretendía retirarme a mi habitación, si mis señoras lo encuentran oportuno —declaró burlón haciendo una floreada reverencia—. Estáis preciosas —susurró besando los nudillos de cada chica antes de continuar su camino.

—No, no lo encontramos oportuno —replicó Alba asiéndole por la muñeca e impidiéndole la retirada.

—¿Cómo dices? —inquirió Karol mirándolas atónito.

—No puedes subir a tu habitación. Tienes que quedarte con nosotras —le reclamó.

—Me temo que eso no va a ser posible. Tengo asuntos por atender que no admiten dilación —se excusó intentando zafarse del agarre de Alba. La joven no lo soltó.

—¿Qué asuntos son tan importantes como para no asistir a la inauguración? —inquirió Elke con los ojos entrecerrados.

—Lo más apremiante que debo resolver es mi olor corporal, quizá no os habéis dado cuenta, pero no huelo exactamente a rosas... —explicó tirando de la sudada

camiseta—. He aquí el efecto secundario de pasar toda la tarde subiendo y bajando las escaleras.

—Dúchate en el baño de la mazmorra —le ordenó Alba con su voz de dómina.

—Sí, nos servirás de aperitivo —murmuró Elke en tono sugerente señalándole el sofá rojo que había en un extremo.

—Un aperitivo muy soso, me temo —replicó él, divertido—. Cómo sabéis, no participo en juegos que impliquen contacto, me limito a oler.

—Y a mirar —apuntó Elke descorriendo las cortinas que ocultaban la pared de espejos.

Karol jadeó sin poder evitarlo, las chicas estaban muy excitadas, lo que a su vez le excitaba a él. Pero aun así, estaba determinado a que estrenaran solas la mazmorra.

—Es difícil resistirse a tan magnífico regalo, pero aun así debo rechazarlo, por ahora. Más tarde me uniré a vosotras desde el otro lado del espejo. —Señaló la sala que había tras la pared de espejos.

—Como quieras, pero llevamos todo el mes follando en todas y cada una de las habitaciones del templo; has tenido que olerlos por narices —exclamó—. ¡Es inconcebible que tengas remilgos a estas alturas!

—Y no los tengo, bella dama —dijo abandonando la estancia.

—Él se lo pierde —musitó Elke entrando en la mazmorra. Un suave clic tras ella le avisó de que Alba acababa de cerrar la puerta. Se giró sonriente y se detuvo petrificada al verla—. ¡Joder, estás buenísima!

—¿Así es como te he enseñado a dirigirte a mí? —la recriminó con voz severa.

—No... —farfulló Elke embelesada. Alba se había desabrochado el abrigo y bajo este podía verse la escueta y ajustada minifalda de cuero rojo, una blusa de seda, también roja, con los botones desabrochados y atada a la cintura con un simple nudo que casi dejaba ver sus pezones sonrosados.

—¿No, qué?

—No, dómina —se apresuró a añadir Elke.

—Eso está mejor. Que no se te vuelva a olvidar —la exhortó con seriedad—. Quítame el abrigo y colócalo sobre el sofá. Luego desnúdate y arrodíllate en el centro de la habitación con las piernas muy separadas, las manos con las palmas hacia arriba sobre los muslos y la cabeza inclinada. —Elke obedeció con rapidez—. A partir de ahora, cada vez que entre en la mazmorra quiero encontrarte tal y como estás ahora. Recuérdalo.

—Sí, dómina.

Alba caminó alrededor de Elke, recreándose en su belleza sumisa y exuberante, aumentando su impaciente excitación con cada golpe de tacón en el suelo hasta que la alemana exhaló un tenue gemido. Una pícara sonrisa se dibujó en sus labios antes de dirigirse, por fin, a los ganchos de la pared que sostenían las cuerdas. Eligió una roja, de poco más de doce metros de largo y con un diámetro de ocho milímetros, lo

suficientemente gruesa para no cortar la circulación, y lo suficientemente fina para poder manejarla sin dificultades.

—Alza los brazos por encima de tu cabeza...

Karol, descalzo y vestido únicamente con unos pantalones de pijama de raso rojo, entró en la antecámara que daba a la mazmorra de Alba e introdujo la clave en el panel metálico que había junto a la puerta de su sala privada. Se había dado una larga ducha y luego había intentado leer un libro, decidido a dejar a sus amigas tiempo suficiente para disfrutar de su inauguración, pero al final el deseo, tal y como siempre le sucedía desde que era un adolescente, le había incitado a bajar al sótano y oler lo que allí estaba aconteciendo.

Acabó de marcar la clave numérica, abrió la puerta de la sala que había tras los espejos y penetró sigiloso en ella. Lo que vio a través de estos le provocó una imperiosa y rígida erección.

Elke apenas si apoyaba las puntas de los pies en el suelo, tenía los brazos alzados por encima de su cabeza y sus muñecas estaban sujetas por una cadena a una de las poleas del techo. Alba había dibujado sobre su cuerpo una red a partir de una soga de doble cabo atada a su cuello a la que había hecho cuatro nudos, el primero sobre la clavícula, el segundo entre sus pechos, el tercero bajo el ombligo y el último en el pubis. A continuación la cuerda se introducía tensa entre los labios vaginales, con un pequeño nudo sobre el clítoris, para luego emerger entre las nalgas, ascender recta por la espalda con cuatro nudos, y acabar atada con tirantez al extremo de la soga que rodeaba su cuello. Para completar la red, Alba había usado otra cuerda que había cruzado entre los nudos del torso y la espalda, formando perfectos rombos rojos en el cuerpo de su pareja. Y, no contenta con ese precioso dibujo, había separado las piernas de Elke con una barra de metal anclada a los aros de unas esposas de cuero que había ajustado a sus tobillos. La escena poseía una belleza fascinante.

En ese mismo instante, Alba se colocó tras su amiga, pisó la barra separadora de tal manera que quedó inmovilizada entre el tacón y la planta de su bota, y comenzó a deslizar un vibrador de silicona rojo sobre sus pezones mientras susurraba algo en su oído. Karol, incapaz de apartar la mirada de tan bella estampa, dio un par de pasos atrás hasta que sus pantorrillas chocaron contra el diván. Se derrumbó sobre él, y hundiendo la mano bajo el raso rojo de sus pantalones, comenzó a acariciarse la polla con lentitud mientras se sumergía en el embriagador aroma de la pasión que emanaba de ambas mujeres.

Se frotó el glande con la palma, extendiendo las lágrimas de semen que emanaban de la uretra a la vez que observaba el rostro transformado por la pasión de Elke. Esta jadeaba excitada mientras el vibrador iba recorriendo con lentitud su vientre, el interior de sus muslos, el envés de las rodillas... para luego ascender con igual parsimonia.

—No quiero que salga un solo gemido de tus labios, y no puedes correrte —ordenó Alba antes de subir la intensidad del vibrador y colocarlo sobre el nudo rojo que friccionaba su clítoris.

Elke adelantó las caderas a la vez que apretaba con fuerza los labios. Alba, como premio, comenzó a pellizcarle los pezones con la mano libre, haciendo que se estremeciera sollozante.

Karol se aferró la polla con una mano y se masturbó con fuerza, inmerso en la escena que ante él representaban las dos mujeres mientras que con la otra manejaba sus testículos. Aumentó la velocidad de sus movimientos conforme la excitación de Elke se acrecentaba y las sacudidas de su cuerpo se hacían más fuertes, más continuadas. La alemana estaba al borde del éxtasis.

—Y no es la única —musitó Karol sintiendo como sus testículos se endurecían palpitantes. Inhaló profundamente, percibiendo que Alba tampoco se quedaba atrás.

—Recuerda, no puedes correrte —la escuchó decir otra vez.

Karol observó a Elke, y pensó que iba a ser casi imposible que cumpliera la exigencia de la joven. Tenía el rostro deformado por el placer, las lágrimas recorrían sus mejillas y su boca temblaba por la fuerza con que la apretaba. Y en ese preciso instante, Alba posó sobre los labios de Elke el dedo corazón de la mano con la que le había torturado los pezones. Esta se apresuró a abrir la boca y succionarlo con avidez mientras todo su cuerpo temblaba ante el inminente y prohibido orgasmo. Y de repente, Alba se apartó, llevándose consigo el vibrador que hasta hacía un segundo presionaba el nudo sobre el clítoris.

—Puedes gritar... pero no correrte —le advirtió, benévola.

Y Elke lo hizo. Exhaló un jadeo desgarrado a medio camino entre un gemido de frustración y un grito de rabia.

—Tranquila, lo has hecho muy bien... —la halagó Alba acariciándole el pelo—. Si pudieras ver lo hermosa que estás ahora mismo... eres preciosa —murmuró dándole un sutil beso antes de apartarse e ir a la nevera. Regresó con una bebida energética que le ofreció con ternura—. Bebe, lo necesitas. Date tiempo para recuperarte un poco —siguió murmurando sin dejar de acariciarla con cariño infinito.

Cuando Elke acabó de beber, Alba se tomó lo que quedaba de la bebida y, tras dejarla sobre la mesa baja, regresó junto a Elke y le susurró algo al oído. La alemana sonrió ampliamente y asintió con la cabeza. Su mirada fija en la pared de espejos.

Alba volvió a besarla en los labios y acto seguido caminó hasta los espejos y los golpeó suavemente con los nudillos.

—Karol, ¿estás ahí?

Karol detuvo su mano, petrificado por la pregunta. Eber y Sofía jamás intentaban averiguar si les estaba observando o no. Simplemente, abrían las cortinas en caso de que les apeteciera pensar que podía verles.

—Vamos, no seas tímido... deja que te veamos.

Se colocó los pantalones para que cubrieran su erección y encendió las luces de la pequeña sala, tornando transparentes los espejos de la mazmorra.

—Oh, ya veo que te gusta lo que ves —afirmó Alba, observando complacida el enorme bulto que se marcaba en la entrepierna del polaco—. Únete a nosotras —le instó.

Karol dirigió su mirada a Elke, y esta se apresuró a asentir con la cabeza.

—Como deseéis, pero tened presente que entre mis obligaciones como anfitrión no se cuenta la de convertirme en un consolador de carne y hueso.

—Ya lo sabemos —aceptó Alba divertida—, solo queremos compartir este momento contigo... y de paso recrearnos un poco la vista.

Karol frunció el ceño y abandonó la sala para un instante después entrar en la mazmorra.

—¿Recrearos la vista? —preguntó.

—Queremos verte desnudo —expuso Alba sin ningún pudor. Karol arqueó una ceja, desconcertado—. Oh, vamos, no te irás a mostrar tímido a estas alturas.

—En absoluto —replicó el polaco—, solo me sorprende vuestro repentino interés. ¿A qué es debido?

—Ya sabes que somos unas chicas muy curiosas —desestimó Alba dándole la espalda para dirigirse hacia Elke, a la que guiñó un ojo con picardía. Esta sonrió ligeramente antes de volver a mostrarse circunspecta—. Entonces, qué, ¿te veremos la polla o no?

—¿Por qué no? —aceptó él encaminándose hacia el sofá de piel—. Pero a cambio quiero algo.

—Vaya, el muchachito está exigente —replicó Alba burlona antes de añadir con su tono de dómina—. Di qué quieres, y si me agrada, lo aceptaré.

—Quiero ver cómo Elke te lleva al orgasmo. Con la lengua.

Alba arqueó una ceja, esbozó una leve sonrisa y asintió con la cabeza.

—Adelante pues. —Karol se acomodó en el sofá, el pie derecho en el suelo, el izquierdo sobre el asiento, la rodilla izquierda apoyada en el reposabrazos y las piernas separadas, mostrando la erección que ocultaban los pantalones.

—¿No crees que te sobra algo? Ya sabes, algo rojo, de raso, con perneras...

—Cuando obtenga lo que me has prometido —la desafió Karol apoyando un codo sobre la rodilla doblada para acariciarse el interior del muslo con las yemas de los dedos.

—Sabe jugar —musitó Elke sorprendida al escuchar el tono de voz del polaco. No era burlón ni suave, como acostumbraba, sino que se asemejaba mucho al de Alba cuando asumía el rol de dómina.

—Por supuesto —aseveró él antes de dirigir la mirada a Alba—. Estoy esperando.

—Y seguirás haciéndolo —le respondió Alba mirando a Elke—. Su placer está antes que el tuyo —afirmó cogiendo unos mosquetones de la estantería antes de ir junto a la alemana.

Karol esbozó una sonrisa complacida al ver a la joven dómina acariciar y besar a su sumisa, dejándole a él de lado y demostrándole así a Elke quién era más importante para ella.

—Puedes con ello, claro que sí —le dijo Alba a su amante mientras acariciaba con los dedos las cuerdas que se internaban en su vulva—. Solo tienes que aguantar un poco más y serás perfecta —la instó antes de besarla.

Elke respondió hambrienta a su beso.

Karol cerró los ojos y se sumergió en la pasión de Elke. Esta se había sosegado durante la conversación, pero en el mismo momento en el que Alba volvió a prestarle toda su atención, su excitación había aumentado hasta asemejarse a un volcán a punto de explotar. Dudaba de que pudiera resistir mucho tiempo más sin correrse.

—Karol, coloca la camilla debajo de Elke —le ordenó Alba en ese instante.

Se apresuró a obedecer, estaba deseando ver qué tenía pensado.

Alba manipuló la polea de la que colgaba la alemana hasta que su trasero reposó en el mismo borde de la camilla, y dejó los mosquetones sobre esta.

—Te voy a soltar las manos —le explicó—. No te voy a dejar caer. —Elke asintió confiada—. Te ayudaré a tumbarte hasta que tu espalda toque la camilla, y luego te alzaré las piernas para enganchar con los mosquetones los aros de las esposas de tus tobillos a los de tus muñecas, sin quitar la barra que separa tus piernas. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, dómina.

Alba sonrió y procedió a hacer exactamente lo que había descrito. Cuando terminó, Karol pudo comprobar que el sexo y el trasero de Elke quedaban totalmente expuestos, excepto por la cuerda roja que se internaba entre los labios vaginales y las nalgas. Excitado, posó la palma de la mano sobre su polla, por encima de la tela, y comenzó a frotarse con mucha lentitud.

Alba observó su creación mientras recorría con las yemas la cuerda, cada vez más oscura por los fluidos que emanaban de la vagina, síntoma inequívoco del grado de excitación de Elke. Sin dejar de jugar con los dedos sobre el sexo depilado de la alemana, se inclinó sobre sus pechos y mordió sus pezones, primero uno, después el otro, tirando de ellos un poco más cada vez, apretándolos entre sus dientes a la vez que los calmaba con la lengua.

Elke se contorsionaba contra la mano que acariciaba su coño, contra la boca y los dientes que la torturaban excitantes, contra la lengua que convertía el leve dolor en intenso placer. Sentía su vagina agitarse expectante y los labios de su sexo cerrarse sobre las cuerdas y los dedos que las recorrían. Su clítoris hinchado palpitaba próximo a un orgasmo en el que ella no se permitía caer.

—Por favor..., dómina. Por favor... por favor... —jadeaba una y otra vez.

Y cuanto más jadeaba, más rápido friccionaba Karol su polla, hechizado por el olor que penetraba en su nariz y le hacía gemir incontenible.

—Aguanta un poco más, lo estás haciendo muy bien. Eres tan hermosa, tan perfecta... —le respondía Alba—. Me estás complaciendo tanto...

Y a cada respuesta de Alba, su aroma se hacía más potente, y Karol levantaba más las caderas, mientras apretaba suavemente sus testículos por encima de la tela del pantalón.

Alba continuó creando magia sobre el cuerpo de su amante, inmovible ante sus ruegos, hasta que Elke arqueó la espalda, abrió mucho los ojos y los labios y dejó de jadear. Inmóvil. Todos los músculos de su cuerpo tensos, luchando contra el éxtasis que comenzaba a abrirse paso en su interior. Alba se alejó de sus pechos para arrodillarse en el suelo, frente al sexo expuesto de la alemana, metió un dedo bajo las cuerdas que descendían por su vientre, alzándolas y separándolas de la piel. Acto seguido cogió una afilada navaja que había en la bandeja bajo la camilla y cortó las cuerdas apartándolas de la vulva hinchada de su amante.

—Puedes correrte —susurró.

En el mismo momento que Elke comenzó a convulsionar por el orgasmo, la penetró con dos dedos y comenzó a devorar su clítoris con firmeza.

La mazmorra se llenó con el exquisito aroma de la excitación que emanaba de la alemana, colapsando los exaltados sentidos de Karol. Aferró su polla envuelta en raso y se masturbó frenético, incapaz de contenerse, hasta que su propio orgasmo estalló devastador.

Cuando su respiración se normalizó y pudo enfocar de nuevo la mirada, o al menos la del ojo izquierdo, ya que la del derecho jamás se enfocaba por completo, observó a Alba y a Elke. Y se sintió orgulloso de poder llamarlas amigas.

Alba había quitado la barra que separaba las piernas de Elke y soltado los mosquetones que ligaban sus muñecas a sus tobillos para luego ayudarla a tumbarse con comodidad en la camilla. En esos momentos yacía junto a ella, le acariciaba con ternura el rostro y susurraba palabras de amor en su oído mientras la alemana se acurrucaba contra ella, con el cuerpo todavía estremeciéndose por el orgasmo.

El amor que había entre ellas se notaba en sus miradas esclavas, en sus susurros cautivos, en sus caricias subyugadas, en la ternura que encadenaba sus cuerpos.

Karol cerró los ojos, avergonzado por la envidia que latía en sus venas instándole a desear lo que ellas en esos momentos tenían. Inspiró profundamente y abrió los ojos para mirarlas con fascinada admiración y respetuosa veneración. Que esas maravillosas mujeres le considerasen su amigo, era un privilegio que no alcanzaba a comprender cómo había logrado.

Se levantó del sofá, tomó un par de botellas de agua de la nevera y caminó hasta ellas mientras paladeaba esa palabra, amigas, en una letanía silenciosa y reverente.

Dejó las botellas en la camilla, junto a las cabezas de las jóvenes, y emprendió la retirada hacia el sofá.

—Karol —le llamó Elke con voz trémula. Él se giró mirándola con cariño—. ¿Te ha gustado? —musitó insegura.

Karol sonrió, se acercó hasta ella para a continuación arrodillarse y pegar los labios a su oído.

—Me has regalado la escena más bella que he tenido el privilegio de presenciar jamás, tu orgasmo ha sido el más preciado que me han otorgado nunca, y tú has sido, sin ninguna duda, la mujer más hermosa a la que he tenido el placer de contemplar —susurró.

—Y tú eres el mejor amigo, y el más adulator, que tendré jamás —le respondió Elke con orgullo no disimulado.

—No te equivoques, pequeña, no te estoy adulando, y buena prueba de ello es que he manchado mis pantalones... y eso es algo que me ha ocurrido muy pocas veces en mi vida.

Elke esbozó una radiante sonrisa antes de tomar su nuca con una débil mano para instarle a que se acercara y besarlo con cariño en la frente.

Karol cerró los ojos, deleitándose con el beso y las caricias que lo acompañaron y que hicieron que un leve escalofrío subiera por su cuello, y luego se retiró un par de pasos.

—No estarás pensando en irte —lo amonestó Elke con los ojos entornados—. Aún nos debes una miradita...

—Yo siempre cumplo mis promesas —aseveró caminando hasta el sofá.

Una vez allí se colocó de espaldas a ellas, y se deshizo de los pantalones, mostrándoles una panorámica de su trasero.

—Bonito culo —comentó Alba observándole con atención. En contra de lo que parecía cuando estaba vestido, Karol tenía un hermoso cuerpo, muy delgado pero a la vez fibroso, con los músculos perfectamente dibujados bajo la piel. Y su trasero no era una excepción—. Date la vuelta y déjanos verte la polla —le ordenó.

—Aún no has cumplido tu parte del trato —replicó Karol burlón a la vez que se sentaba con un pie sobre el asiento, y el otro en el suelo, con las piernas muy separadas y una mano colocada estratégicamente sobre su sexo. Mostrando únicamente un esbozo de su pubis depilado.

—Eres un hueso duro de roer —murmuró Elke.

—Yo creo que es tímido —rebatió Alba—, le da vergüenza dejarnos ver su polla porque sabe que no es tan bonita como tus tetas y tu coño, y no quiere que haga comparaciones —dijo ladina mientras comenzaba a acariciar a Elke.

—Y a eso debo añadir que ahora mismo mi polla muestra una irritante flacidez por vuestra culpa. Si no fuerais tan hermosas, no habría manchado los pantalones y tendría bastante con lo que sorprenderos —comentó Karol divertido.

—Ya crecerá —aseveró Alba bajándose de la camilla—. ¿Qué me dices, Elke? ¿Estás preparada para ponerlo tan cachondo que no pueda ni respirar?

—Sí, dómina. —Elke se apresuró a situarse de rodillas en el suelo, en la postura que Alba le había indicado al principio de la tarde.

—Eres tan hermosa —susurró Alba elevándole la barbilla con los dedos para que la mirara a los ojos—. Te miro y me pongo tan caliente que solo puedo pensar en lo bien que encajará tu lengua en mi coño...

Karol observó a las dos mujeres. Inmóviles. Una de rodillas, la otra erguida sobre sus imposibles tacones, follándola con palabras susurradas y miradas acariciantes. Excitándola con órdenes aún no pronunciadas y fantasías todavía no soñadas.

—Me complaces tanto... te voy a otorgar privilegios de piel, sé que no me defraudarás. Te permitiré tocarme, besarme y lamerme... Y lo harás tal y como te diga.

—Solo como desees, dómina —musitó Elke con los ojos vidriosos, excitada por la confianza que su ama depositaba en ella.

—Desnúdame.

Elke obedeció la orden con respetuosa vehemencia. La liberó de la falda y la blusa, y dobló con reverencia las prendas para luego colocarlas con cuidado sobre la camilla, ganándose la sonrisa aprobadora de Alba y una leve caricia sobre sus mejillas. Luego Alba se dirigió al sofá para sentarse en el extremo desocupado. Recostó la espalda contra el alto reposabrazos y posó uno de sus pies en el suelo e hincó el fino tacón de aguja del otro en el asiento, la afilada puntera de la bota rozando los dedos desnudos del pie de Karol.

Elke se colocó de rodillas frente a su dueña, a la espera de la siguiente orden.

—¿Cómo puede darte placer mi esclava? —le preguntó Alba a Karol. Este entrecerró los ojos, pensativo, antes de decidirse a hablar.

—Me gustaría, si tú lo permites, que dibujara su nombre con la lengua en tus muslos...

—Ya lo has oído, Elke.

—Ahora escríbelo en su vientre, pero mantén las manos en la espalda —le exigió Karol a la alemana cuando esta obedeció su orden.

Y le siguió dando instrucciones para que decorara la piel de su dómina. La instó a trazar su nombre con saliva sobre los brazos de Alba, en sus caderas, en sus costados... Le exigió que, aún arrodillada, reptara sobre el cuerpo de la joven ama hasta su cuello para esbozar las letras con besos, logrando de esa manera que el vientre y los pechos de la alemana se frotaran contra el pubis y el torso de Alba.

—Esboza la «E» sobre el pecho izquierdo de tu ama rodeando el pezón —le ordenó—, la «L» y la «K» en la clavícula, y la última «E» en el seno derecho...

Y ella obedeció, rozando con sus mejillas sin poder evitarlo los pezones erectos. Y mientras Elke acataba con entusiasmo cada mandato, Alba se mantenía inmóvil, luchando por controlar su cada vez más acelerada respiración sin desviar la mirada de los ojos desafiantes de Karol. Este no se molestaba en intentar ocultar la excitación que le provocaba la escena que acontecía ante él ni el colapso que en sus sentidos provocaba el lúbrico aroma que emanaba del cuerpo de ambas mujeres. Inhalaba lenta y profundamente para luego soltar el aire en resuellos entrecortados, y mientras

lo hacía, la mano que ocultaba su polla erecta presionaba contra ella sin descubrirla en ningún momento, mientras que con la otra se pellizcaba las tetillas alternativamente.

Alba se mordió los labios para no gemir mientras maldecía en silencio a Karol. El polaco tenía un control de su cuerpo admirable... Un control que ella estaba perdiendo por momentos.

—Elke —jadeó antes de conseguir dominar el tono de su voz—. Cómeme las tetas.

Y Elke lo hizo. Chupó cada pezón ungiéndolo en saliva para al momento siguiente apresarlos entre sus dientes y succionarlos con fuerza, haciendo que Alba elevase las caderas en un espasmo que fue acogido por una ladina sonrisa de Karol, que por supuesto, siguió presionando con la palma de la mano su polla, ocultándola de la mirada de las chicas.

—Quiero verle la polla —gruñó Alba a la vez que asía la larga melena rubia de Elke y tiraba de ella para que devorara su coño.

Y en el mismo momento en que la lengua de la alemana penetró con fuerza en su vagina, Karol envolvió con los dedos su polla y comenzó a masturbarse con insidiosa parsimonia, mostrándoles por fin su envergadura. Y era una polla admirable. Gruesa y larga, ligeramente curvada hacia la izquierda, con abultadas venas que la recorrían en todo su tallo y un glande terso y rosado que pedía a gritos ser chupado. Casi envidiaba a la mujer que conseguiría hacerle caer de rodillas, porque si de algo estaba segura Alba era de que antes o después Karol se daría de bruces contra lo que había decidido no seguir buscando.

Cerró los ojos y gimió con fuerza cuando sintió la lengua de su amante rozarle el clítoris para luego apresarlo entre sus labios y golpearlo rápidamente antes de succionarlo. Sus caderas se levantaron de nuevo del asiento y sus piernas amenazaron con cerrarse mientras un poderoso orgasmo se iba formando en su interior. Un orgasmo que hizo que los párpados de Karol cayeran y sus fosas nasales se dilataran con cada inspiración.

Tiró del mechón de pelo que todavía mantenía entre sus dedos, haciendo que Elke alejara la cabeza de su vulva y la mirara, y entonces señaló al polaco, instándola a que le observara.

Elke parpadeó un par de veces hasta que consiguió enfocar la mirada, sonrió y mirando con picardía a Alba, le guiñó un ojo.

—Méteme los dedos y frótame el clítoris con el pulgar —le ordenó Alba en ese momento, permitiéndole así que siguiera examinando la polla de Karol, necesitaba de su ojo clínico para lo que tenían pensado hacer—. Karol, separa más las piernas, quiero verte bien...

Karol enarcó una ceja e hizo lo que le ordenaban, mostrando su escroto lampiño y sus testículos alzados y endurecidos.

—Cógete la polla con las dos manos —le instó Alba con voz entrecortada mientras Elke la penetraba con tres dedos sin dejar de frotarle el clítoris con el pulgar —. Vamos, hazlo —reiteró su orden al ver que Karol continuaba masturbándose ignorando su petición.

—¿Por qué tanto empeño? —El polaco la miró con los ojos entrecerrados.

—Tengo curiosidad, quiero saber cómo es de grande.

—Nada fuera de lo normal, no llega a los diecinueve —explicó obediéndola al fin.

Alba estrechó los ojos, lo observó calculadora y luego miró a Elke, esta asintió con la cabeza, sonriendo. Acto seguido, Alba tiró con suavidad de su pelo dirigiéndola de nuevo hacia su sexo...

Karol miró pensativo a sus amigas, intuía que se traían algo entre manos, aunque no tenía ni idea de qué podía ser. Intentó dilucidar sus intenciones, pero se olvidó de todo cuando Elke posó su boca sobre el sexo de Alba y comenzó a lamerla. La esencia que emanó de ambas mujeres le golpeó de lleno, haciendo que sus manos tomaran vida propia. Elevó las caderas y llevó una mano a sus testículos, masajeándolos con la palma mientras que se acariciaba el perineo con las yemas de los dedos. La otra mano ascendió hasta el glande para apretarlo levemente y volver a descender con rapidez, envolviendo el tallo de la polla con fuerza entre sus dedos, en un movimiento veloz que mantenía el mismo ritmo que su acelerada respiración. Se masturbó inmerso en el coro de gemidos que escapaba de los labios de sus amigas, uniendo los suyos a la erótica melodía mientras la esencia del orgasmo femenino inundaba su pituitaria. Abrió los ojos, luchando contra el éxtasis que se abatía sobre él, y contempló embelesado el amor que se dibujaba en el rostro de Alba mientras miraba a Elke. Amor al que esta correspondía con idéntica devoción.

Sonrió complacido y cerró los ojos. Un instante después todo su cuerpo se tensaba y el cálido y espeso semen de su eyaculación se derramaba sobre su vientre.

Madrugada, sábado 24 de octubre de 2009

—Es una pena que seas tan cabezota, me apetece mucho follar con un tío —le comentó Alba a Karol mientras se servía un poco de pastel de carne.

Ella y Elke se habían quedado a cenar en el Templo, tras hacer buen uso de la mazmorra.

—No insistáis más, con una vez he tenido suficiente para toda la vida. Tanto amor flotando en el aire y colándose en mi nariz es pernicioso para mi salud —replicó Karol con sinceridad. Las chicas estaban empeñadas en que las acompañara en sus juegos, y él, después de esa primera vez, se había negado en rotundo.

Había sido maravilloso, sí. Pero también doloroso. El aroma de la pasión mezclado con las miradas de amor que ambas se dedicaban era un recordatorio

constante de la esterilidad que lacraba, y lacraría siempre, su vida. No necesitaba estar con ellas y mirarlas para gozar del orgasmo, prefería como mucho un distante y controlable placer, que volver a sentir el indeseado anhelo que tanto luchaba por no experimentar. Además, mucho se temía que las chicas, al igual que Eber, habían descubierto la vulnerabilidad que habitaba en su corazón y que por eso insistían tanto en que las acompañara. Porque estaban decididas a tentarle hasta que acabara claudicando y volviera a buscar lo que antaño tanto había deseado... ¡Ingenuas! Había aprendido bien la lección, el amor no se busca, se encuentra. Solo unos pocos afortunados obtenían ese preciado don. Y él no se contaba entre ellos.

—El amor no es pernicioso para la salud —masculló Elke pinchando la ensalada.

—Para la de los demás puede que no, para la mía sí. Soy alérgico a él —aseveró burlón.

—Eres un hombre maravilloso, Karol —repuso Alba con vehemente seriedad—, y un día no muy lejano alguien se dará cuenta de lo especial que eres y...

—¿No encuentras la ensalada un poco sosa? —la interrumpió Karol levantándose de la silla y dirigiéndose a la cocina.

Alba emitió un quedo gruñido ante la descarada huida del polaco.

—Mira que es terco —se quejó Elke frunciendo el ceño. Su amigo tenía la maldita costumbre de salir huyendo cada vez que ellas intentaban hacerle ver que antes o después encontraría a alguien a quien amar, y que le amara. Empezaba a entender la desesperación de Eberhard, pues a él le hacía lo mismo.

—¿Le habéis contado a Sara que estáis juntas? —les preguntó a su regreso.

—No... Y deberíamos hacerlo —musitó Elke—. Cada vez es más difícil mostrarnos solo como amigas cuando estamos en casa pero... Es complicado.

—Decir la verdad siempre parece complicado, pero en realidad no lo es. Solo hay que empezar a hablar.

Ambas mujeres se miraron y asintieron con la cabeza antes de quedarse en silencio.

—Karol... —dijo Alba poco después—, Elke y yo hemos estado hablando. —Miró a su amiga, y esta asintió, instándola a hablar—. Queremos que sepas que jamás se nos ocurriría preguntarte si podemos traer aquí a alguien de quien no estemos enamoradas, sería como mancillar la misma esencia del templo, pero... y si nos enamoramos de alguien...

—Hace tiempo que esperaba esa pregunta —dijo levantándose de nuevo para ir hasta uno de los muebles que había en el salón. Cuando regresó llevaba una cajita de terciopelo rojo en la mano—. Quizá esto responda a vuestra pregunta.

Elke la abrió intrigada bajo la atenta mirada de Alba. Contenía tres sencillos aros de oro. Tres pendientes, en realidad.

—Es uno para cada una de vosotras, algo así como una alianza, pero solo vosotras sabréis lo que significa.

—¿Y el tercero? —preguntó Alba con curiosidad.

—Cuando encontréis a alguien que os ame, y a la vez sea digno de vuestro amor, dádselo y el Templo abrirá sus puertas para él —aseveró Karol.

—¿Te he dicho alguna vez que eres maravilloso? —le preguntó Alba acercándose a él y dándole un sonoro beso en cada mejilla.

—Más de las necesarias... —musitó él un poco turbado.

—No seas tonto y déjate mimar —le retó Elke divertida, para luego imitar a su amiga y darle un cariñoso abrazo.

Y Karol se dejó mimar. Y disfrutó de sus mimos. Sonrió risueño cuando le revolviéron el pelo y cuando casi le dejaron sin respiración al abrazarle con fuerza las dos a la vez. Se rio a carcajadas cuando las pícaras manos de Alba se colaron bajo su camisa y le hicieron cosquillas. Y no se defendió más de lo estrictamente necesario cuando Elke se sentó en el suelo y le aferró los tobillos para que Alba pasara sus dedos, sutiles como plumas, por la planta de sus pies, pero cuando las chicas pasaron a sus axilas, no le quedó más remedio que contraatacar. Acabaron los tres en el suelo, revolcándose entre risas y cosquillas, hasta que las chicas, tramposas como eran, lo inmovilizaron en el suelo y no le quedó más opción que rendirse.

—Reconoce que te gustan los mimitos —le ordenó Alba, sentada a horcajadas sobre su torso y con las rodillas sobre sus brazos.

—Lo reconozco, me gustan... —musitó él, intentando zafarse.

—Reconoce que somos las mejores amigas que has tenido nunca —dijo Elke, con las piernas del polaco firmemente envueltas entre sus brazos.

—No hace falta ninguna tortura para eso. Sois las mejores amigas que nadie puede tener —aseveró él con seriedad.

—Y... prométenos que vas a aceptar el regalo que vamos a hacerte —le exigió Alba apartándose de él, a la vez que Elke soltaba sus piernas.

—¿Un regalo? —murmuró asombrado—. ¡No tenéis que hacerme regalos! —protestó.

—No te quejes tanto, te va a encantar —aseguró Elke dándole un golpecito en el estómago.

—No es tan bonito ni valioso como el tuyo... pero lo hemos hecho con todo nuestro cariño —murmuró Alba sacando una cajita de su bolso y tendiéndosela.

Karol la tomó, sin dejar de mirar a las chicas de reojo. No podía creer que le hubieran regalado algo. Y no tenía ni idea de qué podía ser. La desenvolvió lentamente y parpadeó asombrado al ver lo que contenía.

—Recuerdas el día que nos conocimos... —murmuró Alba—, dijiste que te gustaría tener uno. —Karol asintió boquiabierto—. Lo hemos hecho para ti. Espero que te quede bien ajustado, tomamos las medidas a ojo...

—¿Cuándo? —musitó estupefacto, que él supiera no le habían medido la polla.

—Cuando estrenamos la mazmorra —reveló Elke con una enorme sonrisa—. ¿Por qué crees que te dijimos que te la agarraras con las dos manos? Era mucho más sencillo tomar la medida de tus manos que de tu polla.

—La verdad es que lo pusiste muy fácil... incluso nos diste la medida aproximada —explicó Alba divertida—. ¿No quieres verlo mejor?

—Sí. Por supuesto... —murmuró Karol sacando el arnés de la caja.

Era en realidad una gruesa cinta de cuero, de poco más de diecisiete centímetros de largo y con pequeños remaches en el centro, de los que salían estrechas correas del mismo material, de unos dieciséis de longitud, excepto la última que tendría unos dieciocho centímetros. Cada una de las correas acababa en un botón redondo y plateado. Karol unió cada botón con su correspondiente remache, transformando las cintas de cuero en un largo y estrecho brazalete del que colgaba la última tira.

—Con esa tienes que rodearte los huevos, así, por mucho que te toques, no podrás deshacerte del arnés —le informó Alba, señalando la correa más larga—. Debes ponerte el arnés cuando estés casi empalmado para que quede bien. Si lo haces cuando la polla está flácida, no se ajustará y cuando te pongas duro quedará descolocado, y si esperas a estar totalmente erecto, no podrás apretar bien los remaches, ¿lo has entendido?

—Sí. ¿Lo has hecho tú? —La miró con asombrada reverencia. Ella asintió—. Es sublime.

—Entonces... ¿Te gusta? —inquirió Elke entusiasmada.

—Sí. Es... no sé qué decir —musitó acariciando el cuero—. Es la primera vez que alguien hace algo para mí... es más que un regalo —murmuró sin mirarla—. Nunca nadie se ha molestado en averiguar qué me gusta o qué deseo, mucho menos en malgastar su tiempo y crear con sus propias manos algo tan perfecto para mí. No creo ser merecedor de este obsequio.

—Karol, no hemos malgastado nuestro tiempo, en absoluto —replicó Alba acercándose a él para abrazarlo—. Y por supuesto que sí eres merecedor de este regalo, y de cualquier otro. Lo mereces todo.

—¿Tú crees? —preguntó aún sin mirarla mientras apretaba con fuerza el arnés entre sus dedos. Como si temiera que se lo fueran a quitar. Era la primera vez que alguien le regalaba algo hecho exclusivamente pensando en él, y era el más valioso de los tesoros.

—Por supuesto —aseveró Elke uniéndose al abrazo que le daba Alba.

—Me siento... abrumado. Disculpadme —susurró intentando levantarse... y huir.

—Ah, no. No te vamos a dejar escapar. Te vas a quedar con nosotras y vas a escuchar todas tus virtudes hasta que se te pase la tontería y comiences a creer en tus posibilidades, y luego, si sigues con esa cara tan embobada, te haremos cosquillas hasta que vuelvas a sonreír —sentenció Alba aferrándolo con más fuerza.

Y Karol se quedó con ellas. Escuchó lo maravilloso que era, e incluso sonrió cuando las chicas inventaron a la mujer perfecta para él y le narraron con pelos y señales cómo iba a caer rendida ante él... y él ante ella.

Lunes, 2 de noviembre de 2009

—¿No te aburres de hacer tantas cuentas? —le preguntó Elke a Karol al entrar en la oficina de Sueños y verlo inclinado sobre el escritorio revisando las cifras que aparecían en el monitor, tal y como venía siendo habitual desde que abriera la discoteca hacía poco más de una semana.

—En absoluto. Hacía dos años que no me preocupaba de una empresa, había olvidado lo interesante que es —musitó apagando el ordenador—. ¿Y bien? ¿No me vais a contar qué tal fue ayer? —preguntó apoyando las manos en la mesa y mirándolas atentamente.

Las jóvenes se miraron la una a la otra, y, antes de decir nada, se sirvieron un par de refrescos de la nevera para luego sentarse frente a él.

—Le servimos unos cuantos margaritas a mamá... y la emborrachamos —comentó Alba.

—Lo que dio como resultado que también nos emborracháramos nosotras —apuntó Elke.

Karol asintió con la cabeza, instándolas a continuar. Las chicas le habían comentado el día anterior su intención de hablar con Sara y contarle que estaban juntas.

—Y cuando estaba muy borracha, ya sabes que mamá no suele beber, se lo contamos...

—Le dijimos que estábamos enamoradas... y luego le hicimos beber más margaritas...

—¿Y qué tal se lo tomó? —inquirió Karol.

—Al principio creyó que le estábamos tomando el pelo... y cuando le dijimos que era en serio, se enfadó mucho con Elke porque es nueve años mayor que yo. La llamó asaltacunas.

—Aunque al instante se disculpó —apuntó Elke, en absoluto molesta—. Yo creo que solo fue una excusa para poder gritarnos un poco...

—Sí, yo también. Cuando se le pasó el arrebató, dijo que nosotras sabríamos lo que hacíamos con nuestras vidas y que el amor era libre, y luego me preguntó si me habían dejado de gustar los hombres —relató Alba—. Yo le dije que no, que me seguían gustando y mamá le preguntó a Elke si eso le parecía bien...

—Y yo le dije que sí, siempre y cuando me dejara participar, y ahí fue cuando se levantó...

—Y estuvo a punto de caerse... quizá nos pasamos un poco con los margaritas...

—Sí. Un poco bastante. Pero consiguió mantenerse en pie y dijo que por ella podíamos hacer lo que nos diera la gana, siempre y cuando no le contáramos nada de

lo que hacíamos entre las cuatro paredes de nuestra habitación, y nos ha prohibido llevar chicos a casa...

—Dijo que era una madre moderna, pero no tanto. Y luego se fue a dormir, como si no le hubiéramos confesado nada. Y esta noche ha actuado como si nada, aunque a veces nos miraba como si estuviéramos locas. Así que, en conjunto, yo creo que se lo ha tomado bastante bien.

—Sí. Incluso esta mañana, al levantarse, ha hecho más ruido del habitual, como avisándonos de que ya estaba despierta...

—Sara es una mujer encantadora —afirmó Karol complacido.

—Y tanto que lo es —coincidió Eber entrando en ese momento en la oficina, seguido por Sofía—. ¿Se puede saber qué le habéis hecho? Esta noche ha actuado como una autómatas y no dejaba de miraros, a las dos.

Las chicas se miraron, miraron al matrimonio, y a la postre, confesaron su secreto y la borrachera a la que habían sometido a Sara para reunir el valor de contárselo.

Karol observó a sus amigos. No podían ser más distintos entre sí. Alba y Elke eran fuego y juego; Eber y Sofía, fortaleza y paz. Y todos le complementaban a él. Le daban su ímpetu incombustible, sus ganas de disfrutar, la fuerza para sobreponerse a cualquier suceso y la armonía necesaria para no desmoronarse. No sabía cómo había podido vivir toda su vida sin conocerlos... de hecho, ahora que estaban junto a él, no podía siquiera imaginar su vida sin ellos. Eran su más preciado tesoro.

Tal como pensó que lo había sido Tuomas antaño.

Acarició con las yemas el cajón del escritorio en el que guardaba la nota que este le había dejado. La había sacado del Templo, harto de leerla una y otra vez, e incapaz de romperla o quemarla la había llevado allí, decidido a olvidarse de ella... solo para leerla mil veces más.

¡Maldita fuera la esperanza!

Karol

No sé por qué estoy aquí de nuevo.

Sí. Sí lo sé. Una fuerza más poderosa que mi voluntad me empuja a regresar una y otra vez.

Aunque me resista a hacerlo.

Pero lo hago. Regreso. Y me odio por ello. No debería ser tan débil.

Pero lo soy.

Aparco el coche frente al centro comercial y retiro el parche que cubre mi ojo derecho. Dejo que mis párpados se cierren, preparándome para soportar la dolorosa luminosidad del sol de mediodía que me da la bienvenida cuando vuelvo a abrirlos. Espero unos segundos hasta que consigo enfocar la mirada y salgo del todoterreno. Mis pies me dirigen irremisiblemente al lugar donde la vi por última vez.

No quiero encontrarla. Me resisto a hacerlo. Pero no puedo evitarlo. Por eso he venido a esta hora. A mediodía, cuando menos gente transita por el centro comercial. Cuando menos oportunidades tengo de encontrarme con ella.

Recorro las galerías olfateando el aire como el animal que en realidad soy. Penetro en cada tienda y husmeo en cada rincón. Temo encontrarla. Deseo encontrarla. Quiero olerla de nuevo y comprobar que no es como la recuerdo. Que mi enfebrecido cerebro me ha engañado, dando alas a un anhelo que creí haber erradicado de mi corazón. Subo las escaleras mecánicas que me llevan a la primera planta y camino remiso hacia la tienda donde la oí, donde la vi esa primera y única vez. Entro. Deseo y terror se mezclan en mi interior. Anhelo y desesperación. No está. No hay ningún rastro de ella. Respiro sosegado. Suspiro desolado.

¡Quimeras, sueños, esperanzas! Retazos de lo que alguna vez deseé y ahora repudio. Cierro los ojos y me deshago de ellos gracias a la fuerza, cada vez más endeble, de mi voluntad.

Bajo las escaleras decidido a abandonar el centro comercial para nunca regresar.

Me aproximo a la salida, al no retorno. Al olvido autoimpuesto. Y entonces, su olor llega hasta mí. Me detengo, alzo la cabeza e inspiro profundamente. Está cerca. La siento. La huelo. Su esencia me rodea, penetra en mi cerebro y colapsa mis sentidos. El deseo me inunda, me paraliza, me subyuga. Un deseo tan poderoso como jamás he sentido. Mi polla se yergue, sedienta de placer. Mis manos tiemblan, ávidas de acariciar lo que me niego a tocar. Mi respiración se acelera y mis músculos se tensan.

Se acerca. Puedo olerla.

Sigo el rastro de esa esencia que me desafía y me tienta arrebatándome la voluntad. Giro una esquina. Ella choca contra mí, y yo contra ella. Está muy excitada. Me lo dice la dilatación de sus pupilas, el temblor de sus labios, el sudor que recorre

su frente, el lujurioso aroma que emana de ella. Nuestras miradas se cruzan. Sus iris quedan anclados en los míos, y los míos en los suyos. Le sujeto los brazos con manos trémulas y un fogonazo de pura lujuria recorre nuestros cuerpos. Ella se aferra a mi camisa y se estremece. El olor de su orgasmo me golpea, haciendo estallar el mío. Mis ojos siguen esclavos de los suyos, y los suyos de los míos. Inclino la cabeza hasta que nuestras frentes se tocan. Ella exhala su aliento sobre mí y yo lo inspiro, impregnando su naturaleza en mi interior, haciendo que se propague por mi sangre con cada errático latido de mi vulnerable corazón. Volvemos a estremecernos. Los dos. Como si fuéramos un solo cuerpo. Una sola mente. Un solo corazón. Una única alma.

Se lame los labios y su mirada se torna maliciosa.

Contemplo su lengua emerger de su boca, recorrerla lentamente dejando un rastro de humedad que deseo saborear. Quiero besarla. No como a una amiga, sino como a una mujer. Mi mujer. Intento resistirme. Lucho contra mis instintos y pierdo. Me cierno sobre ella, mis manos todavía encierran sus brazos, no quiero que se aleje. Y ella no hace intención de apartarse. Poso mis labios sobre los suyos. Los recorro y se abren bajo mi acoso. Nuestras lenguas se cruzan, se enfrentan, se enlazan. Éxtasis, ambrosía, néctar... Mis manos recorren sus brazos hasta abrazar su espalda, quiero pegarla más a mí. Sentir cada centímetro de su cuerpo acoplado al mío. Jadeo, sorprendido por el inesperado deseo que me arrasa.

Ella suelta mi camisa y apoya las palmas de sus manos en mi torso. Me mira con la misma expresión aturdida que estoy seguro muestra mi cara y luego parpadea. Sonríe con picardía y me empuja, apartándome del cálido refugio de su cuerpo. Me resisto. La aferro con más fuerza. Su rodilla impacta en mi sexo, haciéndome caer. La escucho reír mientras escapa por los pasillos desiertos.

Me pongo en pie haciendo caso omiso al dolor que me invade e intento seguirla. No lo consigo. Atraviesa las puertas del centro y cuando llego hasta ellas, ha desaparecido como el sueño que es. Apoyo la espalda en la pared y resbalo por ella hasta quedar sentado en el suelo.

Cuando recupero el aliento, me dirijo a mi coche, entro en él, cubro con el parche mi ojo derecho y arranco. Conduzco hasta el Templo. Y mientras lo hago me ordeno a mí mismo no buscarla nunca más. No volver a pensar en ella. Olvidarme de su olor, de su rostro de princesa elfa de pómulos altos y labios delgados. De sus ojos verdes y su cabello castaño. De su cuerpo esbelto pegado al mío. De los suspiros que emanaban de sus labios al estremecerse contra mí.

Golpeo enfadado el volante y me muerdo con fuerza los labios hasta hacerlos sangrar. Hasta que el dolor me hace recuperar la cordura.

—¡Química! —siseo entre dientes—. El deseo sexual es pura química, al igual que el olor. Feromonas que se infiltran en el cerebro haciéndonos desear lo que de ninguna manera deseamos. Dopaminas que se excitan, abocándonos a un deseo indeseado. Química y nada más. Eso es lo que me ha ocurrido —afirmo intentando

convencerme a mí mismo—. No existe el olor del amor. Solo del sexo. Mis defensas deben de estar debilitadas, por eso me ha afectado tanto... no hay otra explicación lógica.

Cuando llego al Templo he repetido tantas veces esa letanía que casi me la creo. Casi.

Me sirvo Żubrówka en una copa y subo a mi habitación en la Torre. Me desnudo lentamente y tomo el arnés que me regalaron mis amigas hace apenas una semana y que aún no he estrenado.

Me excito al imaginarlo rodeándome la polla. Me lo coloco con cuidado antes de que mi erección sea completa. Rodeo con la cincha más larga mis huevos y luego uno cada correa a su remache, hasta que mi pene queda envuelto en cuero y solo el glande queda libre. Siento cómo me restringe la polla, como la aprieta impidiéndole alcanzar su grosor final. Me excito más aún. Tomo el lubricante del cajón de mi mesilla y tras untarme con él las palmas de las manos comienzo a acariciarme lentamente el glande. Tengo que apoyarme en la pared cuando el primer estremecimiento recorre mi cuerpo. Frunzo el ceño, enfadado por mi falta de control. Es demasiado pronto para correrme. Aprieto la corona de mi polla, inmisericorde, hasta que la excitación disminuye por el dolor. Camino hasta la cama con mi verga enfundada en cuero oscilando sobre mi ingle. Me gusta cómo se ve. Me siento, recostando la espalda en el cabecero y vuelvo a acariciarme. Me masturbo, y cuando la excitación amenaza con dominarme pellizco con fuerza el frenillo. Solo yo controlo mi placer.

Separo las piernas y dejo que los dedos de mi mano izquierda se deslicen por mis huevos hasta llegar al perineo y más allá. Juego con el índice sobre el ano, sin dejar de frotarme la corona de la polla, hasta que mis caderas se alzan y mis ojos se cierran.

Y la veo ante mí.

Tan hermosa. Tan perfecta.

Se acerca a mí mientras se desnuda lentamente.

Su olor entra en mí. Lo recuerdo a la perfección. Saboreo cada uno de sus matices.

Jadeo con fuerza.

Mi dedo atraviesa mi ano y se desliza por mi recto buscando el punto endurecido que me indicará que está sobre la próstata. Lo encuentro. Lo froto. Jadeo de nuevo cuando el placer me recorre. Me envuelvo el glande con los dedos y aumento el ritmo de las caricias, la fuerza con la que me masturbo. Y mientras lo hago, la veo en el interior de mis párpados cerrados.

Está desnuda. Tan bella que duele mirarla.

Su olor me envuelve, me subyuga, me hechiza.

Imagino que el arnés que restringe mi polla es en realidad su mano apresándola.

Mi verga se hincha más aún, el cuero la oprime. Son sus dedos. Sus dedos que me guían hacia su vagina, que me obligan a penetrarla. Lo hago. Y disfruto haciéndolo.

Una gota preseminal escapa de mi uretra. La extiendo por la punta del pene con mis dedos. Es la humedad que brota de su vagina, tornándola resbaladiza. Mis caderas se elevan, empujándome con fuerza contra mi mano, contra la profundidad femenina. El arnés me comprime. Son los músculos de su vagina absorbiéndome la polla, el placer, el deseo.

Penetro por completo mi ano. Es su dedo el que se entierra en mí. Me froto. Me frota. Mi garganta se abre en un grito mudo. Me masturbo. Me masturba. Mis tensos testículos se quejan. Y ella continua dándome placer. Ya no es mi mano. No son mis dedos. No soy yo. Es ella. Solo ella. La veo en el interior de mis párpados, en la oscuridad de mi mente. La huelo sobre mi cuerpo, su esencia impregna mi piel.

Me corro. El fruto de mi placer se derrama sobre mi vientre en el orgasmo más largo y estremecedor que he sentido nunca. Y sigo viéndola. Sigo oliéndola. Sigo sintiéndola.

Cuando los espasmos cesan y recupero el control de mis sentidos me quito el arnés que rodea mi flacidez y abandono el lecho. Abro todas las ventanas de la Torre y me sitúo en la intersección donde la brisa que entra por ellas confluye. Respiro profundamente, intentando contener una ira imposible de erradicar. No lo consigo.

Cegado por la rabia tiro todo lo que hay sobre el escritorio, golpeo las paredes y estrello la mesilla contra una ventana, y cuando ya no queda nada más por destrozar, me dejo caer sobre la cama y me abrazo las rodillas.

No quiero soñar con nadie.

No quiero imaginar que nadie me toca.

No quiero correrme pensando en ninguna mujer.

No quiero volver a necesitar las caricias de otra persona que no sea yo mismo para llegar al orgasmo.

Laura

ME escondo tras la furgoneta que he aparcado sobre la acera y vigilo el centro comercial. Estoy segura de que no tardará en salir a buscarme.

Sonrío. No me he equivocado. Le veo atravesar las puertas y escudriñar el aparcamiento. Me busca durante unos minutos y luego se sienta en el suelo, derrotado. ¡Qué tierno! Casi me entran ganas de acercarme a él y consolarle. Pero soy mala... y me encanta serlo. Espero unos minutos, intrigada por ver cuál será su siguiente movimiento, y entonces él se levanta y se dirige a un imponente todoterreno. ¡Oh, qué lástima! Se marcha. Termina el juego. Por ahora. Estoy segura de que regresará.

Le observo a placer mientras entra en el coche. Me encanta su culo, tan apretado y duro. Me dan ganas de darle un buen pellizco... y también un mordisco. Le veo ponerse un parche en el ojo derecho. Parece un pirata. Un pirata atractivo y extravagante. No me importaría que me secuestrara... claro que antes tendría que luchar contra mí, y tengo las uñas muy afiladas. Sería una lucha emocionante. Y yo ganaría. Siempre lo hago.

Espero a que se marche para abandonar mi escondite y subirme a mi furgoneta. Saco mi última adquisición del bolso y la observo divertida. He vuelto a hacerlo. He vuelto a ganar. Y esta vez el premio obtenido ha sido tan apasionante como inesperado. Me he corrido. Con fuerza. En sus brazos. ¡Increíble! Es la segunda vez que me pasa, y en ambas ocasiones él estaba presente. ¡Qué interesante!

Sacudo el fular frente a mis ojos, apenas si vale tres euros. No lo he robado por su valor, sino por el acto en sí. Me encanta robar. La excitación recorre mi cuerpo al volver una y otra vez al centro comercial y robar delante de las narices de los dependientes y los guardias de seguridad. Sé que me pueden pillar... y que no les voy a dejar. Me excita el riesgo de ser descubierta, pero el orgasmo solo llega cuando los burlo a todos y consigo mi objetivo. Orgasmos rápidos, y mucho más satisfactorios que los conseguidos por un simple polvo. O al menos eso pensaba hasta hace unos meses. Ahora ya no opino igual.

Espero unos minutos y regreso a la tienda. Me escabullo entre la gente que está comprando, y sin que nadie se dé cuenta, vuelvo a dejar el fular en su sitio. La adrenalina corre por mis venas mientras lo hago. Es lo que me hace sentir viva. No necesito nada más. O tal vez sí.

Salgo de la tienda y recorro los pasillos deseando encontrarle, aunque sé que ya se ha marchado. Tampoco me preocupa. Ya es la tercera vez que lo pillo buscándome. Sé que regresará.

La primera vez que lo vi tuve mis dudas. Pensé que sería el típico bocazas que daría la voz de alarma al verme robar el tanga... pero no lo hizo. Me siguió. Vi lo

excitado que estaba, y eso me excitó como nunca antes, convirtiendo mi predecible orgasmo en un tsunami arrollador. Desde entonces he estado buscándole. Quiero jugar con él.

Pero el tiempo pasó y no regresó. Pensé que me había equivocado... hasta que lo volví a ver. Recorría el centro comercial, y estoy segura de que me estaba buscando. Estaba a punto de mostrarme ante él cuando sonó su teléfono y se marchó. Fue decepcionante. Ese día al robar apenas sentí nada, al igual que los anteriores. Ya no me resultaba divertido. Me faltaba la emoción de saber que él sabía lo que yo estaba haciendo...

Y hoy lo he vuelto a ver. No lo esperaba. He chocado contra él mientras escapaba con mi última y aburrida adquisición. Y entonces ha sucedido. Me he vuelto a sentir viva. He quedado presa de su mirada bicolor mientras me corría con más fuerza que nunca en mi vida. Y él también se ha corrido. Y me ha besado. Y lo ha hecho muy bien. Tiene una lengua maravillosa que se ajusta a mi boca como un guante. Y su sabor... excitante, picante, exótico. ¡Me ha chiflado! Me pregunto si follará igual de bien que besa.

Estoy deseando volver a verlo. Las sensaciones que han recorrido mi cuerpo cuando me ha pegado al suyo me han subyugado. Y sé que a él le ha pasado lo mismo. Volverá. Y yo estaré preparada para jugar.

Y para ganar.

Nota de la autora

IMAGINO que quienes hayáis leído *Atrévete a quererme*, estaréis pensando que soy la bruja más piruja del mundo mundial. Y tenéis toda la razón en pensarlo. Lo soy. También imagino la pregunta que os estaréis haciendo en estos momentos: ¿Por qué no ha salido Zuper en este relato? Y la respuesta es: porque aún no ha llegado su momento. Esta historia es de Alba y Elke. Creo sinceramente que se la merecen. Aunque también es cierto que Zuper se merece su propia novela... Y la va a tener, será la próxima Crónica del Templo.

Para tod@s aquell@s que no tenéis ni la más remota idea de qué estoy hablando, permitidme que os confiese uno de mis grandes defectos: tengo cierta tendencia a enamorarme de cada «actor» que sale en mis novelas. No lo puedo evitar. Cada personaje que sale en mis libros, ya sea principal o secundario, tiene su propia memoria detrás, sus propios ángeles y demonios... y aunque la mayoría de las veces no traslado a mis libros la historia completa que estos personajes me susurran al oído, yo la sé. La siento en las yemas de mis dedos. La veo en los ojos de mi mente. Y me enamoro de ellos. De sus realidades ficticias. De sus pasiones aletargadas. Y este conocimiento de sus vidas que solo yo poseo, me empuja a trasladarlos al papel y hacerlos reales convirtiéndolos en los protagonistas de sus propias novelas.

Esto es lo que me sucedió con *Atrévete a quererme*. En el mismo momento en que empecé a escribir ese libro, allá por el año 2012, los Spirits, Alba, Elke y Zuper comenzaron a contarme sus historias. Y todas ellas partían del mismo vértice: una visión diferente de las relaciones sexuales. Tenían también un nexo en común, un protagonista omnipresente: Karol.

Las historias de todos ellos componen las Crónicas del Templo.

Espero que disfrutéis leyéndolas tanto como yo escribiéndolas.

Notas

[1] BDSM: siglas de *Bondage*, Disciplina y Dominación, Sadismo y Sumisión, Masoquismo. <<

[2] *Bondage*. Disciplina que puede ser independiente o no del BDSM (de hecho, es una de las más independientes) que consiste en la inmovilización total o parcial del compañero de juegos (siempre con su consentimiento, al igual que en todas las vertientes del BDSM). <<

[3] D/s Dominación/sumisión. La «D» en mayúsculas enfatiza más todavía la posición dominante, mientras que la «s» en minúscula acentúa el sometimiento. <<

[4] 24/7 Veinticuatro horas/siete días. Término usado en el ambiente D/s para indicar una relación amo–esclavo a tiempo completo. <<

[5] El *spanking* es una de las disciplinas más extendidas dentro del BDSM. Consiste en azotar al sumiso, preferentemente en las nalgas, aunque también se puede hacer en otras partes del cuerpo, con la palma de la mano, varas, fustas o cualquier otra cosa que el dominante desee y que el sumiso acepte. El *spanking*, al igual que el resto de juegos de dominación/sumisión, siempre es consensuado. <<

[6] *Sashimi*: plato japonés que consiste en cortes finos de marisco y/o pescado crudo.

<<

[7] *Maki*: pequeña porción de pescado crudo y arroz enrollados en una hoja de alga nori. <<

[8] *Nigiri*: Albóndiga de arroz cubierta por pescado crudo y/o marisco. <<

[9] *Hira-Zukuri*: corte transversal al eje del lomo. <<

[10] Postre típico alemán. <<

[11] ¡No insultes mi inteligencia! <<

[12] Vodka popular en Polonia. <<

[13] Arnés, normalmente de cuero y similar a un tanga, en el que se inserta un consolador en su parte delantera. <<

CRÓNICAS
DEL TEMPLO

Vol. 2

*Los
LAZOS
del deseo*

de

Noelia
Amarillo

Lectulandia



